EKKLESIA



AÑO IX, 20—21

Diciembre 1965

REVISTA LUTERANA

Subscripción anual:

En la Argentina: $ 450.—

En el exterior: U$S 3.—

Precio del número:

En la Argentina: $ 300.—

En el exterior: U$S 2.—

Redacción y Administración: Gaspar Campos 6151 - José C. Paz, F.C.G.S.M., Prov. Buenos Aires, Argentina.

IMPRENTA DANUBIO



Culto de apertura en la Iglesia Evangélica Luterana de Lima. *Foto: Federación Luterana Mundial.*

«EKKLESIA»

REVISTA LUTERANA EDITADA POR LA FACULTAD LUTERANA DE TEOLOGIA

Año IX Diciembre *1965* *Número 20—21*

LIMA 1965

Profundidad no-espectacular

Al presentar en este volumen doble de nuestra revista el material más importante del Cuarto Congreso Luterano Latinoamericano *realizado en la ciudad de Lima entre los días 10-15 de julio de 1965, no intentamos dar a nuestros lectores una valoración y análisis detallados del mismo. Varios autores ya han cumplido en parte con esta tarea en algunas revistas, y seguirán cumpliendo con ella en otras. Como es lógico también nosotros volveremos a ocuparnos oportunamente en forma directa o indirecta con los pensamientos de ese congreso. Estamos seguros de que las inspiraciones recibidas ejercerán su influencia también sobre nuestros colaboradores.*

Nuestra tarea actual consiste simplemente en facilitar el acceso a las ponencias y resoluciones principales del Congreso publicándolas en forma de documentación impresa destinada no sólo al futuro sino también al presente. Al hacerlo no pensamos exclusivamente en los círculos luteranos sino en la totalidad del cristianismo latinoamericano en todas sus facetas y con todos sus sectores. Estamos convencidos de que el contenido de este volumen no sólo será de utilidad para nosotros, los llamados "luteranos", en el camino —a menudo sorprendentemente difícil— de la búsqueda de nuestra propia unidad (pese a las alegrías de una evolución positiva en este sentido), sino que también servirá de base para el diálogo *con el mundo evangélico y el mundo católicorromano del continente.*

Bien sabemos que un diálogo bien fundamentado nunca surge de la improvisación momentánea de charlas de "sobremesa" ni tampoco de un simple intercambio de frases corteses en las relaciones sociales, ni tampoco de la mera colaboración en un sinnúmero de comisiones "interdenominacionales". Todo ello puede ser útil, como primer paso, para establecer contactos, al que no se le debe restar importancia. Pero tampoco podemos silenciar nuestra preocupación al experimentar la ausencia de un diálogo cristiano profundo. *Tal ausencia se debe a menudo a la falta de declaraciones, posiciones y formulaciones claras. A modo de presuposición natural pretendemos que el hermano luterano de otra tendencia, el evangélico de otra denominación o el católicoromano, conozca nuestra posición, pero no nos sentimos obligados a exponerla y hacerla pública. Ahora, al dedicar este volumen de nuestra revista a la publicación del material del congreso de Lima lo hacemos precisamente guiados por este propósito: hacer públicos pensamientos y posiciones a fin de que sirvan de base para el diálogo.*

Al llegar a esta conclusión, y sin querer entrar en una apreciación sistemática y compleja de nuestro Cuarto Congreso Latinoamericano, nos sentimos impelidos a hacer algunas observaciones que tal vez sean de interés para el lector de este número de EKKLESIA.

Los nueve años de vida bastante irregular de nuestra revista (¿por qué no reconocerlo? —aunque no es éste el lugar para presentar explicaciones harto conocidas por los redactores de esfuerzos similares de nuestro medio) nos confrontan con el resultado sorprendente de que todavía no hemos logrado establecer un diálogo entre nuestra revista y otras revistas evangélicas de carácter similar, a pesar de la publicación esporádica pero intencional de algunas páginas a menudo bastante provocativas. En cambio ocurre todo lo contrario en cuanto al catolicismo romano del que nos llegó un "eco" y que ya nos ha dado muestras de su voluntad de dialogar acerca de cuestiones básicas, tomando nuestras publicaciones como punto de partida.

De ahí nuestra sorpresa *en Lima.* En dicho Congreso se inició algo que *nosotros denominamos el* "diálogo interluterano" *(¡porque "discusiones" ya las hemos tenido también antes!). Ese espíritu de dialogar con serenidad y franqueza absoluta que se manifestaba entre los sectores de "derecha", "centro", 'izquierda" y "unionista" de nuestro luteranismo latinoamericano en el Congreso mismo y también en las "preconferencias", y muy en especial en la conferencia de los profesores de las cinco instituciones teológicas del continente, era una demostración de que se estaba alcanzando la madurez y el grado de profundización anhelados. Sin embargo —y es preciso subrayar este aspecto para nuestros lectores—* nada de espectacular *ocurrió en Lima. Tampoco las resoluciones tomadas tenían ese carácter. Pero todos cuantos tuvimos el privilegio de pasar por la "escuela" —con frecuencia tan dura— de congresos y asambleas internacionales, sabemos por experiencia que las procesiones y demostraciones públicas espectaculares no siempre son manifestaciones fieles de la realidad. En el Congreso de Lima se ha logrado descartar tales tentaciones. Por ello estamos seguros de que los observadores que en él estuvieron presentes —también aquellos que integraban por primera vez una representación continental tan amplia de nuestras iglesias— habrán podido captar la visión de* nuestra realidad verdadera. *Demostrar más de lo que somos es siempre propaganda falsa; no poder demostrar lo que tenemos es incapacidad; ser sinceros y a la vez valernos de todas nuestras capacidades reales nos conduce a la verdad que ha de servir como punto de partida para nuestra actuación y también para nuestra autocrítica.*

Ya en el año 1963 hemos hablado en uno de nuestros editoriales (Nº 13) de "una etapa de madurez". Un año más tarde (Nº 16-17) hemos señalado que no podemos darnos por satisfechos con un simple "traducir la reforma"... "sin mencionar simultáneamente la necesidad e importancia del pensar y reflexionar propio". En el mismo año, al referirnos a la Consulta Luterana de São Leopoldo (Nº 18), hemos observado que "estamos llegando a tener una autoconciencia"...

La ponencia del Dr. Villaverde *retraza el camino histórico recorrido; pero también, a través de esta misma revista, se nos hace posible seguir en parte la historia de los congresos y consultas luteranos latinoamericanos, comenzando*

por el Tercer Congreso de Buenos Aires, en el año 1959 (Nº 5), pasando por la Consulta Luterana de José C. Paz (Nº 11-12) y de São Leopoldo (Nº 18) hasta llegar a Lima. Aunque dejemos librado el juicio definitivo a la perspectiva de los historiadores del futuro que podrán ser más objetivos, resulta evidente para nosotros que tono y naturaleza del Congreso de Lima ya quedaron definidos en la Consulta de São Leopoldo. Hacemos esta observación en un sentido positivo. Nuestra *autoconciencia y autorreflexión se manifiestan con nitidez en las ponencias de los doctores* Obermüller *y* Villaverde, *del rector* Weingaertner *y del profesor* Pietrantonio. . . *es decir, en la mayoría de las ponencias. Desde luego no queremos subestimar con esta afirmación las contribuciones de los dos autores restantes, los doctores* Schiotz *y* Trillhaas. *Todo lo contrario: es un grato deber destacar el hecho —del que el lector podrá convencerse fácilmente— que ambos nos dieron impulsos* necesarios *ubicándonos dentro del contexto mundial. Sería una equivocación fundamental eliminar tales contribuciones de nuestros congresos, cosa que equivaldría a un "continentalismo" irreal y antiecuménico, sobre todo cuando se trata de hombres que llegan a nuestro medio para* aportar *y no para* dominar.

Para todos los participantes es un hecho manifiesto que el Congreso de Lima no es un resultado *sino* un comienzo. *Ninguno de quienes tuvimos el privilegio de participar en él podemos dejar de sentir la responsabilidad de bregar por la* continuidad y realización *de la labor comenzada.*

Es deber y tarea de esta revista ofrecer un forum adecuado para esa continuidad y realización. En Lima y después de Lima hemos llegado a comprender aún más que antes la importancia de producir y publicar consideraciones y aportes teológicos, y también de presentar documentaciones de relieve a fin de que el pensamiento teológico acuse un desarrollo positivo también entre nosotros, haciendo posible el diálogo tan imprescindible.

No olvidemos tampoco que sin la ayuda de aquel Señor quien nos llamó y envió para su testimonio, el Congreso de Lima no sería otra cosa que un recuerdo más, y la labor de esta revista puesta al servicio del material en ella publicado, perdería su sentido y no llevaría fruto alguno.

Béla Leskó

RODOLFO SCHNEIDER

Sermón en el Culto de Apertura

Texto: Ev. Mateus 18, 15-20.

Prezados irmãos em Cristo!

Iniciamos êste IV Congresso Luterano Latinoamericano na disposição humilde de quem sabe, que somos recipientes vazios, preparados e abertos ùnicamente para Deus. Não o que nós, porventura, trouxemos de experiências ou de sabedoria, será decisivo para o nosso Congresso, mas de importância será apenas, se progredirmos um passo mais neste caminho da compreensão plena do "mistério de Deus, Cristo, em quem todos os tesouros da sabedoria e do conhecimento estão ocultos" (Col. 2, 3).

Em nosso texto, Jesus expressa a atitude que nos deve orientar em nossa reunião, com estas palavras: "onde estiverem reunidos em meu nome" — O que significa isto: "reunidos em nome de Jesus"? Meus irmãos, a presença de Cristo não depende de nenhum ato de intuição ou de aprofundamento espiritual. Não precisamos de nenhuma acrobacia intelectual ou ritual, para que Cristo esteja em nosso meio, mas a sua presença se prende a fatôres bem simples. "Lembra-te de Jesus Cristo, ressuscitado de entre os mortos", diz Paulo a Timóteo. Se forem lembradas as suas palavras e as suas obras, se forem anunciados o seu sofrimento, a sua morte e ressurreição, então êle, Cristo, estará realmente presente em sua comunidade. "Em nome de Jesus Cristo" — isto não exige de nós nenhuma atitude de introspecção meditativa, mas é um ato de humilhação do nosso espírito nesta intenção clara e decidida: êle, Cristo, "deve crescer, e eu diminuir" (João 3, 30).

Esta promissão de Jesus, de estar em nosso meio quando reunidos em seu nome, encerra para nós um grande consôlo. Como representantes das Igrejas luteranas latinoamericanas, conhecemos os seus problemas, as suas dificuldades e as suas imperfeições. Quantas vêzes êstes problemas nos oprimem, quantas vêzes sofremos com as nossas próprias fraquezas de não podermos servir a nossa Igreja nesta plenitude, como pela palavra divina entendemos que devíamos servir. Justamente nesta situação, em que a fraqueza e a imperfeição, nossas próprias e as da Igreja, nos assaltam e nos acusam, justamente aí a palavra: "em nome de Jesus" nos diz o seguinte: não olhes para as tuas próprias faculdades, para a tua fôrça ou a tua fraqueza, mas aprende a confiar na fidelidade de Cristo. Êle não abandonará a sua Igreja, e êle quer dar-nos sempre de nôvo a oportunidade de trabalharmos em seu reino. E assim podemos ousá-lo, "em seu nome", isto é, confiantes em seu perdão, que quer

envolver também as nossas fraquezas, que quer perdoar também a nossa falta de fé.

A promessa de Cristo de estar em nosso meio, quando reunidos em seu nome, quando baseados em seu merecimento é, assim, a condição indispensável para todo o trabalho na Igreja. Louvado seja Deus, que êle nos preparou, no nome de Jesus Cristo, a fonte permanente para novas fôrças, nova alegria, nova confiança!

Êste nome nos reúne, meus irmãos, porque todos nós fomos incluídos naquele processo que perpassa êste mundo nestas duas ações: ligar ou desligar, reter o pecado ou perdoar o pecado. Justamente porque nós o experimentamos, que foi realizada uma ação que abrange e envolve tôda a nossa existência, quando na cruz de Gólgota foi oferecido um sacrifício capaz de contrabalançar o pêso de todos os pecados do mundo, justamente por isto o nome de Cristo também é capaz de reunir-nos, de sustentar e suportar-nos. E êste poder de ligar ou desligar, de perdoar ou reter o pecado, Cristo o conferiu a sua Igreja. É algo de singular o que acontece com a Igreja. Ela não tem nehuma posição de fôrça. Ela é acusada de explorar os sentimentos de mêdo dos indivíduos. Ela é chamada um narcótico e entorpecente dos povos, de cuja influência nefasta êles se devem emancipar. E apesar disso ela continua indestrutível pelos séculos. E por quê? Por que sempre de nôvo se oferecem sêres humanos dispostos ao sofrimento e até ao martírio em favor desta Igreja desprezada e perseguida? Meus irmãos, porque êstes homens experimentaram, que o ato que lhes concedeu o desligamento dos seus pecados, lhes conferiu a plenitude da sua vida. Sòmente o perdão é capaz de banir o mêdo da nossa vida, porque não precisamos temer mais o enigma do futuro, pois êste futuro tem um senhor. Sómente o perdão pode delinear claramente um sentido nesta vida, porque êle lança a ponte entre nós e a Eternidade e nos faz herdeiros do reino de Deus. Sómente o perdão nos pode proporcionar a real alegria porque através dêle eu ganho a certeza, que o meu destino não é qualquer cemitério neste mundo, mas que me tornarei um participante da ressurreição de Cristo.

A incumbência, portanto, que as igrejas têm neste mundo, também nós neste Continente, é levar esta boa notícia a todos os homens: vós tendes alguém, que vos ama e procura, apesar de todo o ódio dentro e fora do vosso coração. Os homens precisam desta mensagem, porque, consciente ou inconscientemente, todos êles querem ficar livres do mêdo e querem descobrir um sentido em sua vida. Todos êles procuram por um caminho, que lhes proporcione a perfeita alegria, sem a qual a nossa vida é apenas uma caricatura.

Nesta tarefa de anunciar o evangelho a todos os homens, cabe-nos uma responsabilidade especial em relação ao irmão dentro da própria comunidade, dentro da própria igreja. "Se o teu irmão pecar". Não se trata aqui de ofensas pessoais contra a minha pessoa. Trata-se do fato, que observamos com pesar, que muitos sabem definir perfeitamente, na teoria, o que é o amor fraternal, mas que êles não sabem praticar êste amor na relação com o seu cônjuge, na relação com os seus familiares ou com colegas de trabalho. Trata-se do fato de que em diversos clubes seculares há, muitas vêzes, uma

seriedade maior para cumprir a ética profissional do que entre os próprios membros da igreja. — Meus irmãos, será que, em falarmos assim, pretendemos inverter o evangelho em lei, a justificação em obra própria? De forma alguma! É que na falta de interêsse que demonstramos para com o nosso irmão pecador, se manifesta a nossa falta de amor de não querer ajudar-lhe a retornar ao caminho da graça. A fé não é um assunto particular que o outro veja como resolve, mas nós, tu e eu, cada um é responsável pelo outro. Assim diz Paulo em Gal. 6, 1: "Irmãos, se alguém fôr surpreendido nalguma falta, vós, que sois espirituais, corrigi-o, com o espírito de brandura". — Em alguns comentários alusivos aos versos 15-17 do nosso texto podemos ler a observação lacônica: "na igreja primitiva havia realmente a praxe de assim proceder com os seus membros". E por que nós não temos mais êste costume? Não é uma indubitável falta de amor que demonstramos com o nosso desinterêsse? Ou queremos, talvez, fugir do juízo, que deve começar pela casa de Deus? (I Pedro 4, 17). Não reside nisto, acaso, o motivo para a superficialidade das nossas comunidades, para a falta de vivacidade e entusiasmo sadio em nossa Igreja? O processo de purificação deve começar nas próprias fileiras. Isto não tem nada a ver com um perfeccionismo ou farisaísmo detestável, mas nisto se demonstra simplesmente o gesto, que nós nos aproximamos do nosso irmão que está num declive perigoso, para estender-lhe a mão e reconduzi-lo ao caminho seguro. Assim como através da parábola da ovelha perdida, que precede de imediato ao nosso texto, nós ouvimos, que não é da vontade de nosso Pai celeste que pereça um só dêstes pequeninos, assim nós nos devemos empenhar, com todo o zêlo e dedicação, na procura e salvação do nosso irmão.

Neste encargo da salvação não poderemos fugir da obrigação de sermos incluidos ativamente neste poder, que Cristo conferiu a sua Igreja: O poder de ligar ou desligar, de reter ou perdoar o pecado. Qual é o critério que nos pode orientar nesta responsabilidade que é a mais grave e séria de tôdas que pode haver? — Em primeiro lugar, meus irmãos, devemos observar, que Cristo faz uma distinção clara nas atribuções que Êle confere ao cristão como indivíduo isolado e as atribuições da comunidade tôda. O indivíduo, o cristão isolado, não tem o poder de ligar o pecado, de reter o pecado. O indivíduo pode desligar, pode anunciar ao pecador contrito a remissão, mas êle não pode, sòzinho, negar o perdão, ligar ou reter o pecado. Êste poder, esta responsabilidade assiste apenas à Congregação tôda, à Igreja. Só ela pode excluir alguém do seu meio e com isto desligá-lo do Corpo de Cristo. — Em segundo lugar podemos ter ainda o seguinte consôlo: conforme S. João 20, 22 s., a faculdade de perdoar ou reter o pecado é um fruto do Espírito Santo. Cristo mesmo quer assistir e orientar-nos, portanto, por seu espírito, nesta incumbência, cujo efeito não se esgota no tempo passageiro, mas tem valor eterno.

E o último ensinamento do nosso texto se refere justamente à pergunta, de que maneira nós nos tornamos participantes do Espírito de Cristo. E com simplicidade devemos responder: Deus nos quer conceder esta e tôdas as demais dádivas necessárias através da oração. "Em verdade também vos digo que, se dois dentre vós, sôbre a terra, concordarem a respeito de qual-

quer coisa que porventura pedirem ser-lhes-á concedida por meu Pai que está nos céus". — Pelo mesmo intermédio, o da oração, foi-nos prometida também a dádiva do Espírito Santo, quando Cristo nos ensinou: "Ora, se vós, que sois maus, sabeis dar boas dádivas aos vossos filhos, quanto mais o Pai Celestial dará o Espírito Santo àqueles que lho pedirem" (Lc. 11, 13).

Na mensagem do Primeiro Congresso de Igrejas Latinoamericanas de Confissão Luterana, realizado em Curitiba no ano de 1951, lemos o seguinte: "Agradecemos a Deus pelo crescimento de nossas Igrejas e pelo fruto do seu trabalho, que são obras de seu Espírito, e pedimos aos nossos irmãos nos países dêste continente, que se unam conosco nesta oração, no sentido de que Êle nos fortaleça na fé para um amor mais perfeito e um testemunho mais vigoroso do Nosso Senhor Jesus Cristo". — Meus irmãos! Uma comunidade cristã deve ser uma comunidade em oração. Só através dêste canal Deus prometeu dar-nos as suas dádivas. Se os alvos visados tardam em serem realizados, isto certamente demonstra a nossa negligência na oração. Cuidemos por isto, como de uma das tarefas mais nobres das nossas igrejas neste continente, que entre nós seja fortalecido o espírito de oração, para que por intermédio dêste nosso Congresso, Deus possa abençoar-nos.

Amém.

EL MENSAJE DE LIMA

Reunidos en la capital peruana, los delegados del Cuarto Congreso Luterano Latinoamericano envían un caluroso saludo a todas las iglesias y congregaciones luteranas del continente americano y al pueblo cristiano en general. Durante estas reuniones hemos sido edificados y fortalecidos, y de acuerdo con el tema general de nuestro congreso: "Presencia Responsable de la Iglesia Luterana en la América Latina", hemos recibido una nueva visión de nuestra tarea común.

Se nos ha hecho sentir nuevamente nuestra responsabilidad ante Dios por todos los demás hermanos cristianos a cuyo lado vivimos y trabajamos en la América Latina. Damos gracias a Dios por la nueva atmósfera de fraternidad y acercamiento mutuo entre las diversas denominaciones cristianas que entendemos como fruto de la acción del Espíritu Santo en este nuestro mundo actual. Tanto el amor por toda la Iglesia de Jesucristo que es inherente al credo luterano, como las necesidades de la época actual nos obligan a buscar un encuentro franco y responsable con las demás iglesias cristianas, con el fin de examinar de nuevo nuestras convicciones a la luz de la Palabra de Dios.

Buscamos este encuentro con la confianza gozosa de que el mensaje central de la Reforma religiosa del siglo XVI es un don que Dios nos ha dado para que lo compartamos con todos los demás cristianos. Este Mensaje proclama la presencia poderosa de Jesucristo en su Palabra y en los Sacramentos para hacernos hijos de Dios, libres para servir en amor al prójimo. Con mayor razón hacemos un llamamiento urgente a todas las iglesias luteranas latinoamericanas para que entren en conversaciones fraternales en torno a la doctrina del Evangelio y la recta administración de los Sacramentos. Rogamos para que el Espíritu Santo nos conduzca a unanimidad de fe y de acción que deje libertad para las costumbres distintas de cada iglesia luterana y para la adaptación necesaria al ambiente latinoamericano en que vive.

Somos responsables por un testimonio cristiano dirigido a toda la sociedad de los países latinoamericanos. Reconocemos que nuestras iglesias no deben existir como un fin en sí, sino que son enviadas a vivir en el mundo por él. Esta responsabilidad no recae sólo sobre los pastores, sino que incumbe a todos los feligreses de nuestras iglesias. El mensaje de amor de Dios debe transmitirse por todos nosotros a un mundo en el cual Dios aparentemente no tiene cabida. En tal mundo no somos enviados a perseguir intereses denominacionales sino a dar testimonio del acercamien-

to de Dios en Jesucristo. Esta tarea exige que salgamos del aislamiento y del fraccionamiento tradicional en que han vivido nuestras iglesias, y puede ser que involucre nuevas formas y maneras de dar testimonio. Invitamos a todas nuestras iglesias y congregaciones a emplear con mente y corazón abiertos tales formas nuevas que el Señor de la Iglesia puede otorgarnos.

Somos responsables por el mundo en que Dios nos ha puesto. El mundo latinoamericano ha entrado en un período de turbulencia inaudita, y no debemos ignorarla, huirla, negarla u oponernos ciegamente a ella. Dios aún obra en este mundo, y también obra a través de la turbulencia de nuestra época. Como cristianos queremos y debemos preguntarnos: ¿Contribuimos de algún modo a la injusticia social del ambiente en que vivimos? ¿De qué manera podemos contribuir eficazmente a mejorar las condiciones de vida en que viven las masas humanas de este continente? Somos llamados a buscar diligentemente la respuesta adecuada a estas preguntas y a actuar de acuerdo con la luz que se nos dé. Somos llamados a identificarnos con los problemas de nuestra sociedad en amor genuino. Somos llamados —como dijera Lutero— a ser "pequeños Cristos" frente a nuestro prójimo y frente al mundo en que vivimos, "Cristos" en quienes se encarna el cuidado divino que ansiosamente busca aliviar las necesidades de los desamparados y salvar a los perdidos.

Dr. FEDERIK A. SCHIOTZ

La Presencia Luterana en América Latina

Presencia luterana en América Latina... ¿Qué queremos decir al elegir esta afirmación tan positiva como tema para este Congreso?

El informe de nuestras estadísticas oficiales establece el hecho de la existencia de congregaciones e iglesias en América Latina que llevan el nombre de luteranas. También hay escuelas e instituciones de beneficencia que pertenecen a luteranos y son mantenidas y usadas por ellos. Por ende no podemos ignorar la realidad de una presencia luterana institucional en Latinoamérica.

Si nuestro tema estuviera dirigido a esta presencia institucional, el propósito de este Congreso sería en primera instancia "propagadístico": No diferiría mucho de una sesión auspiciada por una buena organización comercial a beneficio de su departamento de ventas.

La Iglesia tiene su "*corpus*" de organización y no puede ignorar la presencia institucional. Por ello no podemos negar el hecho de que nuestro encuentro en estos días de Lima arrojará para nosotros algunos de esos mismos beneficios que los hombres de negocios obtienen en una reunión realizada para organizar la venta. Pero también es cierto que no es éste nuestro propósito primordial.

En esencia, el tema encauza nuestra atención hacia la gran realidad que nos presenta esta época del año eclesiástico. La época de la Trinidad recuerda a la iglesia que debe vivirla en el poder de la Resurrección de nuestro *Señor*, en el poder de su *presencia* a través del don Espíritu Santo.

El significado de esta dádiva fue revelado con toda nitidez cuando Jesús prometió a sus discípulos que el Espíritu Santo iba a ser un Paracleto, llamado a estar presente al lado de ellos en lugar de Jesús.

En el Día de la Ascensión Jesús subraye su promesa con autoridad, al asegurar a sus discípulos: "He aquí, yo estoy con vosotros siempre, hasta la consumación del siglo" (Mateo 28:20b).

Podríamos muy bien preguntarnos: ¿pero no es ésta la presencia en que toda iglesia cristiana está interesada? Y debemos responder con un honesto: *sí*. Sin embargo existen diferencias en la forma en que esta promesa es oída y entendida. Es en este sentido que hablamos de una presencia luterana.

El interés esencial de la Iglesia Luterana se concentra en la recta predicación de la Palabra de Dios y en la correcta administración de los Sacramentos. Lo primordial es la presencia del Evangelio y no la presencia organizativa.

¿Y qué queremos significar al hablar del Evangelio? Esto fue definido históricamente en las tres sentencias familiares: *Sola Fide, Sola Gratia, Solus Christus.*

Solus Christus: Algunos años atrás, un mohametano de El Cairo, Egipto, fue interrogado por un cristiano acerca de qué consideraba significativo en la fe cristiana. La respuesta inmediata era: Vosotros tenéis a Cristo.

Esta verdad se me presentó con mayor dramatismo aún hace algunos años cuando estaba de visita en Noma, Alaska. Una mujer esquimal se me acercó después del culto dominical para comunicarme que su esposo tenía un cuadro de Cristo que él mismo había pintado y que deseaba ofrecerme. Luego, un poco apologéticamente, dijo que él vacilaba en darme el cuadro por temor a ofenderme, e incluso de que lo mirara como culpable de blasfemia. Explicaba esta afirmación tan poco usual diciendo que el temor de su esposo se debía a que había pintado a Cristo con cara de esquimal. Inmediatamente respondí que aceptaría con gusto ese cuadro, y agregué: "Su esposo ha comprendido la esencia del significado teológico de la Encarnación dando a Cristo un rostro esquimal".

Fuera de Cristo no existe imagen adecuada de Dios. Isaías manifiesta con precisión y certeza: "Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime", y luego agrega: "han visto mis ojos al Rey, al Señor de los Ejércitos" (Isaías 6, 1, 5). Pero este testimonio no es acompañado por una descripción de la apariencia de Dios. En la gran defensa de San Pablo ante el rey Agripa, el apóstol narró al rey su encuentro con el Cristo resucitado, pero sin hacer otra descripción que la trasmitida en las palabras: "A medio día, oh rey, yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol, la cual me rodeó a mí y a los que iban conmigo" (Hechos 26:13).

La vívida réplica de Jesús a la pregunta de Felipe: "El que me ha visto a mí ha visto al Padre..." (Juan 14:9) impulsan a la Iglesia a ser cristocéntrica en su proclamación. San Pablo manifestó explícitamente a los corintios: En él el velo ha sido quitado. Además prometió que allí donde la atención estuviera en Cristo, el Espíritu Santo operaría una transformación en el creyente, de modo que "mirando la gloria del Señor"... sea "transformado en su imagen, de gloria en gloria" (II Corintios 3:18).

La proclamación del Evangelio nunca puede ser separada de un "Solus Christus". Pero esta proclamación es también una *Sola Gratia*.

El primer capítulo del Evangelio de San Juan parece revelar una situación en la que el evangelista ha sido interrogado acerca de la apariencia de Jesús. Cómo era ese nazareno al que Juan acompañó durante tres años? En qué reside la esencia de su gloria? Juan responde con poética belleza que El estaba "lleno de gracia y verdad; vimos su gloria, gloria como el unigénito del Padre" (Juan 1:14), y agrega: "Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia" (Juan 1:16).

Aquí estamos frente a una inconfundible proclamación de la gracia. Juan se ha reconocido a sí mismo como sostenido por la plenitud de Él; como recibiendo constantemente gracia tras gracia. Lo que San Juan expone con tanta fuerza en un lenguaje autobiográfico, San Juan lo manifiesta con el discernimiento penetrante de un psicólogo profundo. En su epístola a los cristianos de Roma, capítulo siete, hace un ensayo extraordinariamente claro sobre antropología. El apóstol concluye preguntando: "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Rom. 7:24). Con nítido acento de *Sola Gratia*,

San Pablo responde a su propia pregunta: "¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo nuestro Señor... Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que que están en Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte". (Rom. 7:25; 8:1-2).

En nuestro tiempo en que abundan las estadísticas sobre los emocionalmente atormentados y las revelaciones acerca del sinúmero de personas afligidas por una opresiva sensación de culpa, la verdad de la *Sola Gratia* no debe ser ocultada. Debe haber una presencia viviente en todo lo que la Iglesia proclame y haga. Nada más difícil para el medroso corazón humano que aceptar estas buenas nuevas del Evangelio. La Iglesia debe mantenerse constantemente alerta a fin de que el Espíritu Santo pueda ayudarle a transmitir su glorioso mensaje en formas siempre renovadas y con gran poder.

La buena nueva es proclamada para ser recibida, para ser creída: *Sola Fide.* Fue cuando el hijo pródigo "volvió en sí", comprendiendo que nada podría ofrecer a su padre que le sirviera de autojustificación, que se levantó y regresó a la casa paterna. Confiar íntegramente en Dios —esto es ser el niño para quien Jesús dijo que las puertas del Reino están abiertas.

Por experimentado que se llegue a ser en el discipulado, la verdad debe ser aprendida siempre de nuevo: Dios se complace con el pecador que en Él confía; que abandona todas las futilezas de autojustificación y se entrega a la gracia divina. A este descanso en la confianza de la fe Kierkegaard lo ha llamado: "Canto de gratitud eterna de la cristiandad".

En su carta del 21 de julio de 1944, Bonhoeffer proclama el profundo significado de la *Sola Fide.* Declara que él pensaba que podría adquirir la fe viviendo una vida santa. Pero descubrió, y continuaba descubriendo, que sólo cuando se vive completamente en este mundo, en la situación en que Dios nos ha colocado, se aprende a creer. Dice al respecto: "Uno debe desechar todo intento de hacer algo de sí mismo, ya sea un santo, un pecador convertido, un eclesiástico (tipo sacerdotal), un hombre justo o bien un injusto, un hombre enfermo o uno sano. Es una vida así en que nos echamos totalmente en los brazos de Dios y participamos en sus sufrimientos en el mundo y velamos con Cristo en Getsémani. Eso es fe, y eso es *metanoia* (transformación), y eso es lo que hace al hombre cristiano. (Compárese Jeremías 45). ¿Cómo puede el éxito volvernos arrogantes o el fracaso apartarnos, si viviendo en este mundo participamos en los sufrimientos de Dios?".

En la Asamblea de la Federación Luterana Mundial en Helsinki, nuestras horas bíblicas estaban dedicadas a la Epístola a los Efesios. En el segundo capítulo, versículos 8 y 9, el apóstol pone un triple énfasis sobre la gracia: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe". Luego, en el versículo 10, Pablo hace la sorprendente declaración: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas". Hemos sido hechos libres en Cristo para que podamos ejercitarnos en buenas obras. "Buenas obras no hacen hombres buenos, pero hombres buenos hacen buenas obras".

La meta de la presencia luterana en América Latina no es la organización. Ésta es incidental. Como comunidad de creyentes estamos comprometidos a

responder plenamente al Paracleto dado a la Iglesia en el día de Pentecostés. Creemos que a este compromiso podemos responder con mayor libertad si mantenemos nuestra mirada fija en el Evangelio; y este glorioso Evangelio es dado a hombres que pueden ser enviados a cumplir con el mandato de Dios en cualquier lugar donde el hombre pueda descubrirse a sí mismo.

Esta obediencia puede expresarse de muy distintas maneras. En efecto: las características específicas de esta presencia luterana en América deben ser descubiertas por aquéllos entre ustedes que viven en este gran continente. Ciertamente las discusiones de este Congreso habrán de proporcionarles conocimientos profundos, a base de los cuales ustedes podrán ayudarse mutuamente a emplear la presencia luterana para gloria de Dios, para bendición de vuestro prójimo, y para exaltación de la justicia en los quehaceres de vuestras naciones.

Dr. JONAS VILLAVERDE

DE CURITIBA A LIMA

1. Siempre que asisto a una conferencia luterana de dimensión internacional, se me pone por delante la idea de preguntarme si estamos acertados o no en celebrar esta clase de convocaciones o encuentros.

Es que me doy perfecta cuenta de las erogaciones que ello entraña y de las molestias que se ocasionan a los participantes al tener que dejar sus respectivas esferas de acción para trasladarse al lugar de la convocatoria y del mayor o menor trastorno que se produce en el desenvolvimiento normal de las iglesias con la partida, aunque sea breve, de los delegados que intervendrán en las reuniones de esta magnitud.

Mas a pesar de todo esto y mucho más que se podría decir en este sentido, estoy absolutamente convencido de la necesidad y de la conveniencia, y de la efectividad que hay y resulta de conferencias como ésta que ahora se está llevando a cabo aquí en la capital del ex-imperio de los Incas...

Sobre el mérito de esta afirmación hablan en forma inequívoca la multitud de conferencias, congresos y asambleas que en diferentes países y por diferentes instituciones científicas, económicas, comerciales, industriales, educativas, políticas y laborales se vienen celebrando periódicamente, no sólo en otros continentes sino que también en el nuestro. La manifestación más reciente de esta necesidad que el ciudadano de la América Latina tiene de dar un nuevo enfoque a sus inquietudes para perfeccionar sus abundantes logros a través de la consulta internacional la tenemos en la creación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio y del Parlamento Latinoamericano, este último por iniciativa de un legislador peruano en la ciudad de Buenos Aires, a principios de junio ppdo.

2. Otra de las preguntas que se cruzan al transitar por los ámbitos de conferencias de la Iglesia nuestra es la siguiente: ¿se justifica la presencia de la Iglesia Luterana en países como los que integran el conglomerado de la América Latina de tradición y estructura católicorromana, como lo da a entender la tan mentada frase "civilización cristiana y occidental"?

Y digo esto porque siempre que he viajado por países no latinos me he encontrado con que nuestra presencia como luteranos en la América Latina sido muy cuestionada, principalmente por dirigentes eclesiásticos.

No hace dos años todavía, cuando como delegado de la Iglesia Evangélica Luterana Unida, asistí a la Asamblea de la *Federación Luterana Mundial* en Helsinki, observé, no sin marcado asombro, que en las sesiones allí cumplidas con tanta seriedad, comprobada capacidad de los participantes de las mismas, no sólo no se discutía lo que tuviera atingencia con la América Latina, sino

que parecía querer ignorarse la obra que la Iglesia Luterana estaba desarrollando en nuestro hemisferio y las perspectivas que la misma ofrecía para grandes logros en el futuro.

a) Una de las razones que se dan para no interesarse por la obra luterana en la América Latina es que en este continente no hay necesidad de establecer una nueva Iglesia, ya que de suyo cuenta con los servicios de una Iglesia tradicional en este medio como lo es la Iglesia Católicorromana.

No siendo la América Latina un continente pagano, ¿qué tienen que hacer aquí los que por ser de otra confesión, procuran establecer a su modo su Iglesia con el fin de conquistar adeptos?

Mas, ¿es esto así? ¿Es verdad que nos encontramos en la América Latina con una tradición y una militancia absolutamente católicorromana? Una simple ojeada a nuestro alrededor nos hará ver que esta apreciación dista mucho de ajustarse a la verdad, y si nos atenemos a estudios efectuados por personas responsables sobre el particular, notaremos que, como nos lo demuestran con estadísticas por ellos levantadas, las dos terceras partes de la población no tienen religión alguna.

Por el otro lado, de no establecerse la Iglesia Luterana en este continente, ¿quién atendería a los millares y millares de extranjeros luteranos que en él se han afincado provenientes de países como Alemania, Suecia, Noruega y Dinamarca, de tradición indiscutiblemente luterana, a los que habría que agregar otros de la misma fe oriundos de diversos países, principalmente europeos?

Esta situación ha sido seriamente contemplada por las Iglesias de esos países que, a fuer de ser fieles al llamado más que misionero de conservación de la fe se han establecido desde el principio, desde el período de la conquista en algunos casos, en estos países latinoamericanos.

Y gracias a la magnífica misión por ellos cumplida hasta el presente hoy se puede decir que, más que las dos terceras partes del luteranismo existente en América Latina constituyen el preciado logro de sus afanes, de su celo religioso y de sus constantes vigilias, casi siempre acompañadas de tremendos sacrificios por la causa del Señor.

b) Mas hay otro aspecto de la Iglesia Luterana en la América Latina que no podemos pasar por alto, y es el que se refiere a la obra realizada por misioneros que, provenientes principalmente de los Estados Cnidos de América, han logrado en menos de lo que va de este siglo establecer centros de predicación, congregaciones, iglesias e instituciones educativas de orden teológico y secular en el idioma del país donde se afincaron; han echado raíces muy hondas y han logrado un prestigio ante las autoridades gubernamentales y ante la sociedad en general que hacen honor a la causa que con tanto celo proclaman.

Mas a esta idea de evangelizar, de salpicar con centros misioneros luteranos las vastas regiones del inmenso continente nuestro desde donde el Evangelio pudiera predicarse y la obra de la Iglesia Luterana comenzare a tomar forma bajo sus distintas faces, ha habido muchas entidades y personas que se han opuesto a fuer de creerse respetuosas como ninguna de la Iglesia Católicorromana que aquí sentó sus reales desde la época de los conquistadores.

¿No es esta Iglesia, por ende —dicen— la que tiene única y exclusiva-

mente el derecho de hacer obra misionera en el inmenso territorio comprendido por la América Latina? Y yo siempre he sostenido que no por dos razones: primero, porque entiendo que en el campo de la religión no puede haber zonas aisladas por muralla alguna, así sean las levantadas por Adriano, César, Severo, ni la de Babilonia, ni aun la gran muralla de la China, considerada, la más grande del mundo...

Todas ellas han caído y caerán las que pudieren levantarse ante el divino empuje motivado por la presencia del Evangelio puro de Nuestro Señor Jesucristo.

Por lo demás y, en segundo lugar, sin dejar de ser respetuoso por la Iglesia que en estos lares cuenta con tan larga data, ¿cómo podríamos interpretar debidamente y obedecer cabalmente el mandato del Señor comprendido en Mateo 28:18-20. ¿Es que la Iglesia Romana ya ha cumplido en forma exhaustiva esta tarea misionera y nada queda por hacer en lo tocante a la difusión del Evangelio en nuestro medio? En modo alguno. Sin entrar a discutir el celo apostólico de la Iglesia Católicorromana, lejos de mí sea ello, y ateniéndome sólo a las evidencias que saltan a la vista del menos avisado observador, nos encontramos como dijimos más arriba con una gran proporción de los habitantes que pueblan nuestras vastas y privilegiadas extensiones no alcanzada aún por el impacto del Evangelio.

Y esta afirmación está abonada también por el hecho de que la misma Iglesia Católicorromana así lo ha reconocido cuando, hace tres años más o menos, desde España estaba contemplándose la posibilidad de enviar ocho mil sacerdotes a la América Latina ante la comprobada necesidad que se sentía pra satisfacer las demandas del clamor misionero en el hemisferio de Occidente.

3. No podemos dejar de reconocer que la Iglesia Luterana no ha estado ajena al clamor que provenía de estos vírgenes campos latinoamericanos y es así como nos regocijamos hoy ante el hecho de que al contemplar el luteranismo existente en nuestros días en nuestros países vemos que más de tres cuartas partes del mismo tuvo su origen en la atención prodigada hacia los grupos étnicos aquí radicados y sólo el resto surgiera como consecuencia de la labor desplegada por el espíritu misionero de avanzada, en este continente, a través de la visión concebida por nuestras juntas de los EE.UU.

El desarrollo de la obra luterana en general fue un tanto precario hasta la Segunda Guerra Mundial y muchos eran los obstáculos que, cual dique de contención, se oponían a su paso y que no vamos a enumerar aquí porque no quiero causaros tedio ni deseo abusar de vuestra amable y generosa atención.

Pero lo que sí deseo destacar con grandes caracteres es que en nuestros países el luteranismo en estos días ha adquirido un florecimiento que pocos años ha difícilmente nos hubiéramos imaginado.

Y esta comprobación a la par que nos complace y llena de satisfacción nos ofrece también un desafío que cada día se renueva y nos trae aparejada una responsabilidad que no podemos eludir por más que se nos antoje abrumadora en determinadas circunstancias.

4. Según datos que he podido recoger en estos días, la América Latina



El Cardenal Landázuri *acompaña al* Dr. Fredrik A. Schiotz *y a los miembros de su comitiva después de recibir los saludos del congreso.*

Foto: Federación Luterana Mundial.



Receso. Propst Federico Hoppe, *presidente del Sínodo Evangélico Alemán del Río de la Plata;* Dr. Herbert Money, *observador fraternal del Concilio Nacional Evangélico del Perú;* Dr. Fredrik A. Schiotz, *presidente de la Federación Luterana Mundial, y el* Sr. Julio Antonio Loza, *Secretario Ejecutivo del Movimiento Estudiantil Cristiano de Colombia.*

Foto: Federación Luterana Mundial.

cuenta con una población de alrededor de los 200 millones de habitantes, de los cuales podemos calcular en cerca de 5 millones los evangelistas y en un millón de luteranos.

Mas no vayamos a creer que los luteranos constituyen una fuerza orgánicamente unida. Tampoco y mucho menos que ahora todavía lo eran en épocas anteriores. Y si bien es cierto que no se pretende en conferencias como ésta la creación de un organismo que unifique a todas las ramas luteranas que operan en este continente, no menos cierto es que del intercambio que se establezca entre las mismas surgirá sin duda una identidad de propósitos, una estrategia común con vislumbres de resultados más efectivos y perdurables, un hálito de esperanzas más constantes y gloriosas y una cohesión más viva, más saludable, más propicia a testificar de los valores eternos implícitos en la sentencia paulina "si habéis resucitado con Cristo buscad las cosas que son de arriba"...

5. La necesidad de lograr un acercamiento mayor, un entendimiento más claro y una valoración más real se puso de manifiesto como nunca antes entre nosotros, a mediados de este siglo cuando en los días 6 al 9 de setiembre de 1951 y bajo los auspicios del Concilio Nacional Luterano de los EE. UU. se convocó la *Primera Conferencia Luterana Latinoamericana* en la ciudad de *Curitiba,* Estado de Paraná, Brasil.

Esta conferencia, como reza el prefacio de un opúsculo que sobre la misma me fue dado publicar en estos días, "se realizó con el fin de estrechar más los vínculos existentes entre los distintos grupos que, enarbolando la misma fe, se hallan establecidos en las áreas latinas del nuevo continente y estudiar los problemas que les son comunes, a la vez que procurar soluciones satisfactorias como resultado del intercambio de las experiencias recogidas por cada grupo en la zona que le ha tocado vivir...".

En esta conferencia se presentaron trabajos muy enjundiosos, producto de la versación extraordinaria de algunos dirigentes que de este modo ofrecían a los concurrentes "el granado fruto de su acervo luterano conquistado desde las altas funciones que les tocó desempeñar en organismos de indiscutible responsabilidad y de proyección universal".

Allí se habló de los "fundamentos bíblicos de la Mayordomía", de la "aplicación de la Mayordomía", del aporte que para la obra en este continente podía hacer la *Federación Luterana Mundial,* organismo ecuménico luterano que comenzó a crearse en Eisenach en 1923 y hoy agrupa a unos 53 millones de los 72 millones de luteranos de todo el mundo; "del problema de los refugiados" candente sobre todo en esos días por la terminación de la guerra", y también "de las relaciones con los demás evangélicos" que en su celo evangelístico se hallan diseminadas a lo largo y a lo ancho de este inmenso campo de acción tan pródigo en oportunidades.

De mucho más se podría hacer referencia al hablar de Curitiba más no lo creo necesario en este momento y sólo insistiré en que la Iglesia Luterana ha demostrado allí estar alerta y lo sigue estando respecto de las perspectivas y métodos que tiene ante sí para acometer con una decisión incontenible la tarea más promisoria que en lo tocante a la extensión del Reino ha podido presentársele. Y también que no debe postergar la iniciación de esta empresa,

antes bien, "mirad como andéis avisadamente... rendimiento el tiempo, porque los días son malos". (Efesios 5:15).

6. Y tal fue el resultado obtenido con la celebración de la primera Conferencia Luterana Latinoamericana de Curitiba que a los tres años de entonces, para ser más preciso, entre el 20 y 25 de julio de 1954, se llevó a cabo *la segunda* en la serrana ciudad de *Petrópolis,* Brasil, también convocada por el Comité de Cooperación Luterana en América Latina, entidad dependiente de la Federación Luterana Mundial.

Aquí se puso en evidencia que, en vista de los trastornos que estaban sucediéndose en el lejano oriente en esos días, la América Latina ofrecía una oportunidad única para desarrollar con éxito una labor misionera de gran envergadura. Y es que como entonces lo soñara uno de los más destacados dirigentes: "éste es el continente del futuro". Por lo tanto no hemos de quedar rezagados como Iglesia y sí valiente y heróicamente contribuir con nuestra pujanza al desarrollo espiritual en la medida que se opera el económico, el cultural e industrial de este hemisferio privilegiado por la naturaleza.

En esta conferencia se resolvió entre otros proyectos de gran resonancia e indiscutible mérito auspiciar la creación de un seminario luterano latinoamericano el que habría de concretarse antes del 15 de marzo de 1955. Esta recomendación contó con el más franco y decidido apoyo y es así cómo surgió la magnífica institución que, desde entonces, viene funcionando con general beneplácito en José C. Paz, población cercana a Buenos Aires, y que ha llegado a merecer el alto prestigio de que hoy goza no sólo en la América Latina sino en el Norte y aún en Europa y otros continentes.

Simultáneamente se aprobó en Petrópolis y la íntima relación con el proyecto anterior el de fomentar la literatura luterana en el idioma castellano, cuya producción en nuestro medio fue siempre muy precaria e insuficiente.

Así surgió una subsecretaría de literatura española, bajo la *División de Cooperación Luterana en la América Latina* con un pastor secretario fulltime "para coordinar el trabajo de todos los campos, misiones, juntas, que estén empeñados en esta obra: "Y no podía ser de otro modo la que "La Iglesia que nació en la Universidad de Wittenberg" debe por medios de esta naturaleza impulsar la propagación del Evangelio de Paz y de Salvación..

Y ¡cuánto no se ha logrado aquí desde entonces en este sentido! ¡Cuántas librerías luteranas, cuántas publicaciones originales y traducidas, cuánto material audio-visual y didáctico no ha aparecido en nuestro idioma desde aquellos días hasta hoy! ¿Y qué decir del Nuevo Manual de Culto Cristiano publicado por la Editorial El Escudo? ¿No es el mejor ejemplo de lo que a este respecto se puede hacer por medio del esfuerzo mancomunado de los luteranos en la América Latina y la ayuda y el asesoramiento de las Juntas que promovieron la obra misionera en este continente?

7. De Curitiba a Lima... Ya hemos llegado a *Buenos Aires* pasando por Petrópois... Y estamos en el mes de abril de 1959 durante los días 13 al 17. Noventa y tres delegados y visitantes oficiales en representación de las Iglesias Luteranas de 12 países latinoamericanos y algunos visitantes especiales de Europa participan en la *3a. Conferencia* de esta índole.

La nota más relevante de esta conferencia la encontramos en el énfasis que se puso en desarrollar una mayor cooperación entre las Iglesias Luteranas de la América Latina. Por supuesto que esto mismo es lo que se postuló en las anteriores, pero con la diferencia que en ésta la necesidad aparecía como más apremiante. Lo vivido en común desde que se llevó a cabo la primera conferencia hablaba de los frutos obtenidos por esta cooperación y de los mejores y más abundantes que se podrían lograr con intensificar en mayor grado esta cooperación y contacto luteranos.

Sobre cómo intensificar esta cooperación y promover estos contactos, transcribiré las resoluciones que en esos días se tomaron y veremos hasta qué punto, ya en Lima, en 1965, hemos sido consecuentes y nos hemos desenvuelto al calor de aquellas sabias e inspiradas decisiones:

a) *Concilios luteranos*:

" La conferencia expresa su convicción de que debe existir un contacto " más estrecho entre los cuerpos luteranos sobre una base territorial, y " recomienda tomen la iniciativa para establecer una agencia común —tal " vez en forma de concilio nacional— en cada país como conducto libre " de comunicación, consulta y cooperación. Los campos de actividad " podrían incluir prensa y propaganda, fomento de literatura cristiana, " nuevos métodos para el trabajo de laicos (en especial la Academia " Evangélica), y un intercambio regular de puntos de vista relativos al " plan de acción de la Iglesia y la proyección de nuevos trabajos. Además " se sugiere que determinadas personas sean destinadas a tareas específi- " cas a fin de mantener contacto con otros concilios nacionales.

b) *Cursos teológicos*:

" La Conferencia apoya calurosamente la sugestión hecha en el sentido de " que los seminarios teológicos consideren la conveniencia de ofrecer cur- " sos de capacitación y de "postgraduación' a pastores y otros interesa- " dos, por ejemplo, en forma de institutos de verano dirigidos por líderes " especiales. Asimismo se sugiere que dos o más seminarios luteranos coo- " peren en la preparación de estos programas.

c) *Referente al programa de intercambio*:

" Relacionado con la presentación del programa del intercambio internacio- " nal para América Latina, la III. Conferencia Luterana Latinoamericana " recomienda un intercambio más estrecho entre las iglesias y congrega- " ciones luteranas *dentro de* la América Latina. Este intercambio de visi- " tantes que ofrecen disertaciones instructivas; de profesores y esudiantes " de la Facultad de Teología; de expertos en trabajos de juventudes, de " hombres y de mujeres; de evangelización, de mayordomía, etc., — todo " ello contribuira a que las iglesias y congregaciones luteranas de Amé- " rica Latina lleguen a un mejor conocimiento mutuo y a prestarse una " ayuda mutua concreta. Tales visitas deben ser sugeridas, meditadas y " coordinadas por medio de los concilios territoriales.

" Más allá de estas contemplaciones, la III. Conferencia Luterana Latino- " americana recomienda la continuación del programa de visitas entre las " iglesias y congregaciones de América Latina, como también entre aqué- " llas que se encuentran fuera de este continente. El envío de visitantes a

" América Latina deberá realizarse de acuerdo con determinados puntos
" de vista y dentro de áreas de trabajo específicas (disertaciones de visi-
" tantes, conferencias de pastores, retiro espiritual de miembros congrega-
" cionales de posición destacada, semanas musicales, series de conferen-
" cias evangelísticas con temas de actualidad). El envío debe ser pro-
" yectado y coordinado en conjunto con otras agencias de proyectos si-
" milares. Aconséjase el envío repetido de visitantes de mérito. Además se
" aconsejan viajes con fines de conferencias y estudio, de pastores jóvenes
" y destacados miembros congregacionales, de América Latina a Europa.

Al observar los postulados de las tres conferencias Luteranas Latinoamericanas no podemos por menos que regocijarnos y elevar nuestra gratitud al Eterno por el gran avance efectuado como consecuencia de su puesta en marcha en todo aquello que hace a la conveniencia de obrar en común cuando en común se puede obrar.

Es que aparte de dar con ello un mejor testimonio ante el mundo que nos rodea y al cual estamos obligados a alcanzar con nuestro mensaje, notamos de inmediato los objetivos logrados como resultado de esa cooperación y la satisfacción que brinda el esfuerzo común realizado en aras de causa tan noble y acorde con el espíritu de Juan 17:20-26.

Y esto lo decimos cuando ya estamos en Lima. De Curitiba a Lima... ¿Finaliza con esta conferencia nuestro cometido? No, antes por el contrario, aquí nos salen al paso las palabras de San Pablo: "No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo por ver si alcanzas aquello para lo cual fui también alcanzado de Cristo Jesús" (Filipenses 3:12).

En mi discurso inaugural de la 3a. conferencia decía: "todo esfuerzo que se realice para promover la evangelización de la América Latina será siempre insuficiente para satisfacer el hambre espiritual de los millones de almas que aguardan que roguemos al Padre que envíe obreros a ésta su mies"...

Muchos por distintos medios intentan adelantarse a nosotros en este apostolado, mas no debemos amedrentarnos ni dejarnos dominar por lo que a mi ver no es más que un impertinente deslumbramiento.

También Camús buscaba en la luz de Atenas la suprema redención. ¿La halló por ese camino? ¡A la vista está que no!

Hoy también tenemos demasiados hombres de ciencia y muy pocos hombres de Dios. En nuestra época parece como si nos hubiéramos adueñado del misterio del átomo; mas la verdad es que se ha rechazado el Sermón de la Montaña... y que más sabe el hombre de cómo hacer la guerra que de cómo ganar la paz; de cómo matar antes que de cómo vivir...

Aquí me vienen a la mente las acertadas palabras de U-Thant cuando al clausurar la Conferencia reunida en Ginebra y de la que participaron 1.655 sabios y técnicos convocados por la UN en febrero de 1963 dijo: "Se pone hoy a la ciencia en tela de juicio a causa de la fuerza formidable que ha dado a la guerra y al espíritu de destrucción, hasta el punto que, por primera vez en la historia, la humanidad entera está expuesta a la liquidación instantánea y total, pero igualmente también porque, en sus experimentos más audaces y de mayor alcance, la ciencia parece haber perdido todo contacto con la sociedad... Pero hay que hacer que la ciencia pueda, en alguna forma,

mantenerse consciente de su origen humano y de los fines humanos a que se destina...

"La revolución técnica y científica ha hecho más profundo todavía el abismo abierto entre unos y otros pueblos'"...

Y todavía el psicoanálisis trata desesperadamente de equilibrar y serenar el aturdido espíritu del hombre moderno.

Es verdad que en el mundo de la actualidad nos aterran los conflictos, los odios, la ambición, en suma, las tinieblas que todo lo ensombrecen.

Esto nos confirma más y más en la idea de que, fieles a nuestro gran maestro Lutero, con él creemos que "Dios es activo", hacedor viviente y no un principio filosófico como lo era para Erasmo" y que, como alguien de nuestros días ha dicho: Cuando presentemos al Señor Jesucristo tal como Él fue en este mundo, y nosotros nos presentemos como Él fue para nosotros, las cosas van a cambiar.

Al decir de Lutero somos llamados a ser Cristos para nuestros prójimos, a considerar a cada persona como lo hizo Él, como a un individuo digno de nuestro amor y preocupación, independientemente de su situación social, su raza o cualquier otra consideración humana.

No somos o estamos llamados para nuestro propio bien, sino para formar parte del pueblo de Dios como instrumentos de salvación.

Decía el poeta Antonio Machado: "La moneda que está en la mano, quizá se deba guardar, la monedita del alma se pierde si no se da...". La moneda del alma es la que Lutero descubrió en Romanos: "El justo por su fe vivirá" y el Reformador dijo: "La Biblia es el ancla de la fe". Vayamos sin temor a la palestra, que la luz del cielo pondrá debajo de nosotros las nubes que estaban sobre nuestras cabezas.

Si la religión es un factor esencial de la cultura, una fuente admirable de superación de goces y de alivio ¿por qué no insistir en hacer visibles y tangibles estos elementos sabiendo que, aunque nuestra fe sea mínima, como "un grano de mostaza", Jesús sabrá cómo multiplicarla conforme a su reiterada y autorizada afirmación?

Él es la Luz del Mundo, Él es la consumación de aquellas paabras del profeta Isaías: Luz de las gentes y salud de las naciones (Is. 49:6).

Él debe ser, una vez más, la Luz de esta Conferencia y de este modo veremos cómo, en medio de la tormenta de los días que vivimos en la América Latina, anuncia el advenimiento de la espiga que todos apetecemos...

D. RODOLFO OBERMÜLLER

Integración de Iglesia y Misión en America Latina

La Consulta Luterana de Sao Leopoldo recomienda que
las Iglesias y Misiones Luteranas en América Latina,
afiliadas o no a la Federación Luterana Mundial,
intensifiquen entre sí el diálogo sobre sus bases
confesionales
con el fin de elucidar
a qué nos comprometen ante la situación concreta
en la América Latina de hoy.

(Recomendación 5.)

Las siguientes tareas deben continuarse:
el reforzamiento espiritual y material
de las iglesias de minoría latinoamericanas
y de las congregaciones de diáspora;
el fomento de la unidad eclesiástica entre ellas;
la cooperación entre iglesia y misión...

Resultan irrefutables los siguientes enfoques nuevos:

c) Fomentar la confraternidad ecuménica con hermanos protestantes y desarrollar el diálogo con el Catolicismo Romano, con miras a la eliminación mutua de concepciones erróneas y el establecimiento de áreas de cooperación efectiva en lo tocante al testimonio cristiano.

d) Participar, en la medida más completa, en la provisión del lideraje cristiano... y *cooperar,* sobre una base nacional, con todos los demás cristianos.
ya sean protestantes o católicos...

(Helsinki, Documento N° 67, III.)

A. — INTRODUCCION

1) *El problema*

Para compenetrarse con el problema de esta mañana comenzaremos con las palabras del profesor Enrique *Tappenbeck,* quien describió la situación reinante en el Brasil de esta manera: "La característica de la Iglesia Evangélica de Confesión Luterana en el Brasil, todavía en el proceso contemporáneo de integración, reside en ser en continuidad una iglesia que se ocupa de un grupo determinado de personas, a saber, los descendientes de inmigrantes alemanes evangélicos. Pero además le fueron adheridas dos congregaciones luteranas de origen húngaro y letón, en la ciudad de Säo Paulo, y se han inaugurado dos empresas misioneras entre los indios de Matto Grosso y de Río Grande do

Sul septentrional. Algunos misioneros de la American Lutheran Church prestan ayuda para suplir la escasez de pastores".

"Es nuestra convicción que ha sido un procedimiento correcto relacionarse primeramente con aquellas personas por las cuales tenía una responsabilidad inmediata y urgente. Era necesario seguir caminando en la huella de los muchos que se habían alejado de la fe de sus padres, sea en parte, sea completamente. Pero a la vez es nuestra convicción que el protestantismo, por causa de la situación contemporánea latinoamericana, debe de estar presente también en la forma de iglesias que son fruto y agencia del espíritu misionero. No basta con tener solamente el tipo de iglesia a base de inmigrantes. Sin embargo no pensamos que los dos tipos, en las circunstancias actuales, deben de ser fusionados incondicionalmente. Aun hoy y todavía mañana nos parece que una diversificación de la obra es lo que corresponde a la realidad. Mientras continúe el proceso de integración, la Iglesia Evangélica de Confesión Luterana en el Brasil cumple con su deber cuando ocupa un lugar cada vez mejor en la ubicación misma que le ha sido dada. No posee la movilidad de una iglesia misionera que con relativa libertad puede elegir su campo de acción. Pero ciertamente, cuando más se ocupa de aquéllos que le han sido confiados, tanto más aumentan sus posibilidades de servir como un fermento y de hacerse cargo así de una función específicamente misionera."

Tappenbeck presenta un problema que hace surgir la pregunta de si se trata de un problema aislado de su iglesia o de un problema común a muchas iglesias en América Latina —cosa que procederemos a investigar ahora.

2) *El tema*

El problema está dado con el concepto de la INTEGRACION, en su formalización especial ecuménica por la IV. Asamblea Plenaria del Consejo Mundial de Iglesias en Nueva Delhi. En el mes de noviembre de 1961 se tomó la resolución de integrar al Consejo Internacional Misionero y al Consejo Mundial de Iglesias en una sola corporación que se llamaría Consejo Mundial de Iglesias. En una responsabilidad común por el mundo entero, en la tarea común de hacer conocer a Cristo, y enseñar a amarle y obedecerle en todo el mundo, las iglesias llegan a ser participantes en una misma y sola misión, sobre el nivel de una reciprocidad de plena igualdad. Antes había desigualdad entre las iglesias que "reciben" e iglesias que "suministran"; entre iglesias "jóvenes" e iglesias "históricas"; entre "misionero" y "pastor nacional"; entre "iglesias" y "sociedades misioneras". Después de Nueva Delhi comienza la aventura de la integración, identificación, interrelación, interdependencia, convergencia, coexistencia y proexistencia, individualidad, coordinación.

3) *Terminología*

Tantos sinónimos aproximados nos enseñan que el término en sí mismo no es muy claro. En su origen se trata de un término perteneciente a una operación matemática que después fue aplicada al análisis sociológico. Queda por verse en qué medida es apropiado para la eclesiología cristiana. En sociología se define así: "Integración social es un *proceso* de coordinación de las diversas clases, grupos étnicos u otros *elementos diversos* de una sociedad, en un *Todo* unificado". Esta definición comprende la confrontación inicial de los

elementos diversos con un Todo unificado, y la relación dinámica de los elementos en un proceso de coordinación hacia la unificación. Utilizando esta definición como principio heurístico, comenzaremos por analizar los elementos de la integración y proseguiremos después con el estudio del *proceso* de la integración de iglesia y misión.

B — ELEMENTOS DE INTEGRACION

1) *Iglesias receptoras versus dadoras.*

Los elementos a integrarse en Nueva Delhi se constituían en su mayoría de las iglesias que *enviaron* misioneros, pastores, médicos, profesores, etc., y de las otras que los *recibieron*. Entre nosotros su existencia asume dos formas: las iglesias de empresa misionera, mayormente norteamericana, que reúnen entre el 1,5 % y el 5 % de todos los luteranos, y las iglesias de inmigración europea que reúnen entre el 95 % y el 98,5 % de los luteranos. En un caso la iglesia madre envió misioneros; en el otro pastores. Tenemos pues los elementos para los cuales debemos tratar de buscar una integración.

2) *Diferencias eclesiológicas.*

Otros elementos se encontraron en la eclesiología. El concepto básico de una obra misionera de la Iglesia de Inglaterra es distinto del concepto de una misión de la Sociedad Misionera de los Moravos, y ambos no coinciden con el concepto que tiene una Misión por Fe. Proceden del mismo modo, pero difieren en el porqué y para qué. Entre nosotros existe la misma variedad eclesiológica; unos establecen filiales de una iglesia madre para proteger sus almas; otros propagan la confesión luterana y ganan almas; y todavía otros extienden el Reino de Dios y salvan almas. En consecuencia hay elementos para integrar.

Pero en nuestra situación latinoamericana encontramos aún otros elementos más, no incluidos en las declaraciones de Nueva Delhi.

3) *Destinatarios definidos versus indefinidos.*

Hay iglesias que se establecieron entre grupos étnicos determinados por la inmigración, o que se dirigieron a un grupo definido, a los indios del Matto Grosso, por ej. Hay otras que no definen el destinatario y se dirigen a cualquier persona que pueda ser alcanzada por el Evangelio. Con frecuencia se critican mutuamente, y los malentendidos entre las iglesias que se denominan "evangelísticas" y las nuestras tienen su origen en esta diversidad de elementos desintegrados. Por cierto el nuestro no es tan sólo un problema casero. La obra pastoral de alemanes por sacerdotes católicorromanos, las iglesias ortodoxas formadas por rusos o griegos o serbios o siriolibaneses, las iglesias anglicanas, los presbiterianos ítalovaldenses, suizos, escoceses, franceses, holandeses, bóeres, galeses, los menonitas de habla alemana, los bautistas y los pentecostales de habla alemana —para mencionar algunos— se dirigen también a destinatarios definidos y crean el mismo problema como muchos de los nuestros.

4) *Diferencias confesionistas.*

La cuarta clase de elementos de diversidad entre las iglesias y misiones cristianos existentes entre nosotros es nuevamente eclesiológico, pero esta vez de diversidad confesionista. Están divididos entre sí todos cuantos invocan el nombre del Señor es un sinnúmero de denominaciones particulares. La obra misionera de la Iglesia Apostólica Romana, la presencia de las iglesias luraranas, ortodoxas, valdenses y presbiterianas, la obra evangelística de los luteranos, presbiterianos, metodistas, bautistas, pentecostales, discípulos de Cristo, Hermanos Libres y de mucho otros, de los cuales no odos conocemos el nombre siquiera, responden cada una a una convicción y confesión distinta en sus detalles. Si con las debidas reservas reducimos la diversidad a una polaridad ad hoc, vemos elementos luteranos versus elementos no luteranos, y tal confrontación podrá obligarnos a definir el problema de la integración en un horizonte de amplísima visión, de tal modo que la última pregunta sería: ¿Cuál es el lugar que los luteranos ocuparán en el contexto total del testimonio y del servicio cristianos en América Latina: el lado de los noluteranos, en cooperación con ellos, en oposición a ellos, en rivalidad eterna y proselitismo a expensas de ellos?

C — EL PROCESO DE INTEGRACION

Parece ahora que el tema de esta mañana está por convertirse en un desafío enérgico que exige examinar a fondo la vida, el mensaje y la misión de nuestras iglesias, cuando ahora iniciemos juntos una búsqueda del camino del proceso mismo de integración, coordinación y unificación de los elementos cristianos diversos y dispersos en América Latina. Sin embargo, esta búsqueda no es novedosa de manera alguna. Al contrario, podemos dar gracias a Dios desde lo más íntimo de nuestros corazones si efectivamente podemos encontrar nuevas luces o decisiones promisorias. Solamente en los últimos diez años ha aparecido en nuestras publicaciones gran número de artículos cuyos autores insisten en la necesidad de una inspiración particular para "nuestra tarea *dentro* del protestantismo *en* América latina".

Mi presentación está saturada de alusiones a las contribuciones de Augusto Fernández Arlt, Béla Leskó, Robert Hoeferkamp, Guido Tornquist, Stewart W. Herman, Friedrich Tute, para mencionar tan sólo algunos pocos entre todos ellos, y quien conoce estas publicaciones, dirá quizá que esta ponencia no es más que un informe de lecturas. Tanto más importante será que juntos demos "un pasito más hacia adelante".

1) *Orientación bíblica.*

Ahora bien, para orientarnos en la búsqueda de la integración, para munirnos de normas y reglas que nos ayuden a trazar el camino y sus perspectivas, necesitamos una orientación bíblica, y muy en especial una orientación basada en el Nuevo Testamento.

El Evangelio es el Todo unificador de la iglesia y de la misión; el evangelio anunciado por Jesucristo y predicado en su honor y nombre; el evangelio del Reino de Dios, de la Justificación del impío mediante la fe en Jesu-

cristo exclusivamente. De Jesucristo queremos dar testimonio de fe, a Jesucristo queremos servir, en Jesucristo tenemos la unidad. Al tomar en serio el hecho de que Jesucristo es el único Señor y Salvador del mundo entero, uno para todos, una vez por todas las veces, y al confesarlo públicamente resulta ineludible la búsqueda de una integración de todos sus testigos y de todos los redimidos en Él mismo. Por esto hay una página en la carta a los efesios donde leemos: (1:10) "Dios se había propuesto en sí mismo, reunir todas las cosas en Cristo, en la dispersión del cumplimiento de los tiempos". Es pues el plan de Dios sumar todos los elementos de tal manera que Cristo es la suma que encabeza toda la operación, y el término "anakefalaióosasthai" en mucho se acerca a nuestro término moderno "integrar". Esta operación es cumplimiento, "pléeroma", otro término muy parecido a "integración", un ordenamiento tal de toda la historia, una dispensación de los tiempos", que desde su comienzo, en todas las etapas del "proceso", corresponde al "pléeroma", a la completación. Y después leemos (1:22) "Dios dio a Cristo a la iglesia por cabeza sobre todas las cosas. (1:23) La iglesia es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo". Es pues una dimensión de integración la que caracteriza a la iglesia de Cristo, la dimensión de plenitud, y la iglesia la alcanza mediante el testimonio universal, testimonio que tiene por cabeza al Señor de todas las cosas y que todo lo llena en todo. Así, tan sólo así, la iglesia es su cuerpo en realidad.

Si esta orientación bíblica es exacta, entonces resultan conclusiones que de primera instancia son capaces de aterrar.

a) *Misión*

En relación con Jesucristo, Cabeza y Plenitud de la Iglesia, hay solamente iglesias que reciben, y desaparece la distinción entre iglesias dadoras y receptoras, iglesias que envían misioneros o dinero, e iglesias que reciben misioneros o dinero. El único que envía es Jesucristo mismo. Juan 20-21: "Como me mandó el Padre", apéstalken, "así también yo os envío", pempo. Por esto pregunta el apóstol Pablo a los corintios (1,4:7): "¿Quién te distingue? ¿o qué tiene que no hayas recibido?".

b) *Iglesia*

En relación con Jesucristo no hay más que una sola, única iglesia, y la distinción entre misiones de iglesias y misiones de sociedades privadas desaparece. El único apóstol (Hbr. 31:1) del evangelio es Jesucristo mismo (Gálatas 2:8) "El que actuó en Pedro para el apostolado de la circuncisión, actuó también en mí para con los gentiles".

c) *Grupos étnicos.*

En relación con Jesucristo existe tan sólo un pueblo único de Dios, y desaparece la distinción entre iglesias que sirven a un grupo étnico determinado e iglesias orgullosas de su universalidad. El único Rey de Reyes, el único Pastor de los pastores es Jesucristo mismo, (Mateo 15:24) "enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel", y a la vez (Juan 10.16) "tiene otras ovejas perdidas que no son de este redil, aquellas también debe traer, y oirán su voz; y habrá un rebaño, un pastor".

d) *Confesiones.*

En relación con Jesucristo hay una sola oración y una sola confesión, y las distinciones entre ritos y denominaciones desaparecen en Él. El único que ora por nosotros todos, el único que es confesor integral del Evangelio es Jesucristo mismo. (Juan 17:20:21), "no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno", hína pántes, hén óosin, unificados, unánimes, unibles unitivos, unidos entre sí, homogeneizados, integrados en Cristo.

En este contexto no puedo resistir la tentación de citar un pasaje de Melanchthon, Apología IV, 10: "Ne intelligamus ecclesiam esse politiam externam certarum gentium, sed magis homines sparsos per totum orbem, qui de Evangelio consentiunt et habent eundem Christum, eundem Spiritum Sanctum, et endem Sacramenta sive habeant easdem traditiones humanas, sive distintas". No queremos pensar en la iglesia como una institución pública hecha por cierta gente externamente definida, sino que la iglesia son las personas dispersadas por todo el mundo, las mismas que respecto al Evangelio están de acuerdo entre sí y tienen al mismo Cristo, al mismo Espíritu Santo y los mismos Sacramentos; sus tradiciones humanas pueden ser idénticas o semejantes.

e) *Dimensión escatológica.*

Finalmente, y ante todo, la relación con Jesucristo abre la dimensión escatológica. No entra plenamente en las categorías del tiempo actual y del espacio presente. La relación con Jesucristo trasciende estas categorías humanas. Al desaparecer las distinciones que contamos entre nosotros, ya estamos tocando el fin de los tiempos, y solamente las visiones del Apocalipsis se vislumbran "he aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos, y ellos serán sus pueblos" (21:3). Y en Efesios (1:10) se habla de un futuro, del propósito divino de integrar todo en Cristo, antes de decirse (1:22) que Dios "dio" a Cristo a la iglesia. Es el fin de los tiempos que ya está presente en el "Verbo que se hizo carne".

Es el último juicio de Dios sobre los hombres ya proclamado en su crucifixión y resurrección. Es la última decisión de Dios sobre el mundo que ya está tomada en Jesucristo. *Ya ahora* somos hijos de Dios, pero *aún no*, se ha *manifestado* públicamente lo que hemos de ser (1, Juan 3:2).

Así vivimos y nos movemos en lo penúltimo, provisorio, pasajero, enjuiciado de nuestras diversidades. Vivimos en la relación de la FE con Jesucristo. Es cierto que en Jesucristo estamos en el camino trazado para hacer desaparecer nuestras diversidades. Sin embargo, nuestra condición actual se caracteriza por los dolores de la desintegración, del desgarramiento, de la rivalidad, de la incapacidad para dar un testimonio unido en honor de Aquel que ora por nosotros, para prestar un servicio unido en honor de Aquel que dio su vida por todos nosotros y mucho más.

El resultado de la orientación bíblica nos presenta verdades aterradoras a la vez que esperanzas consoladoras; nos llena de arrepentimiento y de fe, y nos presenta nuestro problema en forma muy concreta.

¿Cómo dar testimonio de la integración plena en Jesucristo, si disponemos solamente de elementos no coordinados, no unificados todavía?

2) *Orientación eclesiástica.*

Un ejemplo de respuesta lo encontramos en el Nuevo Testamento. Las congregaciones del Nuevo Testamento se hallaban diseminadas a través del Imperio Romano; eran numéricamente insignificantes, una minoría sin perspectivas de llegar a ser mayoría. Sin embargo no se desanimaron; por lo contrario, emprendieron la obra misionera y la consolidación de sus iglesias en la fe certera de que Jesucristo es el Señor y Salvador de todo este mundo por el cual estaban distribuidos sin estructura, casi librados al azar de sus viajes comerciales, de sus peregrinajes de artesanos viajeros. Encontrando la Plenitud en la Cabeza de la Iglesia, sabían aguantar y superar las deficiencias de su vida diaria en lo penúltimo de esos últimos tiempos. Documentos de esta orientación son las cartas de Santiago y del Apocalipsis y la Ia. carta de Pedro, y un buen número de las parábolas sinópticas, el Sembrador, la Levadura, el Grano de Mostaza, el Trigo y la Cizaña, etc. Unieron su concepto de la iglesia y su concepto de la misión en el concepto de la SIEMBRA que se efectúa en la DISPERSION, en el diaspeirein; Jesucristo era para ellos el SEMBRADOR, ho aspéiroon, y el campo de siembra el mundo, ho kósmos. Y los éxitos de la siembra en la cosecha eran para ellos modestamente las PRIMICIAS, la primera entrega de frutos más ricos aún y posteriores, un evento escatológico, algo último en lo penúltimo. Entonces, hablando de siembra y de primicia, dieron testimonio de la integración plena en Jesucristo cuando disponían solamente de elementos no coordinados, dispersos en "diáspora" para el porvenir.

En la eclesiología de la diáspora hay integración del elemento congregación reunida y del elemento misión de miembros dispersos, en un Todo superior, en el Sembrador que es Jesucristo mismo, y se respeta la dimensión escatológica.

A la luz de esta eclesiología diasporal, la iglesia es la concentración de los justificados creyentes. "Congregatio sanctorum", CA VII, congregatio como acción y efecto de congregar, sancti como destinados por Dios para ofrecerse en servicio vicario sacrificial, la obra *pastoral* del Buen Pastor Jesucristo que reúne y concentra sus ovejas en el redil que la protege. Su sacramento es la Eucaristía, Santa Comunión, sacramento pastoral.

La empresa misionera es la distribución de los anteriormente reunidos, doctrina pura evangelii et recta administratio sacramentorum Jesv Christi, CA VII, la obra *apostólica* del Enviado de Dios, Jesucristo, MISSIO DEI IPSIUS. Su sacramento es el *bautismo* de arrepentimiento para remisión de los pecados, *sacramento misionero de comunicación del Evangelio para con todos los hombres dondequiera que estén.*

Ambos sacramentos testifican la misma acción divina; son su doble aspecto, y en ninguna situación cobran tanta actualidad como en una DIASPORA. Se complementan porque están integrados en Jesucristo.

Será pues imposible integrar el uno en el otro, el bautismo en la santa cena, la santa cena en el bautismo, la misión en la iglesia, la iglesia en la misión. La integración está en el Cristo viviente, presente y venidero.

Para la América Latina actual pueden desprenderse ya ahora algunas aplicaciones. Béla Leskó escribió en 1963: "Ya no se permite continuar la discusión si somos Diáspora o Misión, iglesia lejos de su patria o iglesia que se extiende, sino tenemos que confesar en lugar de esto que somos una iglesia dispersada con misión y una iglesia de testimonio".

Richard Shaull, presbiteriano, escribió hace poco: "Dios ha llevado hoy su iglesia a la situación de una nueva diáspora. Después de más de mil años de existencia como un pueblo reunido en la cristiandad, los cristianos se hallan nuevamente dispersos en un mundo cristiano; y las formas de la renovación de la iglesia deben ser ahora formas auténticas de existencia de la comunidad cristiana en esta dispersión".

Hay entre nosotros un gran número de iglesias que se llamaban "iglesias de diáspora": alemanas, húngaras, letonas, estonianas y otras dispersadas entre latinos, anglosajones, católicos y demás protestantes. Conocieron así en parte la situación diasporádica de "extranjeros esparcidos" (1a. Pedro 1:2). Ahora se le ofrece la oportunidad grandiosa de reinterpretar sus experiencias en la visión cristocéntrica de la eclesiología diasporal. Leskó dice: "La presencia de nuestras iglesias en este continente requiere el descubrimiento de un solo fundamento teológico para toda clase de actuación eclesial. Los conceptos de conservación de una tradición y de conversión evangelística no son contradictorias. Una misma iglesia debe y puede encarar ambos aspectos".

Hay entre nosotros iglesias que nacieron por empresa misionera, y a ellas les cuesta comprender la razón de ser de las iglesias de tradición. Conocieron mejor el sacramento del bautismo que el sacramento de la comunión. Ahora se les ofrece la oportunidad de acercarse a las demás iglesias en la visión cristocéntrica de la eclesiología y misionología diasporal. Podrán comprender su existencia como acción de la iglesia universal que tiene dos aspectos, y no solamente como acción de la iglesia o de la sociedad misionera que las sostiene o las ayudó a nacer.

Tal vez la expresión "dos aspectos" necesite de una aclaración terminológica mayor. La expresión induce a pensar que se trata de un dualismo bipolar que puede ser soportado dentro de un equilibrio de tesis y antítesis que finalmente, en un proceso de integración, se suspende en una síntesis de ambos, en "una misma iglesia". Quiere aclarar que lo entiende en el esquema dialéctico que no presupone equilibrio sino más bien movimiento de péndulo en suspenso encima de un centro que pasando-nomás se toca. Este movimiento señala hacia lo trascendente. En Jesucristo están trascendidos los dos aspectos de iglesia y misión; en Él se integran; no se integran recíprocamente la una en la otra. Tal vez se puedan comparar también con los dos movimientos de la respiración; inspirar: la iglesia; espirar: la misión; la persona misma no se agota de la Iglesia Católica Romana? ¿O queremos limitar voluntariamente el alni en una ni en otra, pero se ahoga si le falta una de las dos.

La imposibilidad de una fusión fácil (que requeriría la eliminación de la situación de diáspora para ambas) se hace evidente si describimos las figuras en forma gráfica. La parroquia es un círculo, la agencia misionera es una flecha. Una se asemeja al corral; la otra a la red. La institución parroquial

y la expedición apostólica, el agrícola sedentario y el ganadero nómade, el introvertido y el extravertido, la protección y la aventura, el pastor y el pescador, la asamblea y la dispersión, son algo más que una misma cosa vista por la izquierda o por la derecha, desde abajo o desde arriba. Pero si la flecha da en el blanco, en el centro mismo del círculo; si un Pedro es llamado primero a ser *pescador* de hombres y después *pastor* por el uno y mismo Señor, entonces existe una integración más allá de los contrastes. Y en la situación diasporal estamos llamados —según las circunstancias cambiantes— tanto a brindar la protección del corral como a ir a la aventura con la red. Es el mismo Jesucristo quien nos llama según las circunstancias del Kairós, de siembra, maduración, cosecha y otra nueva siembra.

3) *Áreas del proceso de integración*

a) *Catolicismo*

Tomando pues esta eclesiología de la diáspora como punto de partida para aplicaciones concretas en la búsqueda de un camino en el proceso de la integración en Jesucristo de los diversos elementos en la vida de nuestras iglesias "pescadoras" y "pastorales" en América Latina "hic et nunc", proseguiremos con el estudio de algunas áreas donde encontramos diseminados las iglesias cristianas en América Latina, siempre teniendo en mente la pregunta de si la congregación eclesial de por sí misma se basta para el testimonio y servicio, o si la misión, con su obra apostólica, se basta por sí misma, o si más allá de esto Jesucristo reclama una acción de coordinación dialéctica, combinando iglesia y misión.

Sentemos terminantemente que en esta eclesiología integración no quiere ni puede significar un unionismo, unitarismo o sincretismo. No se piensa en un "Schwärmertum" con sus ilusiones de escatología en gloria, anticipando sin reservas.

Estamos localizados en un área misionera y pastoral de la Iglesia Católica Romana, y cualquier empresa misionera evangélica, cualquier inmigración de protestantes representa una invasión en esa área. En el campo misionero entre indoamericanos o afroamericanos, los protestantes puedan ser tal vez considerados como rivales, pero a los ojos de los latinoamericanos católicos aparecen como pescadores que roban en la piscina de la casa hospitalaria, y es lógico que se nos acuse de "proselitismo". La cuestión es: ¿Quién es el destinatario de nuestro mensaje? ¿A quiénes queremos alcanzar? ¿Soñamos con una América Latina Luterana, con 200 millones de miembros? ¿A expensas de la Iglesia Católica Romana? ¿O queremos limitar voluntariamente al alcance del Evangelio universal?

Las iglesias de inmigrantes deseaban evitar el proselitismo limitándose en consecuencia a la obra pastoral entre hermanos de un grupo étnico o confesionista; buscando ovejas perdidas del propio rebaño protegiéndolas contra la reclamación de los dueños de estancias vecinas.

Las iglesias misioneras tenían dificultades de definición frente al problema. En la Conferencia Misionera de Edimburgo, 1910, se declaró que América Latina no es campo misionero porque ya existía una iglesia cristiana.

Otras misiones, en discrepancia con este concepto, consideraban al continente como campo propicio para luchar por la libertad religiosa, y la emancipación evangélica y para crear nuevas iglesias rivales a costo y expensa de la membrecía de la Iglesia Católica Romana (y de otras también).

En la Conferencia Misionera de Jerusalén, 1928, se solicitó se testimoniara a Cristo en el mundo secularizado y por ende también en América Latina; y en la Conferencia de Ghana, 1958, se reconoció la urgencia de una predicación evangélica en nuestro continente ya que no puede haber cristianos sin espíritu de misión; finalmente, en la Conferencia Misionera de México, 1963, se declaró la urgencia de la empresa misionera en todos los seis continentes poscristianos sin excepción.

Entonces, si queremos o no, habrá católicos entre los destinatarios de nuestro mensaje. La siembra del Evangelio se efectúa en un área de gran tradición e influencia católica romana. Por ende la cuestión es: ¿cómo proceder sin proselitismo, sin sembrar cizaña entre el trigo, sin robar ovejas? Este problema ha sido tratado a fondo en un documento del Consejo Mundial de Iglesias que vale la pena ser estudiado para nuestra inspiración. Fue distribuido entre los documentos de nuestro Congreso. A nuestro tema pertenecen las siguientes afirmaciones de la declaración de Nueva Delhi, 1961, sobre "Testimonio cristiano, proselitismo y libertad Religiosa". El Testimonio cristiano es confesar a Cristo, Señor y Salvador universal. Al *darse* el testimonio se desea encender la llama de la fe tanto en no cristianos como en cristianos nominales; dar testimonio de la Verdad aun en frente y a favor de una iglesia que la ha perdido. Lo que no se desea será establecer iglesias rivalizantes. Antes se desea descubrir elementos de la iglesia verdadera de Jesucristo para considerarlos como indicio de esperanza que presagia una futura comunión. (Entre paréntesis: resulta interesante señalar que casi lo mismo figura en la Constitución de Ecclesia del Vaticano II, Cap. I, 15). Es de desear que los cristianos se ayuden mutuamente también en sus necesidades materiales, en sus campañas de evangelización, en su esfuerzo de educación, siempre que estén de acuerdo acerca de esta cooperación. Y para *aceptar* el testimonio cada persona necesita la libertad religiosa de vivir bajo la autoridad de Dios, de expresar libremente y públicamente su convicción, y de cambiar su religión si así lo desea.

Ahora bien: puede darse el caso de que la iglesia quiera atraer miembros de otra iglesia aprovechando sus flaquezas, guiada por agresividad, expansionismo, envidia, utilizando métodos ilegítimos, ya sean amenazas o presión, ofrecimiento de ventajas políticas, etc., o bien mediante la violación del octavo mandamiento, al dar falso testimonio contra el prójimo. En estos casos se trata de *proselitismo,* de un testimonio adulterado, impuro; de un abuso de la libertad religiosa. Voy a citar literalmente la conclusión: "Las iglesias deberían regocijarse cuando influencias frescas excitan la fe de aquellos que son confiados a su cuidado, aunque las influencias vengan de afuera de su propia estructura. Tal testimonio, llevado al seno mismo de la vida de una iglesia, debe preocuparse por la *unidad* de *esa* iglesia tanto como por la renovación de su vida. Todas las iglesias miembros del Consejo" (y entre nosotros hay varias que lo son) están llamadas a practicar tal reserva en el ejercicio de la

libertad religiosa como para no causar ofensa y a respetar de la manera más plena posible las convicciones de otras iglesias. Por lo cual rogamos a las iglesias miembros que desautoricen todo proselitismo según se lo define en esta relación. Aquí termina la cita, tanto más notable cuanto el motivo para la presentación de este documento eran fricciones entre iglesias presbiterianas y pentecostales con la iglesia ortodoxa de Grecia.

Con todo estamos en la feliz situación de firmar este documento con palabras tomadas de la Confessio Augustana y de su Apología: "No queremos decir ni mencionar nada por odio y rencor contra nadie ni para calumnia o desacato". (CA. Epil. IV: neque hic quidquam ad ullius contumeliam dictum aut collectum est). "Queremos demostrar que nuestra doctrina ha sido basada firmemente en la Sagrada Escritura y no es contraria a la iglesia cristiana universal, ni a la romana" (CAXXI: haec fere summa est doctrinas apud nos, in qua cerni potested nihil inesse, quod discrepet a scripturis, vel ab ecclesia catholica vel ab ecclesia romana). "Nos nos alegra la discordia" y "Encomendaremos por lo tanto nuestra causa a Cristo quien en su tiempo juzgará estas controversias, a quien rogamos que mire a las iglesias afligidas y dispersadas y las conduzca nuevamente a la concordia piadosa y perpetua" (Ap. Pref. 16: 19: non delectat nos discordia. Commendabimus itaque causam nostram Christo, qui olim iudicabit has controversias, quem oramos, ut respiciat afflictas et dissipatas ecclesias et in concordiam piam et perpetuum redigat).

Si entonces es exacto que la iglesia universal es una en su Señor y Salvador, siempre nos queda la inquietud por la integración de la misión y de la iglesia y tendremos que respetar este hecho y expresarlo en la confrontación con otras iglesias, entre ellas con la católica romana, orando por una integración en Cristo sin proselitismo. "No nos alegra la discordia". Un testimonio de unidad cristiana es el que debemos a la iglesia católica, y no podemos darlo antes de haber hallado la cooperación entre nosotros mismos, comenzando entre los luteranos y extendiéndola junto con los demás evangélicos. Debemos ayudar a aquella iglesia mediante el testimonio del poder de la Palabra de Dios que nos habla por el Espíritu de Dios en la Biblia. Debemos ayudarla precisamente por la iniciativa de demostrar qué es la integración. Una voz luterana que viene de la India: el informe de la sección II de la Conferencia Asiática Luterana, reunida en Ranchi en octubre del año pasado, dice claramente: "Como luteranos leales a Cristo y a su Palabra. deberíamos comprometernos confiadamente en conversación ecuménica con las iglesias de las cuales estamos separados, confiando en que el Espíritu Santo está actuando para revelar la Verdad y para establecer comunión con Cristo".

b) *Protestantismo.*

Pasando revista al área ocupada por otras iglesias de orientación evangélica a cuyo lado nos encontramos, podemos repetir lo anteriormente dicho. Unas ya existían antes de la llegada de los luteranos, otras llegaron después. Hace poco sucedió en la ciudad de Ramírez de la República Argentina que un pastor se quejara por la apertura de una obra metodista en Ramírez porque "el crecimiento expansivo de esta iglesia metodista no será posible sino a expensa de la pérdida de miembros de la iglesia católicoromana y de nues-

tro Sínodo Evangélico Alemán del Río de la Plata". Éste no es un caso aislado. Hubo un tiempo en que la Iglesia Evangélica Luterana Unida en la Argentina y mi propio sínodo no sabían cómo vivir sin incurrir en proselitismo entre sí. Hoy buscamos otro camino. Mi sínodo ha aceptado con gratitud y alegría fraternal la invitación para este Congreso, porque cuando se trata de integrarnos a la iglesia de Jesucristo no queremos ni podemos faltar en la íntima cooperación con nuestros hermanos de tradición y de porvenir luterano. Vemos unos cuatro o cinco millones de evangélicos en nuestro continente, diversificados en más de 50 denominaciones, divididos entre sí por fundamentalismo, liberalismo, neoortodoxia y otras convicciones más. Vemos que muchos de ellos practican un proselitismo sin reparos. Será pues de máxima importancia que nos sintamos solidarios con ellos todos en su debilidad y en su potencia para llegar a un testimonio que converja hacia Jesucristo. A ellos también les debemos una orientación para integración de iglesia y misión en Jesucristo, para descubrir por qué y para qué estamos en dispersión en este continente.

c) *La sinagoga.*

Hay otra religión más con la cual nos toca buscar integración en Jesucristo sin incurrir en proselitismo. Miles y miles de hijos de Israel viven en América Latina, casi dos millones en la República Argentina y en la República Oriental del Uruguay solamente. Algunas de nuestras iglesias luteranas mantienen una obra de testimonio cristiano para judíos, ya sea como empresa misionera o como asimilación pastoral a sus iglesias, solucionando de distintas maneras el problema de Galuth, de la dispersión de Israel entre cristianos y no-cristianos. Los elementos de la integración de Israel son varios. Uno de ellos es el Antiguo Testamento. Si el "Dios y Padre de Jesucristo" es el "Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob"; si la iglesia cristiana "es un edificio bien coordinado" (Ef. 2:21) donde los gentiles son "Conciudadanos de los santos, miembros de la familia de Dios", y entonces queda excluido un testimonio *misionero* para convertir a judíos, sino que antes corresponde al testimonio *pastoral* del Buen Pastor para las ovejas perdidas de la casa de Israel. El Nuevo Pacto está destinado a quienes están comprendidos en el Antiguo Pacto; la Biblia es una. Y el segundo elemento es el secularismo del que sufre Israel. Allí donde tenemos que ver con judíos que denuncia el Pacto, que se han asimilado al mundo, que como Carlos Marx luchan por un reino de Dios sin Dios en la tierra, nos encontramos en la misma situación de la iglesia frente a sus hijos que abandonaron el cristianismo tradicional; estamos en confrontación con Ludwig Feuerbach, el antropólogo teológico de Heidelberg. El secularísimo reclama una obra *misionera* que sea *diasporal*; somos diáspora en el mundo contemporáneo. Así tenemos en común con los hijos de Israel la situación de dispersión por el mundo y la esperanza en el reino mesiánico, y tenemos una responsabilidad por ellos en medio de las violencias del antisemitismo, responsabilidad que tantas veces hemos traicionado. Israel necesita la misma integración en Jesucristo que la iglesia cristiana y su misión. Tal integración halla su programa en Romanos 11:25. "No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no séais arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud (¡pléeroma!—) de los gentiles; y luego Israel será salvo, como está escrito: VEN-

DRÁ DE SIÓN EL LIBERTADOR...". Se necesita pues la visión del Cristo Venidero, y en él para unos la obra pastoral, para otros la obra misionera apostólica, y ambas en nombre de Jesucristo, no de una iglesia y misión particulares. En la aceptación de esta responsabilidad se han dado apenas los primeros pasos; y necesitamos con urgencia una claridad mayor para trabajar en este área de acción, de presencia y de intercambio del Evangelio.

d) *Cristo en el Mundo.*

Para terminar debemos enfrentar esa otra pesadilla y angustia que nos invade al preguntar por la integración de la iglesia y de la misión que viven en América Latina. Esta angustia se apodera de nosotros cuando dirigimos la mirada hacia el mundo de la sociedad que nos rodea. Ni siquiera en forma parcial alcanzamos a la sociedad entera. Iglesia y misión representan sendos grupitos minoritarios, grupitos en dispersión diasporádica, y cuando son algo más numerosos representan mayormente sectores delimitados de la sociedad en general. La vida de la sociedad industrial tecnológica, la vida en las universidades, la vida de los millones en la masa de los indoamericanos y de los afroamericanos, se desarrolla en su mayor parte sin la presencia, sin el diálogo, sin la participación de nuestras iglesias luteranas, tanto misioneras como parroquiales, y no podemos ofrecer mucho dentro de la vida de nuestras iglesias que sirviese verdaderamente a dar un lugar activo a las personas cuya vida se desarrolla en medio de luchas gremiales, económicas, nacionales, universitarias, revolucionarias. Sin embargo es netamente imposible tener fe en Jesucristo, en "Aquel que llama todo en todos", sin inquietarse preguntando: "¿Dónde está aquél?" (Juan 7:11). "Señor, ¿cuándo te vimos... y no te servimos?" (Mateo 25:37). Ciertamente, es grande la tentación de la iglesia de contentarse con algunos éxitos religiosos aislados y numéricamente sobreestimados. Ciertamente es bien humano sucumbir a estas tentaciones y buscar disculpas. Pero el Espíritu Santo, el Consolador, proclama el mensaje de la esperanza en medio de la angustia cristiana, "nos ayuda en nuestra debilidad, intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Romanos 8:26).

D — CONCLUSION

Será pues la integración de iglesia y misión en la diáspora la segura orientación, la integración en la iglesia y misión de Jesucristo. Será orientación para la iglesia parroquial, para despertarla a su misión universal. Será orientación para la empresa misionera, para que sirva a todos los hombres dando testimonio de la presencia de Jesucristo, de su palabra, de su participación y comunión.

BIBLIOGRAFIA EN CASTELLANO

Publicaciones católicas:

BORRAT, Héctor. Encuentro en la diáspora. En: *Testimonium* X, 3/4 (1964), pp. 9-26.

CENTENO, Ángel M. Ecumenismo en la Argentina. En: *Criterio* 1468 (1965).

CONCILIO VATICANO II. Constitución dogmática De Ecclesia (Par. 15). En: *Criterio* 1468/70 (1965), pp. 58 sg.

HOUTART, Abbé François. Las corrientes actuales en la iglesia católica romana de América Latina. En: *Cristianismo y Sociedad* II, 1964, pp. 52-60.

VETRANO, Vicente O. Reflexión pastoral sobre América Latina. En: *Criterio* 1448 (1964), pg. 206-211.

Publicaciones ecuménicas:

CELADEC 1964. Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana. En: *Predicador Evangélico* 87 (1965), pg. 165-167.

EMBALSE RIO TERCERO. Conferencia Latinoamericana Vida y Misión de la Iglesia. Federación Mundial Cristiana de Estudiantes. En: *Testimonium* X, 3/4 (1964).

LIMA 1961. Informes de la Segunda Conferencia Evangélica Latinoamericana. Buenos Aires, 1962 (Confederación Evangélica del Río de la Plata, Tucumán 358, Buenos Aires).

ODESA 1964. Comité ejecutivo del Consejo Mundial de Iglesias. Documento: La unidad cristiana - su estado actual. En: *El Predicador Evangélico* 85 (1964), pg. 3-6.

REFLEXIÓN TEOLÓGICA sobre la labor de la Evangelización. Consejo Mundial de Iglesias, División de Estudios. Methopress, Buenos Aires, 1959.

VISSER'T HOOFT, Willem A. La "una sancta" y a iglesia local. En: *El Predicador Evangélico* 73 (1961), pg. 9-19.

— Habla Nueva Delhi. Buenos Aires, 1963.

Publicaciones evangélicas generales:

HOPPE, Friedrich. Problemas estructurales de la congregación bilingüe. En: *Ekklesia* 7 (1960), pg. 87-91.

LIGGET, Thomas J. Las relaciones entre las iglesias en la América Latina. En: *Cuadernos Teológicos* 38 (1961), pg. 106-121.

OBERMÜLLER, Rudolf. Los problemas de la predicación en América Latina. En *Ekklesia* 1 (1957), pg. 25-42.

— La iglesia en la dispersión. En: *Cuadernos Teológicos* 37 (1961), pg. 3-12.

— Esparcidos reunidos. En: *El Predicador Evangélico* 72 (1961), pg. 241-245.

ROBERTS, Dayton W. Las iglesias jóvenes nos enseñan. En: *El Predicador Evangélico* 84 (1964), pg. 257-262.

Publicaciones luteranas:

ANTONY, Zoltan. Los Expatriados. En: *Ekklesia* v (1957), pg. 61-68.

DIETZFELBINGER, Hermann. Cada cristiano un misionero. En: *Ekklesia* 11/12 (1962), pg. 1-3.

EMPIE, Paul C. Misión, Confesión y Unidad. En: *Ekklesia* 5 (1959), pg. 76-86.

FERNÁNDEZ Arlt, Augusto. Nuevas áreas para la responsabilidad social cristiana. En: *Guía de Estudios* (1965), pg. 67-75.

HELSINKI 1963. América Latina en la Cuarta Asamblea Mundial de la Federación Luterana Mundial. En: *Ekklesia* 14/15 (1963), pg. 58-71.

HERMAN, Stewart W. Luteranos en América Latina. En: *Ekklesia* 5 (1959), pg. 103-113.

HERMAN, Stewart W. El futuro de la iglesia en América Latina. En: *Ekklesia* 9 (1961), pg. 15-29.

— La tarea inconclusa. En: *Ekklesia* 16/17 (1964), p. 56-63.

— Tres áreas principales de comunicación. En: *Ekklesia* 11/12 (1962), pg. 22-28.

HOEFERKAMP, Robert. ¿Qué estamos diciendo a nuestro ambiente? En: *Ekklesia* 11/12 (1962), pg. 9-21.

LESKO, Béla. La misión de la teología luterana en Sudamérica. En: *Ekklesia* 2/3 (1958), pg. 29-36.

— Reforma, continuidad y universalidad. En *Ekklesia* 4 (1959), pg. 1-2.

— La iglesia luterana en la historia. En: *Cuadernos Teológicos* 31 (1959), pg. 190-202.

— Nuestra tarea dentro del protestantismo en América Latina. En: *Ekklesia* 7 (1960), pg. 100-113.

— El ministerio cristiano en América Latina y en el Caribe. En: *Ekklesia* 13 (1963), pg. 46-63.

— La iglesia luterana frente a la nueva situación ecuménica en América Latina. En: *Ekklesia* 18 (1964), pg. 106-115.

MACI Fiordalisi, Guillermo. Las condiciones del cristianismo en América Latina. En: *Ekklesia* 11/12 (1962), pg. 4-8.

— Aspectos sociológicos del cristianismo en el contexto de los cambios sociales en América Latina. En: *Ekklesia* 14/15 (1963), pg. 2-23.

MEYER, Harding. La relación entre la iglesia católica romana y la evangélica. En: *Ekklesia* 18 (1964), pg. 116-126.

NASSTROM, John A. La iglesia luterana frente a la revolución en América Latina. En: *Ekklesia* 18 (1964), pg. 139-151.

PIETRANTONIO, Ricardo. El problema de la teología y el evangelismo. En: *Ekklesia* 8 (1961), pg. 40-46.

POSFAY, Georg. Martín Lutero y la iglesia universal. En: *Vox Evangelii* II (1957), pg. 31-68.

SAO LEOPOLDO 1964. Consulta Luterana. Recomendaciones en: *Ekklesia* 18 (1964), pg. 103-167.

TAPPENBECK, Heinrich. Acerca de la tarea del luteranismo dentro del protestantismo en Sudamérica. En: *Ekklesia* 7 (1960), pg. 92-99.

TORNQUIST, Guido. El papel del confesionalismo en el movimiento ecuménico de América Latina. En: *Ekklesia* 10 (1962), pg. 3-16.

TUTE, Friedrich. La iglesia luterana en Sudamérica entre la tradición y su misión en el mundo actual. En: *Ekklesia* 18 (1964), pg. 132-138.

ZWIRNER, Walter. Emigración e Inmigración y su influencia sobre hombres e iglesias. En: *Ekklesia* 6 (1960), pg. 8-20.

Publicaciones metodistas:

ANDERSON, G. Fletcher. El catolicismo romano hace balance de la situación religiosa latinoamericana. En: *Cuadernos Teológicos* 38 (1961), pg. 140-155.

ARCAUTE, David. La comunidad cristiana. En: *Testimonium* X, 3/4 (1964), pg. 12-14.

BARBIERI, Sante Uberto. Razón de ser y realidad del protestantismo en América Latina. En: *El Predicador Evangélico* 24 (1949), pg. 278-285.

— Las iglesias evangélicas de América Latina y su responsabilidad misionera. En: *El Predicador Evangélico* 52 (1956), pg. 241-247.

— ¿Es nuestra iglesia "la iglesia de Cristo"? En: *El Predicador Evangélico* 69 (1960), pg. 3-8.

CASTRO, Emilio. El pensamiento teológico en América Latina. En: *Cuadernos Teológicos* 38 (1961), pg. 95-105.

— Misión: presencia y diálogo. Methopress, Buenos Aires, 1964.

CHARTIER, Richard. Relaciones entre la iglesia y la sociedad. En: *Guía de Estudios* (1964), Montevideo, pg. 45-55.

MÍGUEZ Bonino, José. ¿Qué debemos esperar de Lima 1961? En: *El Predicador Evangélico* 71 (1961), pg. 161-165.

— La renovación católica y los evangélicos. En: *El Predicador Evangélico* 83 (1964), pg. 175-187.

NIDA, Eugène A. La estructura de la sociedad latinoamericana y la extensión del evangelio. En: *Cuadernos Teológicos* 28 (1961), pg. 122-139.

RIOS, Roberto. ¿Estructuras congregacionales vs. obra misionera? En: *Cuadernos Teológicos* 51 (1964), pg. 87-94.

SANTA ANA, Julio de. ¿Es América Latina un continente cristiano? En: *El Predicador Evangélico* 79 (1963), pg. 167-172.

SOSA, Adam F. Tierras de Misión. En: *El Predicador Evangélico* 70 (1960), pg. 81-84.

STOCKWELL, B. Foster. La naturaleza y misión de la iglesia cristiana. En: *El Predicador Evangélico* 73 (1961), pg. 122-130.

— Eugène L. Pastores del Buen Pastor (Diáspora). En: *El Predicador Evangélico* 79 (1963), pg. 228-236.

WONDERLY, William L. Agunas investigaciones necesarias para el progreso de la obra evangélica en América Latina. En: *El Predicador Evangélico* 84 (1964), pg. 263-266.

Publicaciones presbiterianas:

CASTILLO Cárdenas, Gonzalo. La tarea incompleta de la integración. En: *La Misión de la Iglesia*, Medellín, 1962, pg. 57-61.

— El cristianismo evangélico en América Latina. En: *Cristianismo y Sociedad* II, 1964, pg. 61-65.

CASTILLO MACKAY, John A. La herencia misionera de la iglesia universal. En: *El Predicador Evangélico* 24 (1949), pg. 305-310.

NEWBIGIN, Leslie. Naturaleza y Misión de la Iglesia. En: *Lima 1961*, pg. 27-45.

RYCROFT, W. Stanley. El comité de cooperación en la América Latina. En: *El Predicador Evangélico* 24 (1949), pg. 288-292.

SHAULL, Richard. La forma de la iglesia en la nueva Diáspora. En: *Cristianismo y Sociedad* III (1964), pg. 3-17.

WEBER, Hans-Ruedi. La misión de la iglesia (estudios bíblicos Mateo 5:13; 24:3-14; 1. a Pedro 3:15). En: *Testimonium* VII, fasc. 4 (1959), pg. 28-34.

— Una minoría madura. En: *Cuadernos Teológicos* 38 (1961), pg. 76-94.

D. Dr. WOLFGANG TRILLHAAS

La Responsabilidad Ecumenica de la Reforma[1]

Hoy en día la Iglesia Evangélica de la diáspora está en una situación difícil. Con ello no me refiero a las dificultades exteriores que implica la reunión de sus miembros para el culto o de los niños para la enseñanza, como tampoco a las que pudieran surgir en otros sentidos, ya sea de orden nacional, idiomático o jurídico. Me refiero a los problemas eclesiásticos propiamente tales. Resultan de la necesidad de justificarse continuamente debido a las particularidades eclesiásticas y confesionales. Esta necesidad se presenta en tres planos diferentes:

En primer lugar está la Iglesia Católica Romana, la cual, al menos en este continente, es sumamente poderosa. Hace poco, un gran número de obispos sudamericanos al regresar de la segunda sesión del 2º Concilio Vaticano, fueron huéspedes de un obispo católico alemán. Algunos pastores protestantes también habían sido invitados. Uno de los obispos sudamericanos expresó lo siguiente a un superintendente evangélico: En nuestro país sufrimos mucho debido a la lucha en dos frentes; uno se produce a raíz del distanciamiento de la iglesia y de la secularización del pueblo; ¡el otro lo constituyen ustedes! Una Iglesia Evangélica de la diáspora está siempre en una posición de acusación, ya sea explícita o implícitamente. La gran iglesia que la rodea reclama para sí derechos de mayor antigüedad; la idea de unidad la lleva incluso en su nombre; el sólo hecho de su superioridad numérica parece justificar en alto grado su existencia. ¿Cómo es posible, en esas circunstancias, justificar una existencia separada?

Agudizando este hecho se agrega un *segundo.* Una iglesia protestante minoritaria no está sola. Al lado de los luteranos están los reformados y los unidos"; por el momento esto no influirá mayormente, puesto que la raíz común de los orígenes de la Reforma constituye el medio de unión. Sin embargo, además se agregan también los metodistas, baudistas, etc. La necesidad inmediata nos impone la pregunta si la unión no constituye un imperativo en estos momentos. Pues bien, hoy en día el movimiento ecuménico y el Consejo Mundial de Iglesias han señalado un camino de importancia incalculable incluso para aquellos que lo observan con críticas fuertes y abiertas y que no lo han seguido. Pero la situación minoritaria nos impone incesan-

---

1) Título del original en alemán: "*Die ökumenische Verantwortung der Reformation*". Traducción por *Alfred von Reiswitz* (Santiago de Chile).

2) El autor se refiere a las iglesias donde luteranos y reformados (calvinistas) viven en la misma organización eclesiástica. (*Nota red Editor*).

temente la pregunta: ¿Acaso no debemos olvidarnos lo más posible de lo que nos separe y fomentar lo que nos una, aun cuando los contornos de nuestras particularidades confesionales perdieran un tanto de su nitidez? ¿No existe una conciencia evangélica general que reviste importancia mayor que el cultivo del recuerdo de la Reforma, en el cual toda diferencia confesional tiene su origen?

El *tercer* punto que viene a completar las dificultades en el menos comentado en las reflexiones teológicas, no obstante ser el de mayor peso, acaso. Se trata de la situación histórica en que se encuentra el critianismo en general en el mundo secularizado de nuestros días. Es el gran número de "marginados" o "alejados" que no pertenecen a ninguna iglesia cristiana o que sólo nominalmente se cuentan entre sus miembros. Son los "Hijos del Mundo" propiamente dichos, que representan y sostienen nuestra era industrial, los hijos de nuestra cultura de bienestar creciente. Ni quisiera hablar de aquellos a quienes las cuestiones de la Fe Cristiana han llegado a ser totalmente indiferentes. De vez en cuando es factible entrar en discusión al respecto con esos "alejados, así mismo ellos suelen considerar lo que del Evangelio o de las tradiciones y reminiscencias cristianas trasciende hasta ellos; sin embargo;, desde la distancia a que se encuentra, los rasgos confesionales del Cristianismo y las cuestiones específicas de la Iglesia, su contextura y las normas particulares de su vida congregacional carecen de toda significación. Si consideramos que la época contemporánea comienza decididamente con el concepto moderno de tolerancia en la historia de la Iglesia, entonces puede decirse, que cualquier hombre moderno de nuestra era industrial sencillamente vive impregnado por completo de la tolerancia, o sea, de la impasibilidad frente a diferencias cristianas. Debe preguntarse entonces: La iglesia minoritaria: ¿de dónde obtiene la confianza para persistir en su particularidad, en su individualismo confesional? Dada solamente su condición de Iglesia confesionalmente particularista? ¿No vive acaso en un mundo pretérito? . . . Estas son las dificultades con que ciertamente cada uno de nosotros debe batirse más de alguna vez. Es esta la problemática que nos inquieta. Enfrentando a estas complicaciones voy a hablar sobre la responsabilidad ecuménica de la Reforma. Lo haré en tres partes:

En la primera parte hablaré del significado de la Reforma y de su intención eclesiástica global.

La segunda parte intentará mostrar como la significación eclesiástica global ha sido oscurecida en la era confesional.

En la tercera parte enfocaremos la situación actual en que nos encontramos al final de la era confesional y preguntaremos por la tarea actual.

I REFORMA — ¿Qué significa esto para la Iglesia? Hablemos de la ecclesia reformata, o bien, correspondiendo a una fórmula muy usada actualmente, de la "ecclesia semper reformanda". En realidad, no me es totalmente claro de dónde proviene dicho de la "ecclesia reformanda". En todo caso no corresponde a Lutero ni a Calvino. También creo que no puede producirse ninguna discusión acerca de su justificación. Actualmente se identifica con ella en gran medida y de manera impresionante la Iglesia Católica Romana. Cada pastor, al observar su

congregación, la reconocerá como "reformada", a menos que su ufanía no tenga límites. Iglesia y congregación cristianas nunca deben permanecer tal como eran ayer. En eso no hay discusión. En cambio sí hay discusión sobre la "ecclesia reformata". Discusión hay hasta nuestros días en toda la multiformidad ecuménica de iglesias cristianas sobre el valor de las decisiones a través de las cuales llegó a producirse la Reforma y a las cuales adhieren plenamente las iglesias reformadas, independientemente de cuán lejos se encuentren en su vida interna, del ideal de la Iglesia estructurada en base a esta Reforma y que vive de las fuentes redescubiertas por ella. ¿Qué encierra esta Reforma que hasta hoy no deja de movernos y de inquietarnos? A pesar de haber sido dicho tantas veces debemos decirlo y pensarlo una y otra vez: Los reformadores no deseaban una segunda Iglesia, nueva y diferente al lado de la primera y original, sino que siempre han tenido sólo una Iglesia en mente. No obstante el plural "ecclesias", que es comprensible como calificativo de congregaciones aisladas —se trata de una expresión neotestamentaria— las confesiones de la Reforma siempre se han referido a la "una sancta catholica et apostolica ecclesia". Y, sin embargo, han objetado la incuestionabilidad de la base, la fuente y el vínculo de esta unidad.

Han preguntado si la forma en que se había fundado hasta entonces la unidad de la Iglesia y la manera como se mantenía esa unidad a través de fuerzas y derecho del poder eclesiástico, era justificable frente a Dios y la conciencia de cada cual.

Obviamente, no fue este el primer logro de la Reforma. Por ello deberemos ampliar un poco más los márgenes. Tres son los hechos, intercomunicados entre sí, los que en su conjunto engloban la pregunta, de cuándo en realidad una iglesia cristiana puede autodominarse con razón como cristiana.

Verdaderamente no podía decirse que el primer hecho haya sido el descubrimiento de la Biblia. Todas las generaciones de la cristiandad han leído en la Biblia. Lutero también había leído en la Biblia mucho antes de encontrar lo decisivo. Puede hacerse e investigarse en la Biblia sin encontrar. Podría hacerse ley, tanto en su totalidad como por partes y sentencias aisladas. La Biblia puede permanecer siendo letra y nada más, como leerse asimismo como ratificación exteriorizada de la tradición eclesiástica. Lo que Lutero descubrió fue el Evangelio en la Biblia — me abstendré de detallar sus rasgos históricos personales ya que no me corresponde decir aquí un discurso sobre Lutero. A través del descubrimiento del Evangelio *en* la Biblia ésta adquirió vida. Comenzó a hablar. Repentinamente la Biblia tenía un centro visible: Jesucristo — no sólo como personaje histórico sino como la palabra de Dios en nosotros. Dios se dirige hacia mí, hacia el pecador en Cristo. Dios me habla. Cristo es el Señor de la Biblia, Él le da vida. Conocemos aquella hermosa palabra de Lutero, en que señala la Biblia como los pañales en que yace el niño Jesús. Una vez perpetrado este descubrimiento, todo cobra movimiento: Jesucristo ya

no está lejos, sino que se transforma en la "palabra" decisiva, la única, en realidad, que Dios nos dirige, la cual nos enseña y nos ayuda mirar al corazón del Padre. La Biblia llega a ser la palabra de Dios, y esta palabra, a su vez, se trnsforma en la fuerza que a través de la prédica en la Iglesia constituye su continuo soporte. Es por ello que en la Iglesia del Evangelio denominamos Palabra de Dios a la prédica misma.

Una vez consumado este descubrimiento en nosotros, la palabra que nos habla desde las Sagradas Escrituras se traduce en la máxima autoridad de la Iglesia. Esta autoridad no tolera ninguna otra a su lado. En la Reforma de Lutero se ha expresado esto en forma a veces muy dura y terminante, acentuando un triple "sólo": Sólo Cristo (solus Christus), sólo en la escritura (sola scriptura) y sólo a través de la Fe (sola fide) recibiremos lo que por gracia de Dios nos corresponde. Este "sólo" puede dejar de comprender únicamente aquél que no ha tenido esa experiencia, expresada aquí en una fórmula tan concisa. En verdad se incluye aquí toda la plenitud de la riqueza de Dios, la plenitud de la sabiduría y del conocimiento, con lo cual nunca podremos terminar mientras vivamos, como asimismo la plenitud de la Congregación y de la Iglesia.

A continuación debo hablar de la iglesia, dado que este descubrimiento reformatorio de Lutero decidió para él definitivamente el problema de la autoridad de la Iglesia. Mal podrá comprenderse la Reforma si se la considera, con cierta benevolencia, como un acto de limpieza que eliminó errores perjudiciales y calamidades, como hoy todavía se piensa, y hoy incluso en mayor medida. Es demasiado fácil que esto conduzca a la conclusión que, dado que los abusos han sido superados, la Reforma ha cumplido con su objetivo, y ahora podemos volver tranquilamente a la unidad tan admirada y tan ansiada. En el hecho, la situación calamitosa de ese entonces sólo fue la causa inmediata, un factor determinante que llevó justamente al esclarecimiento de la problemática de la iglesia, de su unidad. Inicialmente es cierto que no había dudas a este respecto, a que la unidad de la Iglesia consistía en que se edificó en el "Fundamento de los Apóstoles y profetas", donde Jesucristo es la principal piedra del ángulo (Ef. 2:20). Es por ello también que la Iglesia es llamada "apostólica" en el Credo. Pero es sabido que lo apostólico en todas las iglesias no reformadas es interpretado en el sentido de referirlo al ministerio apostólico que actúa desde el día de hoy y hasta el fin de los días y que se trasmite sin interrupción de obispo a través de la imposición de manos *legalizada* por un obispo legítimamente instituido, estableciéndose de esta manera la conexión hasta los días de los apóstoles.

Esta interpretación de la palabra "apostólico", referida a la llamada "Sucesión apostólica", no deja de ser tentadora, y no debe sorprendernos que fascine a más de algún protestante hasta el día de hoy. Es por tanto de gran significación darse cuenta del hecho que aun cuando los obispos de las iglesias romana y ortodoxa pueden reconocer mutua-

mente su legitimación, es totalmente imposible que la iglesia romana reconozca como legítimo el ministerio episcopal de los anglicanos o de los "episcopalistas', y mucho menos el de los obispos de la iglesia luterana sueca, ni mencionando siquiera los obispos no instituidos. La crítica histórica más de una vez ha objetado la continuidad dudosa en las listas de la sucesión ya de los primeros papas. No hay que olvidar que la tesis de la sucesión apostólica —podría incluso hablarse de un dogma— está basada en una afirmación histórica que como tal está expuesta a la crítica histórica y que dejará de existir en el momento en que la investigación histórica demuestre su falsedad. Pero todas éstas no son objeciones de peso. Las conclusiones de Lutero en sí constituyen la crítica más radical frente a todas estas objeciones críticas secundarias. En el fondo su experiencia sólo significaba una cosa: aun suponiendo comprobada la legitimación del ministerio episcopal y el papal en la sucesión, evidentemente no ha preservado a la iglesia de los errores más profundos. Y viceversa, la iglesia, un pequeño oasis de cristianos en el desierto, puede constituir una iglesia verdadera, aun sin legitimación externa y sin obispos legítimos, vivir legítimamente de la palabra de Dios, sirviéndose de los sacramentos, porque le está permitido elegir de entre ellos a uno que ejerza el ministerio de la iglesia en el nombre y por poder de su Señor. Si esto es correcto, entonces y desde ese mismo momento, la recurrencia de la iglesia y de la unidad a la sucesión episcopal legítima deja de ser posible. Esto significa: lo que en la iglesia es apostólico no se determina según el derecho eclesiástico sino que según el Evangelio. Sólo en el Evangelio se decide si la iglesia es legítima, si es "apostólica", es decir, si vive en la enseñanza de los apóstoles, y es aquí exclusivamente donde la iglesia puede lograr su verdadera unidad. Esta es la enseñanza eclesiástica inamovible y radical de la Confesión de Augsburgo en su artículo séptimo.

Lo más profundo que indudablemente incluye el descubrimiento de Lutero, y que constituye el núcleo de la Reforma, fue la experiencia de la justificación en la fe ante Dios. Que ante Dios podemos ser justos, que él nos acoja como sus hijos, no se decide por la cantidad de nuestras obras justas, no se decide en el consentimiento o en la sentencia de una autoridad eclesiástica, sino que se decide al llegar la palabra de Dios a mi conciencia y si constituye para mí un llamamiento a la fe. Fue el descubrimiento de San Pablo. Pero este redescubrimiento acortó un momento histórico preciso. La doctrina de la justificación hizo impacto en una iglesia en que desaparecía lo individual, en que sólo se le concedía justicia divina al que ejecutaba obras santas, o sea, obras de significado especial. Esta verdad tan antigua y sin embargo nueva en su descubrimiento, devolvía al individuo su libertad ante Dios y además le entregaba la libertad de ejercer su profesión secular y de encontrar en ésta su satisfacción y su propia paz.

Este redescubrimiento de la justificación marca el comienzo de la época moderna, entrega al individuo sus derechos y lo pone en libertad, le proporciona su conciencia tranquila en el mundo, vasto y libre,

en el mundo secular que en el futuro se ampliará cada vez más en todas direcciones. A esta doctrina de la justificación se debe el hecho de que la secularización de los tiempos modernos, que es nuestro destino a partir del siglo XVI y más definitivamente aun desde el iluminismo, no nos separa de Dios sino que despierta en nosotros la comprensión de cómo al mundo secular y también al hombre secular le corresponde estar bajo Dios, incluidos en su amor que sostiene, conserva y justifica.

II. La Reforma se refería a esa *única* iglesia. Por ello los antagonismos, las contradicciones más profundas entre los reformadores, los "protestantes", los evangélicos, por un lado y la antigua iglesia, por el otro.

Hasta la quinta década del siglo XVI los partes religiosos estaban en conversaciones. Hasta el día de hoy ningún teólogo estará en condiciones de comprender e interpretar debidamente la documentación oficial de la iglesia evangélica, tanto luterana como reformada, si no conoce la teología de la otra iglesia, conociendo, por este conducto, el sonido que tienen determinados conceptos para el oído del lado opuesto: Podría llegar a decirse que en la práctica no hay una teología exclusivamente confesional. Al leer los cánones del Concilio de Trento, uno se encuentra, especialmente en la doctrina sobre la justificación —Sessio VI— con una consideración precisa de la teología de la Reforma, y fundamentalmente de la luterana. En el Catecismo Romano de 1566 las huellas del modelo del catecismo de Lutero son inequívocamente reconocibles, tal como la labor catequética de Lutero se encuentra supeditada totalmente a la tradición de la iglesia antigua, siendo este fundamento, obviamente de tipo global-eclesiástico, una de las razones de la influencia profunda que esta labor ha logrado. Podría seguirse enumerando un cúmulo de observaciones similares: siempre de nuevo trasluce la intención de la Reforma de referirse a la iglesia entera indivisa. Esta aún no es una "era confesional'.

¿Cómo viene a producirse esa "era confesional? En realidad, ¿en qué consiste? En ello contribuyen causas, que en gran parte estaban ubicadas al margen de la teología y de motivos directamente eclesiásticos, pero que muy luego engendraron consecuencias eclesiásticas y teológicas. Por de pronto puede decirse simplemente así: La era confesional comienza con el hecho de que algunos aceptan la reforma mientras otros no lo hacen.

Cada parte religiosa define mediante confesiones su localización. Pero, definir significa delimitar —así se produce la exclusión de los otros. El primer acto excluyente de dimensiones fue sin duda el Concilio de Trento. Sería imposible imaginarlo sin los anatemas, sn las condenaciones ceremoniosas de las sentencias reformatorias básicas.

En estas formaciones de confesiones siempre se reúnen dos tendencias: Allanamiento de diferendos en casa propia y de limitaciones hacia afuera. Seguramente también la Fórmula de Concordia es un ejemplo clásico para ambas.

Pero a la exclusión de los que piensan diferente del eclesiasticismo contrario se adjunta otro punto de vista más, de orden práctico. Se

trata de la unidad confesional de los territorios. En cada país, en cada región, en el largo plazo, sólo es responsable simultáneamente una de las partes religiosas. Lo que este hecho significó en términos de sufrimiento, de desgracias para los fugitivos y de persecuciones, incluso hasta parte del siglo XVIII, eso está estampado en la cuenta deudora del eclesisticismo estatal de todas las confesiones. Puede decirse: La era confesional comienza con los territorios de los tiempos modernos, confesionalmente delimitados en los cuales sólo vale una confesión cristiana o en que al menos goza de privilegios básicos frente a cualquier otra confesión. Y la era confesional se mantendrá siempre en algún país en tanto sigan vigentes estos privilegios confesionales.

La era confesional altera en medida creciente las relaciones recíprocas de los cristianos de los diferentes credos. El otro se aleja cada vez más. Yo mismo he vivido, durante mi actividad en la diáspora de mi propia iglesia, el asombro de la población católica cuando en el día de la inauguración de una iglesia evangélica descubrieron la pila bautismal y el crucifijo en el altar; la gente no sabía que "estas cosas los protestantes también las tenían". Los conceptos de "heterodoxo" y "no creyente" se aproximan cada vez más. Para el protestante de la era confesional el católico es semipagano y su doctrina, mera superstición, y para el católico de la era confesional el "protestante" es sólo una figura de la secularización progresiva, de la decadencia de la fe hasta la ausencia absoluta de fe.

Incluso llega a alegrarnos si al otro no le va bien, si hay falta de pastores, si en el otro se trasluce un "retraso cultural" (un tema muy discutido actualmente en Alemania). En esta forma exclusivista puede sostenerse la convicción de que nosotros somos la Iglesia y los otros serán lo que quieran, menos iglesia! Pero si a pesar de todo algún día se impone la obligación de reconocerlos como iglesia (¡en este momento en Roma se observa la dificultad que este reconocimiento produce—), entonces la conclusión es aún más imposible: el plural: iglesias. La iglesia (sino se consideran las congregaciones individuales) es desde un principio siempre iglesia en sngular. ¿Qué significa entonces el plural? ¡Sólo se tiene era confesional mientras se hable de iglesias en el pluralismo confesional!

Con ello hemos llegado empero a un cuarto punto de vista. Mientras Roma ha objetado el pluralismo confesional hasta el día de hoy y no reconoce la existencia de varias iglesias, nosotros hablamos con extraña despreocupación de las confesiones como de diversas iglesias, en plural. Este concepto de una pluralidad de iglesias, a mi juicio, es esencialmente fruto del siglo XIX. Las iglesias se han visto obligadas a un acercamiento recíproco debido a la ley de la tolerancia que el desarrollo cultural impuso; se han conocido, pero sin interiorizarse mutuamente. En esta época se produce el "confesionalismo", una teoría eclesiástica, la cual tiene al relativismo como fondo oculto. Es la idea que concibe las confesiones como ramas que crecen en el árbol de la iglesia unitaria primitiva, o que las concibe ramificadas en forma de abanico,

sobre lo cual posteriormente Wilhelm Löhe sentó aquella maravillosa tesis de la iglesia luterana como centro de las confesiones. Este concepto ha animado tanto o más a la iglesia anglicana hasta el día de hoy; es la fuerza impulsora para el comprometimiento ecuménico. Ninguna iglesia se presta tanto para la obra de unificación como la anglicana: es episcopal y, a la vez, protestante. De hecho, la formación de criterio al respecto del concepto eclesiástico de confesionalismo es una labor importante de la iglesia luterana, que aún ni siquiera ha sido comenzada. A cada paso nos vemos envueltos en este confesionalismo, incluso en la misma Federación Luterana Mundial. De él provienen las dudas más impresionantes y, teológicamente hablando, más decisivas en cuanto a toda unificación y compromiso ecuménico del luteralismo. Pero de aquí también provienen las variantes singulares que la iglesia ha introducido en la doctrina luterana primitiva:

La cristiandad siempre ha estado interesada en la delimitación de veracidad y equivocación. Sin embargo deberá constatarse que la Reforma Luterana nunca ha demostrado interés en la pregunta de dónde se encuentran las fronteras de la iglesia evangélica, de la iglesia luterana. Obviamente los eclesiasticismos que se han ido formando tenían sus limitaciones. Obviamente, tal como las tienen hoy y seguramente las tendrán siempre. Pero la pregunta es ésta: Al otro lado de esta frontera confesional, ¿existe "iglesia" también, "iglesia hermana" si se quiere, o no? ¿Hay allí alguna otra "iglesia" o incluso varias otras? ¿O se tiene allí la situación de 'no-iglesia"? En la teoría del confesionalismo se da una explicación clara acerca de lo que pertenece a "una" iglesia: Según la Confesión Augustana VII, en primer lugar: palabra y sacramento, pero además el status confesionis. Es verdad que todos declaramos nuestra confesión. ¿Es el status confesionis mismo, una nota *ecclesiae*? A esta pregunta sólo hay un decidido sí o no. Lo que pueda decirse desde la Confesión Augustana no puede prestarse a dudas.

Lo que antaño los padres de nuestra tradición dijeran fue de una grandeza y generosidad arrebatadora: Habrá iglesia, dondequiera que se escuche la prédica conforme a las Escrituras, dondequiera que sean administrados los Sacramentos conformes a su institución. Las consecuencias que esto implica no podrían ser más radicales: Si en medio del eclesiasticismo romano hay prédica evangélica y hay bautismo tal como fue instituido, ¡entonces hay iglesia, aun en ese lugar! y si en medio de una congregación ligada a la confesión Luterana se abandona el Evangelio, y se predica por ejemplo la ley o la política en vez del Evangelio; si las verdades fundamentales del Credo son negadas, entonces ni el preámbulo de la constitución eclesiástica cambiará el hecho que la iglesia ha dejado de existir. Estos principios no pueden ser reconocidos por ninguna teología romana, a pesar de la chance inmensa que se le da a la unidad. Sabemos el porqué de esto. Pero tampoco el confesionalista ortodoxo puede reconocerlo, pues aquí han sido levantadas las fronteras que debe tener en consideración.

He hablado de la era confesional. Lo he hecho de tal forma que para

mí su fin es inminente. La Reforma fue anterior a esta era. Y estoy convencido que la era confesional desfiguró en mucho el sentido verdadero de la Reforma, no obstante el valor y la imprescindibilidad que reviste mucho de lo que individualmente se le debe a los teólogos del confesionalismo. Pero al margen de estas consideraciones la era confesional se acerca a su fin; más aún, ya ha dejado de existir.

III. ¿Hasta qué punto podemos hablar del fin de la era confesional? Para contestar a esta pregunta debemos hablar de cosas externas: Básicamente vivimos en una mezcla poblacional sin precedentes, ya desde principios de la era de la tolerancia, y nuestro mundo moderno con su movilidad rasante ha acentuado aún más este hecho. Su consecuencia inmediata es una mezcla de confesiones. Es tal vez sorprendente que esta mezcla, no sólo de confesiones cristianas sino además de religiones, no se haya traducido en un efecto misionero de mayores proporciones. Nuestras misiones cristianas hoy en día no necesitan ir a ultramar, a países extraños (sobre todo que a menudo allá las puertas están cerradas), puesto que tienen a hijos de los pueblos no cristianos en su propia patria. Nos ha sido impuesta una franqueza recíproca, me parece, que teológicamente no hemos vencido aún.

A esto se agrega que desde hace 2 siglos el mundo mismo, la opinión pública, la sociedad e incluso el estado moderno han adherido a la tolerancia en los asuntos de la religión, en este mundo moderno en que todos convivimos y guardamos buenas relaciones vecinales.

La exclusividad en lo confesional puede ser sólo una ficción mental o bien significa que nosotros mismos nos condenamos a constituir una secta. No son las características dogmáticas ni las estadísticas, los porcentajes de membrecía congregacional en relación con la población total, las que deciden si somos una secta o no; lo decide la franqueza de nuestra causa frente al mundo, la universalidad del mensaje cristiano, al cual nuestra prédica sirve; y también una relación positiva con la ciencia, la cual debe vislumbrarse en nuestra labor teológica. En este sentido la teología actual misma, su ética social y su confrontación con la filosofía son expresiones que determinan el final de la era confesional. No podemos aparentar de existir sólo para nosotros mismos.

Me permito señalar además que los grandes problemas de actualidad que nos preocupan como cristianos —sólo nombraré a manera de ejemplos las premisas cambiantes de nuestra cultura de bienestar y su ética particular, los problemas de las horas desocupadas y el control de la natalidad—, todos estos son problemas sorprendentemente comunes a los cristianos de todas las denominaciones. Debemos preguntarnos constantemente: ¿Cómo son solucionados por los católicos, los bautistas y otros?

Si en párrafos anteriores he hablado de la teología, debo recordarles aquí nuevamente que desde hace mucho tiempo la problemática de la teología sobrepasa las fronteras confesionales. Las dificultades de la crítica histórica ya no lo son para los luteranos o para los reformados; actualmente están golpeando también en las puertas de las iglesias ca-

tólicas. Por otro lado nadie de nosotros puede dedicarse a la patrología sin basarse en lo que la aplicación de teólogos católicos produjo. Una figura como Karl Barth y su teología preocupa a la iglesia entera, nos guste o no nos guste, tal como el actual Concilio preocupa a todas las confesiones. He ahí la demostración evidente del fin de la era confesional. ¡Ya ha finalizado realmente!

Pero, ¿qué significa esto para un Congreso de Iglesias Luteranas? ¿Debemos avergonzarnos de ser evangélicos y luteranos? ¿Debemos hacer penitencia por causa de nuestra confesión? Yo estimo que en primer lugar sólo debemos advertir que hemos vuelto a la situación primitiva y la disposición para franqueza y sinceridad mutuas, aun cuando ese regreso haya revestido formas inesperadas radicales y nuevas desde cualquier punto de vista. Nuevamente se presta atención al otro. Para el luteranismo esto significa: Debemos volver a la amplitud primitiva. Los días de la puerta cerrada han terminado. Ciertamente también hay mucho por aprender; debemos reflexionar si las antiguas posiciones de ética social bastan para nuestra época contemporánea. Habrá que revisar detenidamente nuestra tendencia a contestaciones conservadoras frente a los problemas de actualidad, debemos examinar si las evidencias del así llamado neo-luteranismo del siglo pasado soportan un análisis crítico de las Escrituras y de la herencia de nuestros propios antepasados. Cuán sinceros eran capaces de ser nuestros padres, quienes sabían de la Iglesia, "que ciertamente seguirá siendo valedero que aquel grupo y aquellos hombres son la iglesia verdadera, que creen en Cristo fielmente desde la aurora del día hasta la caída de la noche en el ir y venir de este mundo, que tienen un Evangelio, un Cristo, un Bautismo y un Sacramento, regidos por un solo Espíritu Santo, aun cuando sus ceremonias difieran unas de las otras" (Apología IV. 11). Pero también habrá de ser dicho lo otro: No debemos abandonar nada de lo que en el conocimiento del Evangelio nos ha sido encomendado. Si esta franqueza y disposición mutuas están en lo cierto, es nuestra obligación el encargarnos de cuidar que en la extensión ecuménica de la Iglesia también se escuche lo que las características Luteranas significan y lo que deberá ser sostenido como pregunta nuestra a los otros cristianos. Son al menos, cuatro o cinco tareas las que no podremos abandonar.

Séame permitido, finalmente, traer a la memoria las más importantes de ellas:

1) Es, en primer lugar, la enseñanza de Ley y Evangelio. La palabra de Dios no siempre es solamente Ley o solamente Evangelio, es decir, la palabra de la gracia y del perdón. Cuándo es lo uno y cuándo lo otro, cuándo nos asusta, obliga o castiga y cuándo nos consuela, eso está en la mano de Dios. Por ello, la palabra de Dios vive, es fuerte y más cortante que cualquier espada de doble filo. Diferenciar siempre sin jamás separar Ley y Evangelio en la Palabra de Dios es tarea imposible de abandonar en la Reforma de Lutero.

2) Esto también determina nuestra relación con el mundo. Dios gobierna en ella de doble manera: A través de la Ley mediante la ayuda de todos los que llevan la responsabilidad para la conservación de la Creación, otorgada por El, y secretamente mediante el Evangelio. Es el reino futuro de Cristo, aún oculto, pero que ya existe y al cual nosotros pertenecemos; y el amor reina en él. Quien sòlo conoce el reino de la Ley, es un teócrata o un utopista, acaso no un tirano. Quien sólo conoce el reino del amor es un romántico iluso porque el mundo creado quedará desamparado. Traer estó a la memoria es tarea imposible de abandonar de la Reforma de Lutero.
3) Decíamos que la unidad eclesiástica no será posible de lograr mediante ley y derecho ni mediante uniformidad de ceremonias y ministerio, sino sólo a través del Evangelio en la fe. Unanimidad en la prédica del Evangelio y administración de los Sacramentos conforme a su institución son los medios de unión de la Iglesia Cristiana. Esta es una tesis radical y una exigencia de largo alcance para los anhelos eclesiásticos. Pero es una tarea imposible de abandonar de la Reforma de Lutero.
4) Ante todo es la certeza de la justificación sólo mediante la fe, sin la obra de la Ley. Es el artículo, del cual, según la palabra de Lutero, no debe cederse nada por ningún motivo, aunque el cielo y la tierra se derrumben. Este artículo nos hace libres en el mundo y nos sitúa en la amplitud de una realidad moderna, gracias a este artículo, el cual no logra arrancarnos del amor de Dios. Es esta una tarea imposible de abandonar de la Reforma de Lutero.

Quedémonos aquí. Tal vez todo esto no sea más que la sal en los alimentos, no sea más que "lo poco de canela" según la palabra de Kierkegaard, que le da sabor a la comida. A mi me parece que la tarea del Luteranismo es el cuidado que todo esto no se olvide. Sin nosotros será olvidado. Confesaremos ser parte de la cristianidad unida siempre que no sólo nos acordemos de nosotros mismos sino que además de nuestras tareas imposibles de abandonar.



El congreso en su acto de apertura recibe los saludos del representante del Cardenal Primado del Perú.

Rdo. Roberto F. Gussick, *secretario del congreso;* Dr. Jonás Villaverde, *presidente del congreso;* Dr. Fredrick A. Schiotz, *presidente de la Federación Luterana Mundial;* Rdo. Guido Tornquist, *director del Departamento para América Latina de la Federación Luterana Mundial;* Profesor Gerardo Alarco, *representante del Cardenal Landázuri.*

Foto: Federación Luterana Mundial.

LINDOLFO WEINGÄRTNER

La Iglesia en el Mundo

1) De acuerdo con el significado etimológico de la palabra griega EKKLESIA (iglesia), con frecuencia se le indica a la iglesia con la expresión: "la que es llamada para afuera", sobreentendiéndose que es llamada para estar fuera del mundo. Si consideramos que este "fuera del mundo" es una característica esencial de la iglesia, la formulación de nuestro tema podría parecernos dudosa de antemano sólo porque en apariencias contiene una afirmación paradógica que de acuerdo con las leyes de la lógica necesariamente habrá de conducirnos a la aporía, sino porque la tendencia manifiesta que el tema trasluce, a saber —la iglesia existe en el mundo, dentro del mundo— podría resultar sospechosa en el sentido teológico. ¿No se afirma aquí irreflexiblemente algo inconducente a la consideración de la verdadera esencia de la iglesia —que ella no es de este mundo y que su lugar definitivo no es de este mundo— no se ignora aquí al menos "la dirección en que camina" el pueblo de Dios? Si Cristo realmente llama a su pueblo hacia fuera del mundo, entonces siempre estaremos luchando "de espaldas a la pared" al intentar reclamar para él un lugar legítimo "dentro del mundo". No podemos afirmar la presencia de la iglesia en el mundo ilustrándola con hechos concretos, sin cargar nuestra conciencia teológica —y una conciencia teológica cargada significa actitud forzada e incoherente en la esfera eclesiástica— si antes no llegamos a un criterio claro y explicativo con respecto al tema; si no podemos afirmar: yo creo en una santa iglesia cristiana dentro de este mundo, no a manera de substitutivo que en realidad no debería existir ("la iglesia debería estar fuera —pero lamentablemente está dentro. . ."), sino como una expresión de la fe en Cristo que define la propia sustancia de la iglesia: la Iglesia de Jesucristo existe en este mundo. Ella sólo puede ser obediente a su Señor si lleva una existencia consciente dentro del mundo del que Dios se ha proclamado Señor en Jesucristo.

2) ¿Podemos presuponer esta afirmación básica? ¿O acaso no debería constituir la meta de nuestras reflexiones, después de haber eliminado todos los equívocos potenciales; después de haber definido el "estar en el mundo" de la iglesia, delimitando y restringiendo esta definición para no dar lugar a malentendido alguno? Corramos el riesgo de conservar la premisa básica del tema sin temor a posibles equívocos. No lo hacemos frente a una situación apologética específica —tal vez para combatir al marxismo que afirma que cualquier religión implica la tentativa de escapar al mundo y sus tareas— o para distanciarnos de un tipo definido de misticismo católico, pietista o fundamentalista, sino porque el hecho de que Cristo haya venido a este mun-

do (o diciéndolo con el Evangelio de Juan: que el Verbo se hizo carne) no nos deja otra alternativa: si Cristo entró realmente en este mundo; si Dios se identificó con el hombre penetrando en su mundo, en su carne; si en la palabra predicada y no en el sacramento administrado se realiza la presencia real de Cristo en el mundo, entonces a la Iglesia de Cristo no le queda asignado otro lugar que no sea el mundo; es decir, los hombres así como son, los hombres de otrora y los hombres de hoy, de aquí, que procuran someter al mundo a ellos mismos, y que a su manera se identifican con él —con un mundo que no sabe de Dios, que apenas sabe de realidades políticas, económicas, técnicas, culturales o sociológicas— y que en última instancia ha fracasado en esta tentativa de identificación por haber tratado de llegar a sí mismo sin llegar a Dios, por haber intentado vencer la confusión babilónica del mundo sin haber resuelto antes la confusión del "corazón babilónico" (Thielicke).

3) La predicación veterotestamentaria: "¡Salid de Babilonia, huid de entre los caldeos!" (Is. 48:20) no encierra una posibilidad legítima para la comunidad de Dios después de la venida de Jesucristo al mundo. Así como Jesucristo hizo frente a la confusión babilónica del mundo hasta la última consecuencia de la muerte en la cruz; así también espera de su iglesia que ella haga frente al mundo, de modo que pueda responder a su llamado: Iglesia, ¿dónde estás? —con la palabra: Estoy presente en el mundo, en ese mismo mundo en que tú entraste para ser su luz.

4) No en todas las épocas de su larga y dolorosa historia le fue dado a conocer a la iglesia cristiana que su lugar está dentro del mundo. La religiosidad natural del corazón humano tiende a vivir su misticismo particular, a aislarse en sí misma y a darse por satisfecha con las experiencias de la propia piedad: "Si yo tengo a Jesús, si él sólo fuera mío... de buen grado permitiría que otros caminasen por sendas anchas, llenas, bellas... Así como en tiempos antiguos y recientes el individualismo religioso conducía a los hombres "afuera del mundo" (Lutero habla de la tendencia del corazón humano de "reclinarse sobre sí mismo") haciendo que pierdan su significado para el mundo y su realidad, así, de la misma manera, las tendencias naturales del hombre hacia un "individualismo colectivo" han conducido a formas de comunión cristiana que reclamaban para la iglesia y sus funciones vitales un área apartada que de antemano excluía al mundo, como p. ej. las comunidades monásticas que en realidad surgían como un conglomerado de monjes que individual y particularmente ya habían abandonado el mundo; conventículos del pietismo cuyo ideal consistía con frecuencia en ansiar "ser diferentes del mundo" (los famosos cuatro No: no beber, no fumar, no jugar, no bailar, sirven de ejemplo para ese ideal); grupos sectarios, pretensión de exclusividad basada en doctrinas y prácticas "contrarias al mundo": "Todas estas tentativas que acompañan la historia de la iglesia hasta el presente, o conducirán a la violación del mundo (en las estructuras teocráticas, el mundo —por así decirlo— se retira al "Untergrund") o al aislamiento, esto es, al ghetto, ¡esa caricatura de una comunidad cristiana! En ambos casos no se da testimonio de que Dios amó al mundo ni de que Cristo venció al mundo. Pues ambos términos —amar y vencer— no pueden significar que el mundo

sea violado, ya sea de dentro o de fuera, o que sea abandonado a su propia desgracia.

5) La fenomenología específica de una congregación religiosa aislada que llegamos a conocer con impresionante nitidez a través de los hallazgos arqueológicos de Qumran, en las orillas del Mar Muerto, nos demuestra inequívocamente que el modelo de una comunidad que se retira del mundo no es obra de Jesucristo ni de sus apóstoles. Quien haya leído con atención la historia del primer Pentacostés cristiano en Hechos 2, o las epístolas del apóstol Pablo a los corintios, no puede menos de haberse convencido de que las primeras comunidades cristianas no surgieron como simples copias de un modelo previo y "probado en el mundo", sino que, aun habiendo paralelas y semejanzas, resultará evidente que algo nuevo y revolucionario les daba origen y estructura a sus formas: la proclamación del evangelio de Jesucristo, factor divino en la formación de las comunidades; era básicamente una proclamación hecha al mundo, de manera que no sólo las estructuras de las iglesias que surgían sino también sus relaciones con el mundo eran reglamentadas por la predicación del evangelio. Este irrumpir de la palabra de Dios en el mundo en los albores de la cristiandad es acompañada de una actitud franca y desenvuelta de sus mensajeros frente al mundo. Fronteras étnicas y lingüísticas, otrora infranqueables, son superadas; barreras sociológicas y culturales desaparecen. El mundo sería objeto de una auténtica invasión acompañada por una trasmutación de todos sus valores que no podría dejar de desconcertarlo. La actitud de la primera cristiandad frente al mundo puede describirse con la expresión PARGESIA, equivalente a franqueza, libertad, alegría, confidencia —y tal vez podamos decir: amor agresivo. Mientras la comunidad del Antiguo Testamento cruzaba los mares de las naciones (Goim), a manera de navío, a bordo del cual se hallaban los electos, procurando que el agua tuviese contacto con el navío, pero sin entrar en ella, la comunidad de Cristo da por tierra, en principio, con cualquier delimitación preconcebida en relación con el mundo, puesto que no ve al mundo como la masa de los perdidos, a través de la cual el pueblo de Dios debería caminar —incólume, a ser posible— hacia la salvación ("nada queremos del mundo a no ser el poder pasar libremente por él"). Ve en el mundo antes que nada el objeto del amor de Dios, mundo al que ha sido concedido la gracia de la acción redentora de Jesucristo, en toda su plenitud. La iglesia de Jesucristo no está en este mundo a modo de un navío que se encuentra en el agua, ni tampoco como el pájaro en el aire o como un tesoro escondido en la tierra; sino como la sal que está en la comida; como la levadura en la masa, como la luz en un cuarto iluminado, como el capital invertido en una empresa. La iglesia quiere trasformar al mundo en iglesia ("haced discípulos míos de todas las naciones"). No por ello se basa en conceptos románticos o idealistas referente a su "objeto de misión". Los mensajeros de Cristo no ignoran que el mundo vive enemistado con Dios y que sólo será capaz de ver en ellos enemigos y perturbadores del orden. En Hechos 17:6 se nos relata que los habitantes de Tesalónica "arrastran algunos hermanos" ante las autoridades de la ciudad por haber hospedado a Pablo y sus compañeros. "Estos que trastornan el mundo llegan también aquí . . . proceden contra los decretos de Cé-

sar, afirmando ser Jesús otro rey". Los versículos siguientes afirman que la multitud estaba agitada. No era ningún artificio publicitario el que originó aquella agitación. El propio evangelio le dio origen. La proclamación del mensaje de Cristo produce necesariamente aquella turbulencia en el mundo. Allí donde la iglesia sólo es capaz de encrespar la superficie lisa de una sociedad, su existencia se torna más que problemática. En tal caso tal vez ya se haya conformado con el mundo —y esto significa capitulación (hay muchas maneras de "conformarse" con el mundo; la más reciente es ésta: apropiándose de una palabra mal interpretada de Bonhoeffer se proclama la "mayoría de edad" del mundo, pero una mayoría de edad que no surge con la palabra sino que está implicada en el propio concepto de "mundo", independientemente de la predicación del evangelio. Tomar en serio el mundo no podrá significar que de antemano lo califiquemos con predicados que imposibilitan a la palabra poner en duda la existencia *total* del mundo para anunciarle su redención *total*).

6) Puesto que debemos contar con la enemistad del mundo, tenemos la tarea de demostrar que ésta es unilateral y que el ofrecimiento de reconciliación total y definitiva no se anula con la actitud negativa de los que combaten el evangelio. Sólo a través de la práctica constantemente renovada de este ofrecimiento de la gracia divina y ecuménica puede ser "trastornada" y estremecida en el sentido de Jesucristo; tan profundamente estremecida que las criaturas humanas logran irrumpir en el mundo de Dios después de haber irrumpido Dios en el mundo de ellos.

7) Para la iglesia será de importancia vital que no se estanque esta conmoción, esta turbulencia que el evangelio produce. La comunidad de Cristo no conserva su tesoro guardándolo para sí, sino enarbolándolo como un estandarte. El conservar la dádiva de la salvación en un recinto cerrado no sólo conduce a una acumulación de deudas para con el mundo sino también a la pérdida de la propia dádiva de Dios. Por esto una iglesia que se mantiene dentro de "fronteras fijas" no puede ser iglesia de Jesucristo en su sentido pleno, puesto que significa la comunión constantemente estremecida; la que constantemente estremece a su ambiente. Es pueblo de Dios puesto en marcha, cuya finalidad no consiste en la defensa de posiciones fijas, y que por tanto no necesita de muros protectores erigidos por hombres. Quien se empeña exclusivamente en defender posiciones no está libre para el mundo; no podrá enfrentarlo con la PARGESIA, el "amor agresivo" de los primeros cristianos, por encontrarse ocupado consigo mismo.

8) La investigación más reciente acerca de la vida y obra de Lutero demostró que el Reformador no tenía en mente el establecimiento de una fracción de la cristiandad como "iglesia confesional autárquica", trasmisible por herencia y plenamente ocupada con su autoafirmación, relegando la parte restante del mundo a la perdición "por encontrarse fuera del ámbito de la acción divina". Lennart Pinomaa, en su libro "Victoria de la Fe", dice que "para la visión amplia de Lutero tal actitud sería imposible". Para Lutero la iglesia no es nada más que una criatura del evangelio y esto apenas en el sentido de que alguna vez, en tiempos remotos, el evangelio diera el pri-

mer impulso a la fundación de la iglesia, sino en una forma inmediata y concreta, ahora y aquí; la iglesia es el producto de la palabra de Dios.

9) El teólogo sueco Aulén halló una expresión muy feliz al decir que Lutero siempre se dejaba guiar por el pensamiento de que "el evangelio estaba caminando por el mundo, y que al crear la fe, producía simultáneamente la comunión de los santos". Si tal interpretación de la "eclesiología" de Lutero es correcta, contaríamos con un criterio que podría ser de inestimable valor para una confrontación de los problemas específicos que presenta una iglesia "confesional" con sus fronteras cerradas desde hace mucho. Una iglesia así está siempre en peligro de contentarse con la conservación del status quo; de esconder la luz que le fue dada bajo el peso de tradiciones más o menos estáticas y nomísticas; y que de ese modo siga debiendo al mundo aquello que es su propia razón de ser. El criterio al que se alude sería basado en la primacía absoluta del evangelio que camina por el mundo; todo cuanto pudiera impedir dentro de la iglesia la soberanía y la acción libre del evangelio quedaría desterrado de la esfera de la "tradición sagrada" (o también de la esfera de la "novedad revolucionaria que la iglesia debe adoptar cueste lo que cueste"), para ser clasificado de acuerdo con la función ejercida para con el evangelio. De ese modo todo lo que impidiera el libre curso de la palabra sería reconocido como impedimento y tratado como tal. En cierto modo esto no sólo podría traer consigo una modificación fundamental de la forma en que la iglesia proclama el evangelio —ya sea dentro o fuera de sus muros— sino que la iglesia, tanto en su sentido amplio como en el restringido como comunidad local, permitiría al evangelio que anhela "caminar por el mundo para crear la comunidad de los santos" poner en tela de juicio su estructura total. La comprensión que Lutero tenía de la iglesia es universal; ésta abarca todo el mundo, y es auténticamente católica y ecuménica. De ningún modo podemos recurrir a Lutero si permitimos que nuestro horizonte sea limitado por las fronteras de las corporaciones eclesiásticas tal como se formaron como resultado de la evolución histórica. Conviene destacar qué en nuestras iglesias es criatura del evangelio y cuál es el resultado de otros factores. La recta proclamación del evangelio en todo el mundo debe ser la realidad primordial de la iglesia. Todo lo demás es realidad secundaria. Partiendo de esta premisa llegaremos a la conclusión de que el diálogo con cristianos que tienen sus raíces en otras iglesias confesionales no sólo es posible sino que es una necesidad lógica y teológica a la que no podemos sustraernos, tanto "por el amor de Cristo" como "por el amor del mundo". Que tal diálogo deba hacerse a la luz de la justificación por la gracia y no con la intención oculta de autojustificación —esto no es tan sólo cuestión de prestigio delante del mundo sino una cuestión vital, el artículo máximo de la fe, con el que la iglesia vive y muere, ante Dios y ante el mundo. "Existir con el mundo" no podrá significar para una iglesia luterana que debamos conformarnos con el mundo de una manera oportunista. Por su lado el espíritu ecuménico no será idéntico con una asimilación doctrinaria realizada por medio de criterios cuantitativos y estadísticos. El mundo será solamente estremecido por una teología ecuménica,

en la cual la pregunta por Cristo, y con ello la pregunta por la justificación del hombre, ocupe el lugar central que le corresponde.

10) No habrá quien dude de que la iglesia luterana deberá hacer una contribución decisiva en la lucha actual por la expresión del artículo central de la fe cristiana. Tampoco puede haber duda acerca de que ella no podrá cumplir con su misión en este sentido mediante la simple repetición de las fórmulas dogmáticas del siglo XVI. Nuestra generación de teólogos, encargada de dar testimonio del evangelio en un mundo sujeto a modificaciones sin paralela, podría haber recibido de su Señor la tarea específica de proclamar el contenido central de la confesión reformatoria en un lenguaje que el mundo contemporáneo comprenda. Esto podría ser básico para la existencia de la iglesia luterana en el mundo. Sin perder siquiera una partícula de su contenido debería quedar patente que las fórmulas de los reformadores no representan una "fe en conserva" sino que son expresión y fruto de la palabra de Dios, y que en todas partes donde "el evangelio camina por el mundo" éste da origen a exposiciones análogas. Las formulaciones de los escritos confesionales se verían así constantemente confrontadas con la realidad de la palabra anunciada ahora y aquí; entrarían así en el torbellino, en el movimiento que la proclamación del evangelio origina, expuestos a la crítica y al ataque del mundo, pero simultáneamente despojadas de la "atmósfera de museo" que los rodea cuando apenas se las considera como fórmulas consagradas por la tradición. Nuestra escasa fe tiende a impedir que el mundo ponga en duda aquello "en que nuestra fe reposa". Preferiríamos exclamar: "Aquí estoy —no puedo obrar de otro modo", en el recinto sagrado de la iglesia cerrada donde hace mucho dejó de ser motivo de escándalo. Mas no olvidemos que Lutero hizo ésta su confesión ante el *mundo*, y ante un mundo que se le presentaba como el mismo arbitrario conjunto amenazador con el cual también se habían enfrentado los confesores de la primera cristiandad; que la manera de dar testimonio de su fe era comprendida por el mundo de entonces como inaudita y escandalosa negación del hombre que se justifica a sí mismo (o sea del mundo que se justifica a sí mismo). El mundo, tocado en su nervio más sensible, se veía con ello empujado a la decisión. Algo acontecía con él; el torbellino, la conmoción ("estos que han trastornado el mundo") eran señales evidentes de que el evangelio realmente caminaba por el mundo; que en medio del torbellino de resistencia y violencia nacía la iglesia, la criatura del evangelio; y que se establecía la comunión de los santos. El evangelio había sido anunciado recta y puramente —y esto fue menos una cuestión de ortodoxia que de "ortomartiria"—. La presencia de la iglesia en el mundo quiere decir antes que nada MARTYRIA —testimonio—. Si la *doctrina* no fuese sinónimo de testimonio, el mundo haría caso omiso de ella.

11) Si quisiéramos resumir las exposiciones hechas hasta el momento podríamos afirmar, siguiendo con las afirmaciones iniciales, que aluden a la etimología de la palabra EKKLESIA: sí: la iglesia es llamada "hacia afuera", pero no para estar fuera del mundo. Es llamada a salir de su círculo cerrado y a ser enviada adentro del mundo para ser aceptada o rechazada por el mundo; a amar al mundo sin quedar aprisionada en él. Como cuerpo

de Cristo participa en su modo de existir en el mundo. Ella no vive de la gracia del mundo sino de la gracia de Dios. Pero al vivir dentro del mundo, vive para él y se vuelca hacia él. De ese modo la marcha del pueblo de Dios va dirigida hacia dentro del mundo ("id a todo el mundo . . ."). La palabra de un sabio cura de almas: "El hombre debe ser convertido dos veces: una vez en dirección de Dios, y otra en dirección del mundo", identifica a la perfección la cuestión básica que intentamos exponer aquí como siendo asunto de la iglesia toda y no únicamente del individuo cristiano. Tal vez podamos decir con mayor acierto aún que la conversión a Dios ya lleva implícita la conversión al mundo. El Dios que en Cristo se vuelca hacia el mundo como el Dios del amor, no dispone de otro material ilustrativo de su voluntad salvífica que no fuera la comunidad volcada hacia Él para oír su palabra, y para administrarla junto con los sacramentos, como medios de salvación para el mundo.

12) "Resumiendo el resumen" concluiremos que la iglesia debería preocuparse menos por los aspectos fenomenológicos (sociológicos, etc.) de su presencia en el mundo que por la pregunta: ¿cómo se realiza la función esencial de la proclamación del evangelio dentro del mundo? Con esta pregunta y con la respuesta que le damos queda definida la presencia de la iglesia en el mundo. Y queda definida la propia iglesia, pues en vista de que ella proclama la palabra en el mundo, ella misma tiene su fundamento en la palabra misma. En cierto modo vale para la iglesia la misma verdad a la que Lutero dio expresión refiriéndose al cristiano individual: dado que el cristiano no tiene su existencia en el "haber sido" sino en el "llegar a ser", la propia iglesia tiene su existencia en el "llegar a ser" que se concretiza aquí y ahora, en la proclamación de la palabra de Dios.

13) Si dirigimos nuestra mirada hacia la realidad concreta del "mundo latinoamericano" en el cual vive la mayor parte de nosotros; en la que intentamos vivir como cristianos y miembros de la Iglesia de Cristo, llegamos a conclusiones tal vez decepcionantes, pero inequívocas: Hasta la época presente el evangelio ha quedado limitado a ciertas "islas" y "archipiélagos" espirituales dentro del mundo latinoamericano —mas no estuvo *presente en la totalidad de este mismo mundo* que no fue conmovido, sacudido, por la plenitud de un evangelio que camina dentro de este mundo, engendrando la fe y produciendo la comunión de los santos. Los conquistadores enfrentaban al mundo autóctono americano con la violencia y la espada, exterminando gran parte del mismo. El "material de ilustración de Dios" —los cristianos— fracasó terriblemente en aquel genocidio que tal vez sólo pueda compararse con las masacres de la última guerra. ¿Cómo podía creer el indio que Dios amó al mundo mientras presenciaba cómo los "dioses blancos" irrumpían en su propio mundo con astucia y violencia para establecer su dominio? Sin querer subestimar el fervor misionero de los abnegados frailes que a su modo intentaron reunir a los dispersos bajo la cruz y curar las heridas, no es posible dejar de reconocer objetivamente que el evangelio no ha entrado en el mundo del indígena ni en el de sus descendientes. La experiencia teocrática en el territorio de las misiones fue una tentativa importante y seria de confrontar al mundo indígena con el evangelio; la experiencia de

los holandeses calvinistas en el noreste de Brasil, otra. El fracaso de ambas no puede ser atribuido exclusivamente a factores externos. Si el evangelio hubiera *entrado* realmente en el mundo del indígena, hubiera resultado difícil desarraigarlo de él.

14) Mayor todavía parece ser el saldo deudor de los "conquistadores cristianos" frente a los esclavos africanos (tan sólo al Brasil fueron importados entre 5-8 millones). No es de extrañar que por ejemplo en Haití y hace algunos decenios también en el Brasil (y allí en escala alarmante) el mundo del negro esté emergiendo del "subsuelo" adonde había quedado relegado, y que en decenas de millares de locales de culto pagano o sincretista nos presenta la prueba de que la realidad de Cristo le es desconocida. El cristianismo sirvió de pintura para las casas de los hombres, pero no fue la luz que iluminaba su interior. Los cristianos no se identificaban con el hombre maltratado y miserable, iniciándolo en una forma de vida cristiana que le brindara posibilidades de crecimiento espiritual sin depender constantemente de fuentes externas. Hubo misión —mas no hubo comunidades misioneras dentro de las cuales el hombre de la tierra hubiera podido hallar su lugar y crecer como cristiano hasta alcanzar la mayoría de edad.

15) ¿Para qué empero remover el pasado, en vista de que el mundo es mundo ahora y es *nuestro* mundo? No hay duda de que en esta cuestión de la presencia del evangelio en el mundo no podemos dejar de hablar de nosotros mismos. ¿De nosotros? ¿Quiénes somos nosotros? No debemos engañarnos: a los ojos del mundo que nos rodea somos apenas representantes de un protestantismo dividido en fracciones múltiples y contradictorias, de un protestantismo que de antemano resulta sospechoso por presentar al mundo de Dios —que es *un solo* mundo— la solución sectaria de mil pequeños mundos autárquicos, de existencia independiente. Sin duda el protestantismo, presente hace más de cien años en el mundo latinoamericano, trajo consigo el evangelio; pero su presencia en este mundo se ha visto seriamente perjudicada y oscurecida por el sectarismo que siempre es para la periferia síntoma de un dislocamiento del eje central; sectarismo que a nuestro modo de ver representa el impedimento más serio para la soberanía de la palabra de Dios y para la función de ésta de "caminar por el mundo". Sí, sí... nosotros, los luteranos, caemos básicamente bajo el mismo juicio. Hace más de un siglo que nosotros, en nuestra mayoría descendientes de grupos étnicos luteranos, estamos presentes en la América Latina. Pero ... ¿estamos realmente presentes? ¿Hemos logrado convencer al mundo latinoamericano de que la iglesia del evangelio puro no quiere formar grupos y grupitos apartados de su realidad; de que su finalidad suprema no es la de combatir a la iglesia católica romana sino que su única meta es la edificación de la iglesia de Cristo, y que el interés exclusivo de los pastores y misioneros luteranos consiste en ofrecer a éste, su mundo —y el nuestro—, la salvación que Dios da en su libre gracia "por amor de Cristo"? ¿Hemos entrado en este mundo en una escala que está de acuerdo con su magnitud, y con una intensidad de acuerdo con el amor de Dios para con este mundo? En última instancia la tan citada responsabilidad pública de la iglesia no podrá significar otra cosa que no fuera la liberación del evangelio de su endurecimiento, con el fin

de que pueda entrar en el mundo como evangelio, como palabra de Dios, dará a demolerla si fuera necesario! Que aprendamos a decir "lo que no podemos dejar de proclamar" allí donde los hombres se encuentran, donde realmente existen.

16) Dijimos arriba que el criterio elemental, derivado de la visión de Lutero, de la palabra de Dios "que anda por el mundo" estableciendo la "comunión de los santos", podría implicar una modificación de las estructuras tradicionales de la iglesia. Creemos que esto se aplica antes que nada a la esfera de la comunidad local, donde los cristianos se congregan, donde la EKKLESIA se torna visible y concreta. Es en ella donde existen las auténticas oportunidades de vivir en el mundo y de estremecer al mundo, en la esfera de la convivencia humana, de vecindad, del trabajo común en fábricas y oficinas, de los partidos políticos —en toda la estructura social de la que forma parte la comunidad cristiana—. También para la América Latina no habrá otra alternativa de evangelización y cristianización de masas perdidas en la inmensidad de su territorio, que la del nacimiento de comunidades vivas, abiertas al mundo; dotadas de amor agresivo para con el mundo que las rodea; comunidades que no estén aferradas a estructuras "sacrosantas" ni hipnotizadas por los "nuevos métodos infalibles" que se ofrezcan.

17) ¡Pero seamos realistas! ¿Podrá una congregación local, establecida dentro de los moldes tradicionales y los estatutos de una parroquia, cumplir con esta tarea? La parroquia, con su centro y límites geográficos fijos, delimitada por otras parroquias, igualmente fijas y estáticas, ¿no es acaso el soberana y libre, y no como doctrina que nosotros dominamos y que manipulamos según nuestros principios y nuestras medidas. Las proclamaciones públicas de la iglesia "dirigidas al mundo", en torno a problemas actuales; manifiestos de corporaciones eclesiásticas que intentan acentuar la responsabilidad política y social de la iglesia en la vida pública, pueden tener su utilidad, pero no pueden ser identificados con la necesidad elemental de que la propia iglesia sea iglesia en el mundo y para el mundo. Llamamientos y proclamaciones raras veces desmienten su desesperado esfuerzo de proclamar un mensaje a través de una muralla; mensaje que en realidad debería ser pronunciado en el otro lado de ella. No será aconsejable que gastemos nuestras energías en hacer escuchar nuestra voz en el otro lado de la muralla; es preferible que procuremos atravesarla: ¡nuestra teología luterana nos ayusímbolo de una grandeza inamovible, inerte, incapaz por naturaleza de asumir actitudes que no sean dictadas por la tradición? ¿Podrá ella "ir hacia el mundo" estando ligada a su propio centro en el que convergen todos sus intereses? ¿No representa la parroquia tradicional el mayor impedimento para una penetración real del evangelio en el mundo? No cabe duda de que tales preguntas tienen su razón de ser. La prueba concreta de la incapacidad de la parroquia tradicional de "ir hacia el mundo" la podemos encontrar en todas partes: la más convincente consiste en el hecho de que comúnmente los miembros de una comunidad tradicional "intacta", relativamente enraizados en su ambiente de costumbre, suelen tornarse pasivos al pasar a vivir en otro ambiente social, ya sea que emigren a la ciudad o que abandonen a la comunidad relativamente "compacta" mudándose a la diás-

pora. Por regla general los miembros de nuestras parroquias tradicionales no están capacitados para vivir en la diáspora; se aislan dentro de la esfera individual así como se habían aislado en forma colectiva dentro de la "isla parroquial", donde el contacto con el mundo, "el diálogo de la fe con el descreimiento" era prácticamente inexistente. No llevan el evangelio consigo a modo de simiente que ya aguarda el nuevo mundo al que fueron a vivir, sino más bien como un hábito que es posible conservar sin incomodar a los nuevos vecinos. Tampoco es de extrañar que las sectas más extravagantes, aquellas que difícilmente penetrarían en una "parroquia compacta", hallen sus víctimas de preferencia entre los miembros desarraigados de su "habitat" tradicional, ya sea entre los que del ambiente rural se mudan a la ciudad, o nueva existencia en las zonas de colonización reciente, tal como está aconteciendo en amplia escala en Brasil, principalmente en los estados de Paraná y Mato Grosso. En los casos citados, siempre que la "densidad habitacional" de los miembros evangélicos —y la disponibilidad de pastores— permitan el establecimiento de una nueva parroquia, el "trasplante" de la vida comunitaria quedará asegurado. En caso de no existir los factores en cuestión, los miembros individuales suelen mostrarse incapaces de "ir hacia el mundo" en su condición de cristianos. O bien serán simplemente absorbidos por su ambiente, o apenas conservarán su fe, lo cual tarde o temprano implica su desaparición.

18) ¿Cómo podrá la parroquia ir hacia el mundo? Si la parroquia, como unidad de Cristo, consigue abrirse camino hacia el mundo, los parroquianos lo sabrán hacer también individualmente. No queda otra alternativa a no ser el envío de misioneros al "mundo pagano"; de diáconos a los puntos donde este mundo sufre, los cuales, dentro de una especie de misión y diaconía móvil, hacen en nuestro lugar lo que nosotros, los parroquianos, deberíamos hacer personalmente si hubiéramos "ido hacia el mundo". No cabe duda de que siempre hubo y siempre habrá necesidad de enviar misioneros a tierras extrañas y también de diáconos a hospitales y asilos. Mas esto sólo tendrá sentido si representa una tarea que la propia comunidad acepte como siendo *su* tarea, y no únicamente en el sentido financiero sino en el sentido de que toda la comunidad se considere una casa de diáconos y diaconisas, y al mismo tiempo una sociedad misionera. Yo no puedo enviar a lugares lejanos un misionero o diácono si no comparto con el mundo lo que poseo —y compartir tiene que ver con *creer*, con *fe*. La estructura de una comunidad que quiere vivir en el mundo y merecer su fe, su confianza, ha de ser necesariamente misionera y diacónica. Es necesario ver con claridad que el compromiso iglesia-mundo que todavía caracteriza ampliamente a las comunidades ligadas en forma parcial a la heredada estructura típica de la "Volkskirche" y dependientes —también en forma parcial— del esquema de sociedades y clubes, no representa para nosotros la solución ansiada; una solución que implica que la iglesia "entre en el mundo". En las estructuras señaladas el mundo ha entrado en cierto modo en la iglesia, dictándole las normas de conducta, de organización, de participación en la vida social, de los métodos de financiar que se emplean, etc. La comunidad secularizada es una víctima del mundo antes que agente de su salvación. Una

A nuestros lectores

La Redacción de la Revista lamenta los errores que hemos pasado por alto en nuestras correcciones de este número, algunos de los cuales pueden alterar el sentido de las ponencias. Por esta razón presentamos la siguiente

Fe de erratas

Página	*Renglón*	*Dice*	*Debe decir*
62	11	"propagadístico"	"propagandístico"
63	43	San Juan	San Pablo
64	7	sinúmero	sinnúmero
74	31	Getsémani	Getsemaní
77	5	es	en
77	6-7	lu-raranas	luteranas
79	10	Apología IV, 10	Apología VII, 10
79	13	endem	eadem
79	13-14	dis-tintas	disímiles
81	41	de la Iglesia...	este renglón debe ser eliminado
84	20	oramos	oramus
85	ante-penúltimo	séais	seáis
90	27	baudistas	bautistas
91	29	particularista?	particularista
91	43	proviene dicho	proviene el dicho
92	28	autodominarse	autodenominarse
95	40	sn	sin
97	12	luteralismo	luteranismo
99	28	Apología IV, 10	Apología VII, 10
101	6	antemano sólo	antemano no sólo
103	24	PARGESIA	PARRESIA (ídem: 104-36; 113-31)
114	3	pasible	posible
115	31	es	se
119	16	Stony Point, N. T.	Stony Point, N.Y. EE.UU.
121	45	viaje	vieja
122	22	junta	junto

Muy en especial lamentamos el error ocurrido en la página 109, en la ponencia del Prof. Weingaertner.

Luego del primer renglón el texto sigue en el renglón 24. En consecuencia, los renglones 24-35 deben leerse a continuación del primero.

«EKKLESIA»

REVISTA LUTERANA EDITADA POR LA FACULTAD LUTERANA DE TEOLOGIA

INDICE GENERAL 1961 - 1964

III. — T R A D U C C I O N E S

VIII. — PANORAMA LUTERANO

IX. — NOTAS BIBLIOGRAFICAS

víctima no es libre. Está comprometida con el mundo; ella ocupa el lugar que el mundo le indica. La comunidad "criatura del evangelio" ocupa el lugar que Cristo le indica.

19) La comunidad de estructura diacónico-misionera tendrá su centro claro e inequívoco en la palabra y los sacramentos de Cristo, únicos elementos constitutivos de su iglesia. Del Cristo presente en su palabra y sus sacramentos —y Cristo es el archidiácono y el archimisionero de su iglesia— irradian la misión y la diaconía que acompañan el curso de su palabra y son obra de su espíritu. Bajo esta palabra, las estructuras tendrán una única función: la de servir a la palabra en su acción de penetrar en el mundo. Es por ello que son importantes —no en el sentido absoluto— sino como medios e instrumentos de la palabra. Las estructuras subordinadas a la palabra se vuelven a su vez diacónicas, "obedientes"; dejan de ser un peso muerto, un obstáculo para la proclamación de la palabra.

20) ¿Será un ideal utópico el anhelo por las "estructuras cristianas" de la iglesia? Por cierto lo sería si tuviéramos en vista un modelo concreto, con el objetivo de multiplicarnos en nuestro medio —tal vez el modelo de la comunidad primitiva de Jerusalén— u otra cosa por el estilo. Pero tan poco utópica como lo es la propia comunidad de Cristo lo serán las formas concretas que surjan, diferentes en cada época, en cada país, con y bajo la proclamación del evangelio. Podrá ser una cuestión de vida o de muerte para la iglesia si ella interpreta su estructura en forma de grandeza autónoma o como claramente subordinada al mensaje que proclama.

21) En la comunidad de índole diacónico-misionera la predicación de la palabra será acompañada de una iniciación consciente y responsable de los miembros en el servicio específico del cristiano en el mundo. *El "recte docere" implica esta iniciación.* El cristiano mudo e inmóvil aprenderá a ver su mudez y su inmovilidad como resistencia al Cristo vivo, esto es, como pecado y como síntoma de descreimiento. Aprenderá a hablar, oyendo la palabra —no sólo a responder a Dios "en oración e himnos de loor"— no sólo a hablar como los hermanos en la fe: "conversación y consolación mutuas", mas también a hablar con los descreídos, con los cansados y desesperados del mundo que desconocen el evangelio. Aprenderá a hablar "en otras lenguas" (lo cual puede ser comprendido en sentido literal); aprenderá a conducir el diálogo de la fe con el descreimiento. El pastor de una comunidad semejante no tratará de monopolizar este servicio específico sino ante todo interpretará su tarea como ministerio y diaconado para el mundo, destinado a crear constantemente otros ministerios y diaconatos dentro del organismo vivo de la comunidad, igualmente dirigidos al mundo", estará empeñado en ayudar a los cristianos "infantes" a convertirse en cristianos mayores de edad, a despertar responsabilidad y sentido de cooperación activa. El sacerdocio general de los creyentes en una comunidad de estructuras "obedientes" será una realidad concreta en lugar de mera exigencia dogmática. La mayordomía en sus múltiples formas que en escala creciente se está practicando también en comunidades luteranas de América Latina, podrá ser una modalidad concreta de modificación de estructuras inadecuadas que no nacieron del evangelio, haciendo lugar para otras que permitan "el

libre curso de la palabra en el mundo". No compartimos la opinión de que la práctica de la mayordomía es un sistema infalible de reestructuración de las comunidades en el sentido deseado. Ésta podría transformarse de la noche a la mañana en activismo sin alma si la *primacía absoluta de la palabra* fuera sustituida por cualquier otro factor. En tal caso el resultado podría ser un excelente método de promover el proselitismo o de realizar campañas financieras bien ideadas —cosas que tal vez impresionan al mundo pero que no lo convencen ni conquistan para Cristo—. También la mayordomía es apenas un instrumento al servicio de la palabra —nada más—. Sin embargo, puede representar un instrumento de inestimable valor si se la pone en forma inequívoca al servicio de la palabra, precisamente por señalar caminos prácticos para la iniciación de los cristianos en la vida diacónica y por hacer patente que sin servicio concreto dentro de la comunidad no es posible ser miembro de la misma. La teología siempre preguntará a la mayordomía por el "porqué" y por el "adónde" de su servicio; por un lado procurará que esté constantemente consciente de su función instrumental, del peligro del nomismo y de la justificación por las obras"; por el otro le recordará que su servicio va necesariamente dirigido al mundo y que no se podrá dar por satisfecha con la conservación y consolidación de comunidades existentes ni con la activación interna de sus miembros. Aparte de esto será necesario velar por la espontaneidad de la acción cristiana. Un activismo institucionalizado y reglamentado que no deja margen para la acción espontánea sino que se orienta mediante esquemas preconcebidos, podría llegar a levantar nuevas barreras para el mundo en vez de demolerlas. El amor fraternal dirigido a aquel que todavía no es hermano —un amor radicado en la fe y unido a la esperanza—, nunca podrá caber del todo en esquemas y métodos de trabajo eclesiástico. El cristiano nunca "pertenecerá" por completo a la iglesia y a sus múltiples formas de acción —precisamente por ser siervo incondicional de Cristo—. En la tensión entre el "pertenecer a Cristo" y el "pertenecer a la comunidad" hallará la fuerza y la libertad en la que basa su acción para con el mundo. En una atmósfera así, la espontaneidad y fantasía no serán antónimos de disciplina y fidelidad confesional, sino sus complementos.

22) Podríamos preguntar por los méritos de una tentativa de considerar que las medidas y orientaciones de la existencia de la iglesia en el mundo están dadas en su esencia en la comunidad "local": ¿Dónde queda el *todo* de la iglesia, las grandes perspectivas de la penetración del mundo en escala concorde con la magnitud de la tarea? ¿Dónde la coordinación, el planeamiento, las grandes líneas maestras de una estrategia misionera de ámbito universal? ¿Dónde queda la "voz de la iglesia" proclamada frente a los que gobiernan el mundo, voz que combate la injusticia social, que lucha por la paz, por los derechos del hombre? ¿No perderá la iglesia estas grandes perspectivas de una presencia responsable en el mundo si conscientemente procura concentrarse en sus células, en lugar de enfocar el cuerpo, el *todo* de la iglesia, y el todo del mundo? Es nuestra opinión que la iglesia no podrá estar presente en el todo del mundo si antes no está presente en el mundo aquí y ahora, esto es, en el lugar definido donde la palabra es pre-

dicada y donde los cristianos se reúnen y viven. En esta concepción "mundo" e "iglesia" no significan tanto grandezas numéricas y cuantitativas sino cualitativas (como el Cristo *todo* está presente cuando dos o tres están reunidos en su nombre). Donde este evento fundamental de la presencia de Cristo en su palabra y sus sacramentos no se realiza concretamente, ahora y aquí, la iglesia no estará presente en el mundo, por magnífico que sea su "engranaje" en las fuerzas que lo rigen; por más que siga con avidez cualquier novedad que aparezca, con intención de impresionarlo; por más que haga sentir su influencia gracias a los medios de comunicación modernos, etc. Todo esto no será fidedigno para el mundo si las premisas señaladas no le sirven de fundamento. Creemos haber llegado al momento en que se debe decir con claridad que, si bien ha existido en el pasado, en lo futuro ya no habrá misión mundial sin comunidades misioneras, ni diaconía general sin comunidades diacónicas, ni presencia de la iglesia en el mundo sin la presencia consciente de las comunidades de Cristo en Lima, Santiago, Porto Alegre, o donde quiera que sea... en el mundo en que Dios las colocó y para el cual las envió. Los acontecimientos de los últimos decenios en el terreno de las sociedades misioneras y de las casas de diaconía hablan un lenguaje nítido y claro. No deberíamos cerrar los oídos frente a la realidad inquietante de la situación sino tratar de analizarla y enfrentarla con sobriedad y fe. No creemos que la cristiandad deba perder de vista las grandes líneas ni dejar de pensar en categorías de ámbito mundial —opinión que creemos haber destacado con nitidez en la primera parte de nuestras deducciones—. La comunidad diacónica y misionera y la cristiandad diacónica y misionera no son alternativas que se excluyan una a otra, sino realidades que se condicionan mutuamente. Nuestro único propósito ha sido el de hacer descollar que esta última sería poco más que una utopía (u-topos: existente en ningún lugar) sin la primera.

23) Que la EKKLESIA se vea fortalecida aquí y en todos los lugares de este mundo de Dios, a fin de que pueda dar al mundo lo que le debe; que la PARRHESIA de Cristo logre vencer la temerosa e introvertida mentalidad de las iglesias y de la Iglesia; y que de ese modo seamos aptos para desempeñar dentro de la iglesia y dentro del mundo la función que nos ha sido designada por Dios.

RICARDO PIETRANTONIO

IGLESIA LUTERANA AUTOCTONA EN AMERICA LATINA

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

a. *Acerca del título*:

Tengo la impresión de que el título sugerido para esta conferencia, no es completamente adecuado. ¿Existe acaso una Iglesia Luterana Autóctona pasible de descripción? Dicho de otro modo, el título implicaría hacer una descripción sistemática de la Iglesia Luterana Autóctona como si tal cosa existiese. Lo contrario es verdad. La Iglesia Luterana no es autóctona en estas tierras aunque se está en un proceso de aculturación, adaptación y autoctonización en este continente. Dicho proceso es de suyo lento. Por lo dicho, un título más adecuado sería: *"Hacia una Iglesia Luterana Autóctona en América Latina.*

Pero es necesaria una corrección más. Este último título implicaría la ausencia de una visión de conjunto de tal modo que impidiese la autoctonización de la Iglesia. Cuando colocamos adjetivos como luterano, presbiteriano, romano, metodista, etc. junto a la palabra iglesia estamos limitando su universalidad o impidiendo su verdadera aculturación. Un título aún más preciso sería entonces: *"Hacia una Iglesia Autóctona en América Latina"*.

Por otro lado se impone una reflexión más. El título últimamente mencionado parecería también negar una verdad, a saber: "Creo en una Santa Iglesia Católica y Apostólica". En otras palabras estaría negando la Universalidad de la Iglesia desde otro ángulo. ¿Es esto cierto? En absoluto!!! Universalidad *no significa uniformidad* en formas y reflexiones sino *unidad en diversidad.* Universalidad significa una variedad tal que abarque todas las diferencias que existen en la raza humana.

Creemos tener base neotestamentaria para afirmar lo que hemos dicho. "Por tanto id y haced discípulos a todas las naciones" (Mt. 28:19a). "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura" (Mr. 16:15). "Y ellos, saliendo predicaron en todas partes" (Mr. 16:20a). "La cual (salvación) has preparado en presencia de todos los pueblos" (Lc. 2:31). "Así está escrito y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Lc. 24:46-47). "Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último

de la tierra" (Hch. 1:8). "Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto, y en Asia, en Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones de África más allá de Cirene y romanos aquí residentes, tanto prosélitos como judíos, cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios" (Hch. 2:7-11). "Y cantaban un nuevo cántico diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos han redimido para Dios, de todo linaje y pueblo y lengua y nación" (Ap. 5:9). "Después de esto miré y de aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del cordero, vestidos de ropas blancas" (Ap. 7:9). "...por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado" (Ap. 15:4b). "Y las naciones que hayan sido salvas andarán a la luz de ella (la ciudad santa); y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella" (Ap. 21:24).

Todas estas referencias nos indican que el NT conoce diferencias, puesto que existen naciones, razas, lenguas, pueblos, a los que Dios ha amado tal como son. El evangelio permanece idéntico a sí mismo aunque sus formas cambien de acuerdo con el lugar y el tiempo. Es decir que ninguna forma de Iglesia es de por sí y en aislamiento la *Universal* sino que el conjunto de Iglesias *autóctonas* forma la Iglesia Católica. Dicho de otro modo, la universalidad de la Iglesia no sólo implica sino que desea o requiere *diversidad* para que de este modo pueda encontrar y hablar a todos los hombres. De lo ante-dicho se desprende que el título sería: "*Hacia una Iglesia Universal (autóctona) en América Latina*".

Toda esta consideración ha sido hecha con el propósito de guiar nuestro pensamiento por el laberinto del problema sólo desde el punto de vista del título. No he querido seleccionar ninguno en especial porque desearía que Uds. mismos eligieran el título que mejor es adapte al desarrollo posterior de la conferencia. Notarán más de una vez que estos motivos volverán a aparecer porque los considero de suma importancia para nuestro diálogo. Pero tenemos que considerar otros aspectos del problema que tenemos delante.

b. *Otros aspectos del problema*:

1. Es necesario tener en cuenta que las Iglesias Luteranas en América Latina no encaran las mismas situaciones aunque nosotros no podemos mirar todos los aspectos en esta conferencia. Por lo tanto lo que diré puede que sea más aplicable a un lugar que a otro. Quizás una gran contribución para la autoctonización es aprender a no generalizar. A pesar de que estamos convencidos de lo que vamos a decir, no pretendemos tener la solución del problema en absoluto. Sólo intentaremos una introducción, por no decir un balbuceo, para la discusión posterior.

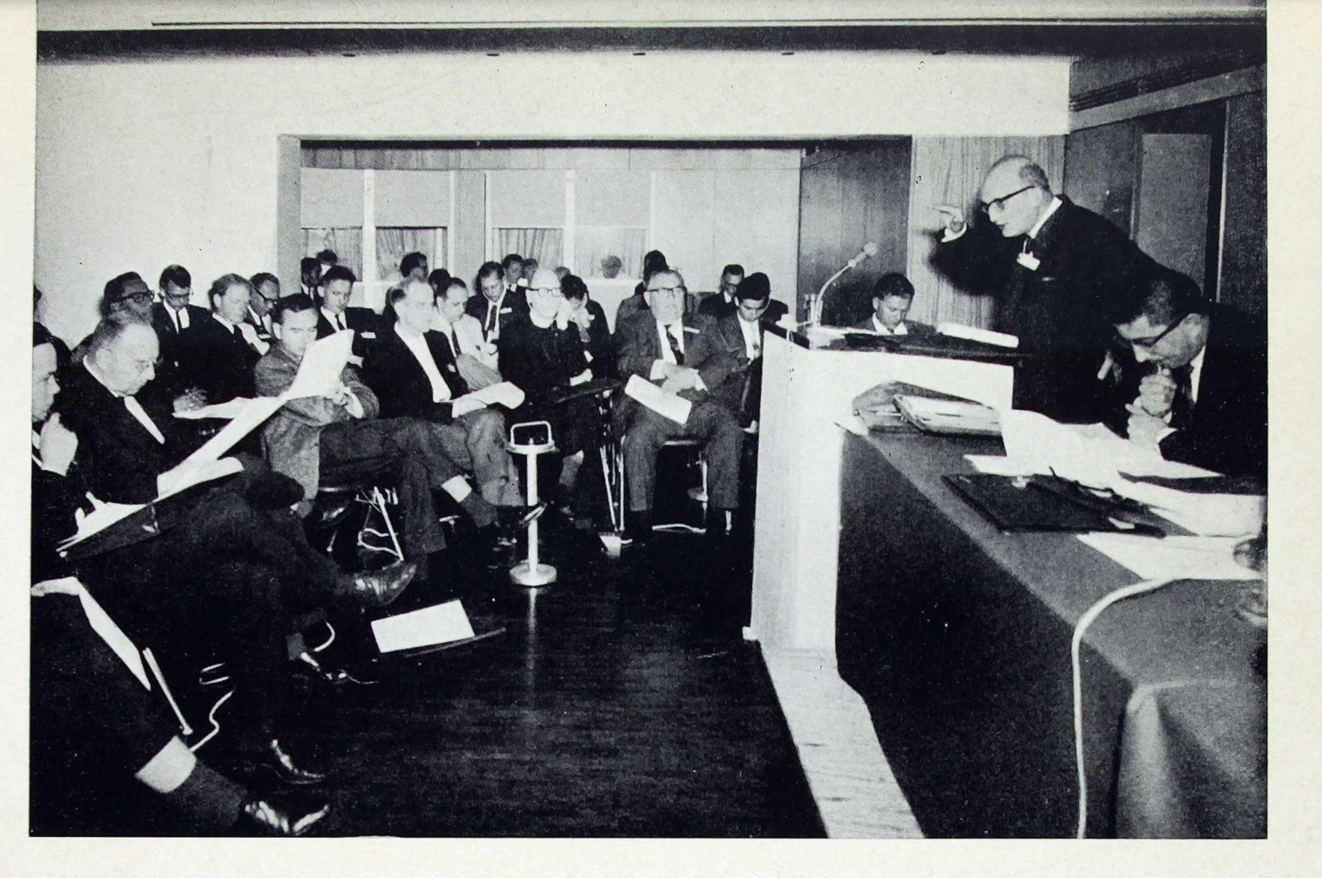
2. Debemos tener en cuenta que hay dos clases de Iglesias Luteranas en América Latina: las de inmigración, que abarcan a la mayor parte de los luteranos, y las de misión que son las minoritarias. No me detendré en detalle

sobre este fenómeno, que por otra parte ha sido convenientemente estudiado. Sólo diré aquello que se relaciona de lleno con el problema de la autoctonización. Las *Iglesias de Inmigración* sufren en su proceso de aculturación, el lastre de la tradición cultural del país de origen. En el seno de estas iglesias difícilmente se ha pensado que el movimiento de las masas inmigratorias se ha debido principalmente a la Voluntad Divina que debían servir y dar testimonio en otros lugares. (Claro que sabemos que es muy doloroso vivir en lugar extraño y que desde un punto de vista humano si Dios los ha elegido para esta tarea, al mismo tiempo los ha puesto en una situación de lágrimas). Por otro lado las *Iglesias de Misión* sufren el mal de no poseer una tradición única puesto que el choque de culturas, razas, y lenguas crea un constante torbellino interior que las hace más conscientes de sí mismas que de la comunidad que las rodea. Además la constante intervención de fuerzas que no viven en América Latina les crea un complejo de inferioridad que las deja inertes y rechazan todo intento creativo que no venga desde afuera; de aquí que estas iglesias posean menos personalidad que las iglesias de inmigración.

3. La aculturación no es un problema exclusivo de las mal llamadas Iglesias Jóvenes solamente. Tampoco los luteranos que vivimos en Latinoamérica sufrimos este mal. Ni aun es un problema que tienen las iglesias confesionales, sean inmigratorias o de misión. Las iglesias europeas o norteamericanas se ven ante la situación desesperante de estar hablando un idioma que el pueblo no entiende, sea porque la iglesia está usando formas de pensamiento anticuadas, sea porque el lenguaje es una jerga que el pueblo no comprende y por ello pierde el interés. Creemos que la "Historia de la Iglesia" es la historia de la actualización, adaptación, aculturación o autoctonización del mensaje cristiano a las diferentes épocas y lugares. Cuando leemos por ejemplo Los Apologistas nos damos cuenta que los problemas de su época lo hicieron reflexionar de tal modo que adaptaron el mensaje eterno para que lo entendieran. Lutero o Calvino podemos colocarlos en la misma categoría, aunque no debemos olvidar que Agustín o Tomás de Aquino también lo han hecho como algo natural. Los esfuerzos de Karl Barth o Rudolf Bultmann podríamos llamarlos "intentos de aculturación" a sus épocas y lugares. El llamado de Juan XXIII para que el Concilio Vaticano II considerara el "agiornamento" de la Iglesia nos señala que el problema de aculturación no es ni con mucho algo exclusivo de algunas Iglesias. Hace poco la revista luterana norteamericana "Dialog" traía en uno de sus números la pregunta si las estructuras de las iglesias luteranas de EE. UU. eran adecuadas para llevar el mensaje a sus conciudadanos. La lucha por la adaptación, estamos convencidos, ha desarrollado el dogma y vida de la Iglesia. Debemos tener en cuenta este aspecto del problema porque si no lo hacemos podemos caer en la falacia de considerar la aculturación de las mal llamadas iglesias jóvenes como algo aparte de la verdadera naturaleza de la Iglesia. Sostenemos que la aculturación en cambio es parte intrínseca de la riqueza y elasticidad del mismo evangelio y por lo tanto de la Iglesia que tiene que proclamarlo.

c. *Nuestro enfoque*:

Queremos sentar las bases de nuestra tarea siguiente. Primeramente, no me parece adecuado usar todo el tiempo que resta haciendo una apología



Escuchando la primera ponencia. Diserta el profesor Dr. Rodolfo Obermüller. *Foto: Federación Luterana Mundial.*

de la autoctonización porque no creo que haya algo que defender. En otras palabras no quiero más hablar del porqué porque ya lo he tocado. Ya hemos "defendido" la autoctonización en el punto "a". Creemos que la validez de la autoctonización se sobreentiende cuando consideramos el aspecto universal de la Iglesia. El hecho es demasiado evidente para que sigamos defendiendo una cosa de la que no serán convencidos los que no entienden el problema. Si nos quedamos en el porqué lo haremos. Mas bien vamos al cómo y al para qué sin dejar de tener delante el porqué.

Lo dicho nos coloca en el mismo centro del problema y la validación del mismo. *No se puede hacer un programa de aculturación antes de que se esté convencido de su necesidad.* No se puede pedir que es necesario aculturar, o si se lo hace se están dando golpes en el aire; ni podemos adelantarnos a los tiempos. *Se acultura, aculturando.* No se puede forzar la aculturación "desde afuera" sino que llega a efectuarse *"desde adentro", inconscientemente,* cuando los fieles adquieren una conciencia real de *servicio y testimonio* no para sí mismos sino para el ambiente que los rodea. A medida que la Iglesia toda toma conciencia de su verdadero papel en el lugar que le toca vivir se produce gradualmente la aculturación. Cuando se quiere servir cabalmente el ser del que sirve se transforma en el servicio y por lo tanto se identifica con el ente a quien sirve. Me parece una utopía y ficticio querer forzar la aculturación por medio de esfuerzos totalmente externos. Hasta tanto no tomemos conciencia del llamado de Dios, el cual Él nos hace aquí y ahora, para este lugar y la responsabilidad que tenemos frente a ese llamado no podremos ensayar ningún modelo de *Iglesia Autóctona.* De hecho, la descripción analítica de lo qué es una iglesia autóctona es la tarea del historiador o del sociólogo después que el que quiere servir la transforma en el servicio y por ende la modela.

Tengo la impresión que las Iglesias Luteranas que están en Latinoamérica desean finalmente servir y dar testimonio al ambiente que las rodea no por motivos egoístas sino por la vida de Latinoamérica. Nuestras Iglesias quieren dar un testimonio y prestar un servicio genuinos. Dar y no recibir. Por esta razón es que vamos a presentar ahora lo que creemos más urgente.

TRES ÁREAS URGENTES DE SERVICIO Y TESTIMONIO EN EL PROCESO DE ACULTURACIÓN

Considero que las tres áreas que voy a presentar son las más importantes y las más urgentes en el momento presente pero de ningún modo nuevas. Una mirada al programa de este encuentro de Lima nos indicará que todas nuestras discusiones apuntan hacia la aculturación. Quiero aclarar y recalcar que las tres áreas que estoy a punto de presentar son para el "aquí y ahora" de Latinoamérica, según yo lo entiendo. Si la situación cambiare quizás las áreas de servicio y testimonio debieran ser distintas.

Pero debemos recalcar y hacer notar con el mayor énfasis que todo lo que hagamos en estas tres áreas debe ser llevado a cabo en *los niveles locales* primero y principalmente, con vistas a un entendimiento más cabal y profundo de toda Latinoamérica. Como ya dijimos antes, las generalizaciones deben ser

erradicadas de nuestro trabajo en Latinoamérica. Si seguimos generalizando sin tomarnos el trabajo de estudiar Latinoamérica en toda su profundidad y anchura y variedad nunca conseguiremos una real aculturación. Además no ganamos nada con hablar unos pocos en los niveles internacionales cuando nuestras mismas congregaciones, por otro lado, no cooperan con la misma intensidad día por día.

I. *Una reflexión teológica en la situación actual*:

Es un hecho conocido por todos que nosotros tenemos una teología de segunda, o en el caso de muchas de las Iglesias de misión, de tercera mano. Me parece que es necesario que nos demos cuenta que aquí está el centro del problema de la aculturación. No se trata de que no somos libres para hacer una reflexión teológica sino que no hemos tenido el coraje de luchar con la Palabra de Dios solos.

Séame permitido dar un ejemplo, que mostrará lo que estoy afirmando. La Comisión de Teología de la FLM no tiene en su seno ningún latinoamericano. (Consideramos como latinoamericanos no sólo los educados aquí, o los nacidos en este continente, sino a los extranjeros que viven aquí y aman por tanto este lugar). Además la revista "Lutheran World" cuando publica artículos acerca de Latinoamérica no usa mayormente "expertos" latinoamericanos sino personas que no viven en este continente (Véase p. ej. VIII/4). Dos explicaciones son posibles: primero, o la FLM no quiere latinoamericanos o, segundo, los latinoamericanos no tienen nada que contribuir al luteranismo mundial. Me parece que la segunda explicación es la más correcta. No tenemos nada que contribuir al luteranismo mundial porque hemos vivido de prestado de Europa o EE. UU. Naturalmente cualquier organización concienzuda, entre primera y segunda mano, elige la primera. Realmente vivimos "fuera de foco" con respecto a Latinoamérica o el mundo entero. Si no contribuimos para el bienestar de los latinoamericanos menos lo haremos para el resto del mundo. Entonces no tenemos porqué quejarnos.

a. *Los requisitos*: (Ya están en proceso)

1. *Uso de los idiomas Español y Portugués* para comprender la mentalidad de los que viven aquí. El idioma forma a las personas y les da ciertas características y actitudes. Por otro lado no desconocemos el problema de las congregaciones que todavía necesitan adorar a Dios en el idioma en que aprendieron a hacerlo desde niños. El problema se solucionará poco a poco, pero no se solucionará en absoluto si continuamos pensando como extranjeros, como si no perteneciéramos a América Latina. Por lo menos si deseamos servir a la comunidad, el pasaje de una mentalidad a la otra se produce automáticamente. No estamos hablando del abandono de tradiciones sino del uso de esas tradiciones para servicio de la comunidad.

2. *Ministros formados en estas tierras*, no para suplantar a los extranjeros sino para crear y adaptar. Dígase lo que se dijere, es bien sabido que un hijo de la tierra entiende mejor a los de su patria, que los educados en otro lugar. No estoy teniendo una actitud nacionalista sino realista; además y por sobre todo, el hijo de la tierra entiende mejor porque ama con mucha intensidad a

los suyos. Esto es verdad aquí como en cualquier otro lugar. Pero digamos que la razón fundamental de la educación de los ministros aquí es el hecho, de que toda iglesia tiene el deber de producir sus propios dirigentes. No es posible seguir drenando otras iglesias.

Estos dos requisitos están ya en proceso y por lo tanto no me detendré más en ellos. Pero sería cuestión de ver, por medio de los resultados futuros, si los estamos llevando a cabo en una forma correcta.

b. *Las tentativas*:

1. *Sistemas de enseñanza teológica adecuados a la situación y lugar*: sabemos que nuestros sistemas son por lo general meras copias de los sistemas europeos y/o norteamericanos. No se trata que un sistema sea superior que otro sino más bien de la aplicabilidad de ellos a determinadas formas o a los modos de ser y pensar del nacido aquí. No importa para nada cuánto sabemos si nuestra sabiduría está fuera de lugar y no puede ser usada.

Hace un tiempo atrás escuché en una conferencia sobre Educación Teológica que tuvo lugar en Stony Point, N. T., que en cierto lugar de África se está ensayando el siguiente sistema: todas las materias están relacionadas con estudios africanos (African Studies) durante los cuatro años de estudios teológicos. Con este sistema se quiere borrar en cierta medida la influencia de la historia Occidental en la Teología. No queremos que se nos interprete como diciendo que debemos copiar este sistema sino sólo queremos dar una pauta concreta que hay personas que creen que se pueden ensayar sistemas de enseñanza teológica distintos de los europeos o norteamericanos. Tampoco estamos diciendo que por oposición tenemos que ser diferentes (como un niño rebelde) pero más bien estoy enfatizando que nos debemos dar cuenta que toda la reflexión teológica de Europa o EE. UU. está influenciada por las situaciones del llamado "Occidente", su historia, geografía, clima, hemisferio, sentimientos, sistemas económicos, políticos y sociales, etc. No puede ser de otro modo. Ni siquiera estamos diciendo que está mal. Sólo hacemos una salvedad. Aunque nosotros por un lado somos considerados "occidentales" por el otro no somos tal cosa. Por tanto en cambio de copiar palabra por palabra a nuestros hermanos "occidentales" copiemos la actitud valiente y arriesgada que ellos han tenido en los albores de su historia, es decir, tratemos de "pensar" como seres ya crecidos a pesar de saber que nos podemos "equivocar".

Los ministros formados aquí deben recibir un entrenamiento para aquí y no una enseñanza que servía en el pasado para Europa o EE. UU., pasado que nunca existió en estas tierras.

2. *Hacer las preguntas adecuadas a la Palabra de Dios en nuestra situación*:

El mundo se ha achicado, pero no obstante *todavía* no todos tenemos los mismos problemas. Debemos preguntarnos cuál es la cuestión fundamental que nuestro mundo carga sobre sus hombros para que podamos servirlo. Ya hemos tocado el punto más arriba (b/3) en otra forma. Considero que la pregunta fundamental es si Dios mismo existe y en relación con esto cuál es el significado de esta vida corrupta y deshumanizada. La existencia de Dios no es algo que se da por sentado y por lo tanto la vida de ese mismo individuo que cuestiona la existencia de Dios se vuelve sin sentido. Ya no podemos

preguntarnos con Lutero o Calvino o los reformadores o los teólogos de Trento. ¿Cómo puedo ser salvo? y discutir los modos de salvación, porque una persona moderna nos preguntaría ¿Salvos de qué? o ¿para qué?

A todo esto se agrega en Latinoamérica, según mi entender, otra cuestión fundamental, a saber, la "Justicia social". Me temo que muchas de las contribuciones al problema son hechas desde el punto de vista socio-político y no desde el punto de vista teológico. Tenemos que reflexionar más y más acerca de la tensión existente entre escatología y ética.

Pero además tenemos que decir que siendo la "Iglesia de la Sola Scriptura" tenemos la obligación de ser consistentes y hacer estas preguntas a la Palabra. Estoy convencido que las respuestas a esta pregunta se encontrarán paso a paso en la confrontación diaria de las situaciones específicas y las Escrituras. (Por ejemplo la búsqueda infructuosa del Jesús histórico ha sido un producto del Iluminismo. Confrontación de situación y Palabra).

Por lo antedicho me parece que debería comenzarse a colocar una materia en nuestros programas de enseñanza teológica que fuera una historia del pensamiento social. Si tenemos materias como filosofía o psicología, materias "profanas", no veo porqué no se podría enseñar una materia sociológica.

Pero y por sobre todo, no son mis generalizaciones las que solucionarán los problemas sino un estudio concienzudo en los niveles locales. De primordial importancia es por ejemplo que estudiemos el catolicismo moderno en nuestros programas teológicos de alto y bajo nivel porque vivimos con él. Pero ya agregaremos más acerca de esto en el próximo punto.

II. *Un enfoque ecuménico*:

Estoy convencido que una de las otras áreas en que debemos poner todo el esfuerzo, si es que queremos servir y dar testimonio en esta época y en este lugar, es en el campo de las relaciones entre las iglesias. Vivimos en un momento en América Latina en que no podemos ignorar la voz de Dios la cual nos está llamando al diálogo con nuestros hermanos en Cristo. Tenemos tres hermanos en Cristo: a. Otros luteranos; b. Otros protestantes; c. Los Católicos.

a. *Otros Luteranos*:

Podríamos preguntarnos con cierto temor por qué los luteranos de estas tierras estamos separados. En un pasado no muy remoto hasta hemos llegado a quitarnos los miembros de nuestras congregaciones los unos a los otros. Todos estamos avergonzados por ello, pero, preguntemos ¿si todos somos herederos de la Reforma Luterana qué, realmente, nos separa? ¿Es acaso nuestra propia decisión en el continente? ¿O serán razones de índole histórica que escapan a nuestra propia decisión y voluntad?

Permítaseme decir, sin intención de herir a mis hermanos, que si estamos separados no es por la decisión de los miembros de nuestras congregaciones. Razones de índole histórica o de "raza" o de inmigración, o de vivir todavía en una situación que ya no existe y que quizás nunca existió en este continente y hasta razones de índole administrativa nos separan los unos de los

otros. Pero la situación de hoy en día nos llama a la reflexión de tal modo, que nos acerca por el amor que Cristo nos da.

Además creemos que la Iglesia Luterana no será ni universal ni autóctona, por lo menos en Latinoamérica, mientras no luche, sufra, peleé, llore, gima con dolores de parto, de humille y ore con todas sus fuerzas por un acercamiento real entre los luteranos. ¿Hemos estudiado nuestras bases propias para un acercamiento real en nuestra situación específica? ¿Son nuestras Iglesias lo suficientemente humildes y mansas, como el Señor de la Iglesia, para comenzar sin compromisos de ninguna de las partes un estudio serio de La Palabra de Dios en el contexto en que vivimos dejando que ella nos hable no para para probar quién tenía razón sino para que todos podamos aprender a amarnos?

Estoy convencido que esto debe hacerse en los niveles locales. Si bien es cierto que el Comité para América Latina de la FLM ha conseguido muchísimas cosas para nosotros (acción desde afuera) no es menos cierto que este mismo comité no puede colocar amor entre nosotros para que comencemos a trabajar como personas que ya "usan pantalones largos" (acción desde adentro). Nosotros somos los que tenemos que comprender nuestra propia situación. Ya ha pasado el tiempo cuando todo nos llegaba desde afuera. Hemos crecido de tal modo que queremos ser una Iglesia responsable que no teme equivocarse, y que si se "equivoca" está dispuesta a reconstruir sobre las cenizas.

Propongo que se comiencen a estudiar seriamente las bases de nuestro futuro trabajo unido (servicio y testimonio) en los niveles locales y continentales. Por razones de índole financiera soy de la opinión que debemos comenzar en los niveles locales donde haya más de una Iglesia Luterana. Si es posible usemos nuestros propios esfuerzos, tanto materiales como espirituales, sin pedir ayudas externas. Esto nos hará realmente trabajadores esforzados.

Sólo así comenzaremos a ir *hacia una Iglesia Luterana Autóctona* que quiere servir y dar testimonio donde la gracia de Dios la ha puesto.

b. *Otros Protestantes*:

Naturalmente nuestro enfoque ecuménico no podría terminar en un enfoque luterano porque ya no sería totalmente ecuménico. ¿Cuáles son las bases para un verdadero movimiento ecuménico en América Latina? ¿Son nuestras Federaciones de Iglesias realmente ecuménicas? Alguien ha dicho con cierta razón, que las Federaciones de Iglesias nos ofrecen unión sin arrepentimiento. No así los Consejos de Iglesias. Pero nunca tendremos arrepentimiento si colocamos nuestra propia palabra por encima de y con más autoridad que la de Dios y si creemos que nuestras palabras son las verdaderas y no la de Dios. ¡Él nos perdone!

Para muchos que no quieren considerar el ecumenismo, el ser ecuménico equivale a abandonar sus propias posiciones por las de otras denominación. Mas si bien es cierto que al participar de un movimiento ecuménico uno tiene que estar dispuesto a desaparecer, por lo menos en su viaje forma, para que Cristo crezca (caso de Juan el Bautista en el ev. de San Juan) no es menos cierto que quizás la solución de la desunión, la cual el mismo movi-

miento ecuménico nos está enseñando después de todo, es que podemos vivir *juntos en diversidad.*

Me parece que el movimiento ecuménico al cual yo he estado acostumbrado por lo menos en Argentina, no es en realidad un genuino movimiento ecuménico. Es un *ecumenismo defensivo* que ante el peligro se une contra el "enemigo" (¿Católicos?) común. Pero se trata de tapar que estamos separados. Se trata de tomar una posición que no es la de ninguno pero que no llega a las raíces mismas de la desunión. En realidad, la posición es fijada por la denominación que domina. Por ej. cuando uno va a una reunión "ecuménica" tiene que ponerse una máscara. Los servicios religiosos son del tipo no litúrgico o más concretamente con una liturgia del tipo "libre". No nos parece que esté mal tener esa liturgia pero nos parece antiecúménico el usar sólo *un* tipo de liturgia. Es decir que si yo deseo ir a un lugar así tengo que *dejar* de ser luterano. Pero como no lo dejo de ser estoy mintiendo *Nunca puedo mostrarme tal como soy.* ¿Cómo me pueden conocer? ¿Cómo puedo aprender si no se me corrige? En otras palabras: un movimiento que pretende ser ecuménico tiene que permitir toda clase de tradiciones para que aprendamos a vivir juntos tal como somos.

Los luteranos tenemos pues la responsabilidad de participar activamente en el movimiento ecuménico tanto para aprender como para enseñar. No sabemos si en la próxima generación la unidad no será más fácil por el solo hecho que ella habrá aprendido a vivir junta y a mostrarse tal como es. No tratemos "tozudamente" de formar el mundo de nuestros hijos con nuestras limitaciones porque después de todo son ellos los que tienen que vivir en el mundo del mañana y no nosotros. Hagamos de tal modo que las puertas no queden del todo cerradas.

Otra vez sostengo que el trabajo debe hacerse en los niveles locales. No ganamos nada con tener una organización internacional que no puede dictar dogmas para las congregaciones, cuando ellas mismas no comienzan a ser ecuménicas (Véanse las recomendaciones de la Consulta de San Leopoldo, EKKLESIA, VIII, 18, págs. 166-167).

El luteranismo en muchos lugares de Latinoamérica es la denominación protestante más numerosa y por lo tanto tiene la enorme responsabilidad no sólo de participar en el movimiento ecuménico sino también y principalmente de ser un líder, un guía, para la gran aurora del acercamiento.

En este punto hemos tratado de desarrollar *hacia una Iglesia Autóctona en América Latina.* Es decir que nuestra reflexión teológica en la situación actual no puede perder de vista a nuestros otros hermanos protestantes si es que esa reflexión teológica desea ser autóctona o pertinente para nuestra situación. Recordemos que donde la Iglesia Luterana es mayoría (Escandinavia por ejemplo) ella no tiene el problema en esta forma. La solución, por lo tanto, debe ser buscada aquí. He aquí nuestra tarea.

c. *Los Católicos*:

Tampoco nuestro enfoque ecuménico puede finalizar con los otros protestantes porque ignoraría la fuerza cristiana que introdujo, mantuvo y fortaleció el cristianismo, como ella lo entendía, por más de tres siglos en América

Latina antes que fuera confrontada con otras ramas del cristianismo. Nuestro enfoque debe llegar a nuestros hermanos católicos porque dialogando con ellos tanto el catolicismo como el protestantismo en Latinoamérica se conocerán mutuamente en el siglo veinte tal cual son y para que de este modo uno como otro adquieran la totalidad de la estatura por medio de la renovación en el diario diálogo.

Es bien sabido que muchos de nosotros conocemos un catolicismo que ya no existe y que nuestros padres nos lo han legado desde el "diálogo" europeo. Los luteranos de Latinoamérica conocemos por lo general un catolismo "pretridentino". Además si en otros casos conocemos algo del catolicismo moderno lo hemos aprendido por medio de publicaciones europeas o norteamericanas que desconocen el catolicismo latinoamericano desde adentro porque no tienen que vivir con él diariamente. Me parece que es hora que lo conozcamos personalmente aquí. No son nuestros hermanos de la Comisión o del Instituto de Investigaciones Interconfesionales quienes nos tienen que decir qué es el catolicismo latinoamericano. Claro que por otro lado podemos aprender de ellos, si es que nos quieren enseñar, pero sin embargo somos nosotros los que tenemos que vivir diariamente en un contexto católico. Otra vez tengo que dar un ejemplo que tomaré la de FLM. En el Instituto o la Comisión de Investigaciones Interconfesionales no hay ningún luterano latinoamericano a pesar de que el 36 % de la población católica del mundo entero vive en Latinoamérica. Claro que la posible y aun probable explicación será que en Latinoamérica no hay luteranos que conozcan al catolicismo. Pero también podemos decir que si hubiera voluntad podríamos aprender como anteriormente los miembros de la Comisión han aprendido. Y debemos aprender porque nos toca vivir en una situación católicorromana y no podemos ni ignorarlo ni andar con el paso fuera de tiempo.

Permítaseme decir sin tratar de ofender a nadie que un norteamericano o europeo que viniere a Latinoamérica por una o dos semanas no conocerá muchos de los problemas que nosotros debemos enfrentar día a día o si los conoce los interpretará desde el punto de vista de donde ha nacido, crecido o estudiado. Sabemos que en el pasado ha ocurrido que muchas personas han escrito acerca de Latinoamérica y sus problemas como "expertos" aunque hubieran pasado sólo una semana en el contexto. Los que vivimos aquí tenemos el derecho y el deber de conocer lo que tenemos en casa. Queremos colaborar mundialmente de igual a igual, de hermano a hermano, aunque reconocemos que nuestros hermanos europeos o norteamericanos han tenido más experiencia. Pero también reconocemos que nosotros tenemos una rica experiencia que otros no han podido tener. Esta es necesario que se la reconozca. Estoy un poco cansado de escuchar que aquí todavía no tenemos suficiente educación (teológica?) para poder dialogar con todo el mundo. Por lo menos tendríamos que tenerla para conversar y dialogar con el vecino de al lado.

Nosotros somos los que tenemos que compartir las visicitudes de esta hermosa tierra con el catolicismo romano; y por tanto es hora que tomemos

nuestras propias decisiones. En los niveles locales se estudiarán los canales que mejor convengan para ayudar a nuestros hermanos católicos o si fuera necesario decir francamente, aunque con amor, sus "faltas". También lo mismo valdría para los católicos con respecto a nosotros. No estamos solos en este continente tanto el uno como el otro tiene que pensar en el vecino. Pero no se puede dialogar sin estudiar.

Hemos querido en esta sección delinear "a grosso modo" lo que entendemos por *hacia una Iglesia Universal (= Autóctona) en América Latina.* La diversidad en diálogo con el motivo de servir nos hace ser una Iglesia Universal con carácter autóctono.

III. *Una Misión Centrífuga*:

a. *No recibir sino dar (amor y no proselitismo).* Para muchos el hecho de que uno cobije una idea ecuménica lo hace una persona que no puede pensar en misión. Para otros el querer ser ecuménico contradice la lealtad misionera a su propia denominación. Es una contradicción irreconciliable. Pero recordemos que todo movimiento ecuménico deriva históricamente del movimiento misionero. Por eso no puedo estar de acuerdo con aquellos que consideran el querer hacer misión en Latinoamérica como una contradicción al anhelo de amistad con los católicos. Pero no estamos aquí para misionar a los católicos o los otros protestantes sino para dar testimonio de Cristo donde nos encontramos. Ha sido equivocado por parte de muchos protestantes el creer que participar del movimiento ecuménico con otros protestantes era una defensa contra el catolicismo. Bien sabido es que la Iglesia Católica, por otro lado, está más contenta con las Iglesias protestantes de inmigración que con las de misión, porque las primeras no "misionan". Pero tenemos que preguntar si es verdad que una denominación tiene el monopolio de cierta área. ¿O será que Cristo no es el Señor de la Iglesia? Y este Señor nos pide ser testigos.

Dar testimonio es parte del mismo ser de la Iglesia. El día que la Iglesia deje de dar testimonio de su Señor es mejor que cierre sus puertas para siempre. Pero no hay que confundir dar testimonio con proselitismo. El testimonio que queremos dar es de amor y es hacia afuera para beneficio del que escucha y no mero proselitismo egoísta para la denominación que representamos. Debemos estar dispuestos a desaparecer para que CRISTO crezca y *no* desaparecer para que determinada Iglesia sea satisfecha en sus demandas. No podemos parar y dejar de dar testimonio.

Pero sigamos adelante. No puedo concordar con aquellos que quieren hacer de la Iglesia una cosa monstruosa, que uno ve crecer en cambio de ser servidora y que da testimonio. La Iglesia no puede ser ni una organización que se regocija en su propio crecimiento (que se mira su propio cordón umbilical para ver si puede tener alimento constante) ni un lugar donde se perpetúa una determinada cultura (que mira el ombligo propio todo el tiempo). Seamos francos y veraces: tanto las iglesias de inmigración como las de misión han sido culpables de ambos o de uno de los pecados. Por cien años hemos ido por esta senda equivocada. Claro que también ha habido movimiento hacia afuera, no egoísta, pero no ha prevalecido.

Por otro lado, aunque Latinoamérica es un continente "cristiano" o quizás post cristiano o descristianizado como se lo suele llamar (acepto esto último si se considera a todo el mundo como post cristiano y no sólo Latinoamérica porque ha sido cristiana-católica), no todos los habitantes son cristianos en él. Para bien o para mal, feliz o infelizmente, muchos latinoamericanos luteranos ya estamos en Latinoamérica, por una u otra razón, y no podemos dejar de dar testimonio con el propósito de servir. Pero la motivación de este testimonio no es el crecimiento numérico de la Iglesia Luterana sino el crecimiento del Reino de Dios, o quizás mejor, el crecimiento de los habitantes de este continente en la verdad de Cristo. Creemos en lo de "UNA SANCTA". No queremos ser una secta fanática sino una Santa Iglesia Católica que hable a todos los sectores de la población y por ende sea autóctona. Si combinamos el segundo punto ya desarrollado (Un Enfoque Eucuménico) con este punto tendremos respuesta a la pregunta: ¿Es lícito que demos testimonio en un continente así llamado católico?

b. *El verdadero sacerdocio de todos los creyentes*: Esta es una "frase hecha" que ha sido usada por mucho tiempo aunque sin mucho sentido porque se la ha mal interpretado. Se llamaba al laico para que ayudara a encaminar la estructura congregacional. El sacerdocio estuvo considerado como una acción hacia adentro. El laico ayudaba al pastor a llevar a cabo los "negocios" de la congregación. Esa época "dorada" ha pasado. Permítaseme explicar sucintamente lo que queremos decir con el subtítulo "una misión centrífuga".

Hasta ahora nuestro reconocido método de dar testimonio y por lo tanto de evangelización, cuando deseábamos "evangelizar", ha sido el uso del servicio religioso. Ha sido una acción centrípeta. Las iglesias de misión lo han usado con los posibles conversos y las de inmigración con los luteranos inmigrantes que se iban enfriando". La frase que más se usaba era "venga el domingo a la Iglesia" o más simplemente "venga a la Iglesia". Muchos pastores trabajaban toda la semana preparándose sólo para esa hora dominical en que el laico venía a escuchar al pastor y no a alabar a Dios en la Liturgia. Creemos que la preparación del pastor para dar su "ponencia" era en extremo enfatizada.

Este sistema no fue ni es peculiar de América Latina sino que ha sido usado, tanto por católicos como por protestantes, en el Occidente. Naturalmente cuando se comenzó a usar, el Occidente era "cristiano" y por lo tanto congregación, parroquia y mundo eran una misma cosa. El pastor o el sacerdote era un servidor de la congregación tanto "afuera" como "adentro" o servía al mundo sirviendo toda la comunidad cristiana. Consecuentemente los colonos alemanes o escandinavos lo usaron aquí o en la América del norte cuando establecieron sus colonias. Por lo tanto los misioneros norteamericanos cuando vinieron a estas tierras los siguieron usando, en parte por influencia de su lugar de origen donde cada colonia, como dijimos, tenía una iglesia en el centro porque los colonos eran ya cristianos, y en parte por la influencia católica en América Latina. El método de evangelización era llevado a cabo en el culto. En realidad no era un método de evangelización en absoluto sino un modo de reafirmar la fe que una vez, quizás cuando niños,

los que venían a esas "reuniones", tenían. Ese es el método de Billy Graham. La predicación desde un púlpito, que después de todo no evangeliza por vez primera sino que reaviva la llama de la fe. Hoy en día este método está fuera de lugar porque nuestra generación no cree en estas cosas por las razones aducidas anteriormente (1/2).

El método en sí no tendría nada de malo si diera el resultado correcto, no tanto para los números de la estadística, sino para el impacto del mensaje cristiano en la vida de todos los días. La predicación desde un púlpito, tenemos que reconocer no toca a las personas que no tienen mucho contacto con la Iglesia porque nosotros después de tantas generaciones de escuchar las palabras del evangelio nos hemos acostumbrado a ellas de tal modo que escuchamos los sonidos pero no entendemos o no queremos entender los conceptos. Me he preguntado más de una vez en mi parroquia ¿cómo puede una persona que sólo tiene una vaga idea de Dios venir a alabar a quien no conoce? Eso es lo que yo hacía, y lo que la mayoría de nosotros hacemos. Usamos los cultos de alabanza para predicar desde una plataforma lo que de otro modo no tendríamos el coraje de decir. Me parece que yo participaba de un círculo vicioso. Como los resultados de mi propio trabajo eran vistos por la "iglesia" solamente a través de la estadística, es decir, por medio de la asistencia que mis cultos tuviesen, yo invitaba a ellos a todos los que podía. Pero éstos no podían entender, ni ser evangelizados por una liturgia y un "vocabulario" que sólo los fieles pueden entender. Además cuando abrimos un nuevo lugar de predicación, lo primero que hacemos es buscar una casa para que sirva como lugar de adoración y predicación. Un letrero en la puerta que dice: "BIENVENIDO, AQUI SE PREDICA LA PALABRA DE DIOS". ¿No somos un tanto ingenuos? ¿No hemos perdido la vitalidad de los primeros cristianos? ¿Qué clase de reflexión estamos haciendo?

Sigamos; nuestro entrenamiento teológico se centra principalmente en el *predicador de púlpito.* Se ha olvidado un aspecto importantísimo que el NT usaba. Por ejemplo, me detendré brevemente en el evangelio de Mateo aunque no pretendo desarrollar el punto como lo haría en una conferencia especial sino sólo hacer una observación. Cuando Jesús enseña a sus discípulos es porque, o vio o amó, o tuvo compasión de las multitudes. Dicho más sencillamente, la enseñanza es por causa de las multitudes. Parece que Mateo, el evangelio de los maestros, como es llamado, concibe la tarea de los discípulos como una misión de enseñanza. *El discípulo es considerado un maestro.* Pues bien, eso es lo que no hemos hecho en nuestra tarea evangelizadora. Considerar al teólogo-pastor un maestro que está enseñando a los teólogos-laicos los que a su vez enseñarán a las multitudes. Creemos que el énfasis en nuestros seminarios, facultades o escuelas de teología debe ser puesto en la tarea que el ministro tendrá como maestro de los laicos.

En nuestra propia situación si queremos hacer que el testimonio dado por nuestra Iglesia sea desinteresado y para todos los sectores de la población, debemos hacer que ese mismo testimonio sea dado todos los días y por lo tanto se transforme en un servicio. No podemos testimoniar sólo los días domingos o los días de las campañas evangelísticas o cuando invitamos a alguien

a nuestro servicio religioso. Al fin y al cabo estamos empeñados en prestar este servicio y dar este testimonio de uno u otro modo.

Con este fin, entonces, la congregación, o comunidad o Iglesia cumpliría una doble función. Primero, como un lugar de alabanza e intercesión pór el mundo para los misioneros-laicos y el misionero-maestro. Los misioneros-laicos harán su misión en el mundo diariamente sin que sea un testimonio formal desde una plataforma. En segundo lugar, la congregación comunidad o Iglesia serviría como centro de estudios para que el misionero-laico en diálogo con el misionero-maestro sea instruido en la Palabra de Dios y en la situación particular de la ciudad, campo o lugar de trabajo. En esta forma el testimonio se hace desinteresado, no proselitista y en beneficio del pueblo.

Tenemos que hacer una advertencia. Esto no debe transformarse en un proceso "burocrático" porque entonces perdería la elasticidad necesaria o se transformaría en un método centrípeto. Dicho de otro modo considero que las conversaciones que el laico tendrá con el pueblo serán en un nivel de igual a igual sin pretensiones de santidad ni de cosa parecida. Se usarán las casas de los laicos si fuere necesario pero la reunión formal y planeada no será el único ni el principal modelo. Finalmente la labor del pastor será primordialmente ayudar al laico a llevar a cabo su misión diaria y no como hemos estado acostumbrados a que el laico ayudara al pastor a llevar a cabo su misión "dominical".

★

Debemos poner punto final a esta conferencia no sin antes volver a repetir que no pretendemos tener el modelo de la iglesia autóctona sino sólo una introducción a la reflexión conjunta. Nosotros hemos dicho lo que precede como sugestiones para que los hermanos discutan y cambien ideas al respecto.

Finalmente queremos agradecer a los que amablemente han pedido a esta persona el desarrollar esta conferencia evitando colocar delante de ella alguna imagen especial y preconcebida a desarrollar sino dejándole completa libertad de pensamiento y expresión.

EL CONGRESO EN TRABAJO

El pensamiento del congreso en los grupos de discusiones

Para poder apreciar la importancia de las discusiones en el plenario y los grupos es menester tener en cuenta la multiplicidad presente en las iglesias que siguen la tradición de la reforma del siglo XVI. La división del luteranismo en América Latina, al igual que su unidad en el común reconocimiento de la Confesión de Augsburgo y el Catecismo Menor de Lutero (los dos documentos incluidos en la colección de los escritos simbólicos luteranos que son reconocidos por todos como bases doctrinales), es un hecho que necesitaría una explicación e interpretación más detallada. Baste con decir en este lugar que en la casi totalidad de los casos esa división no se debe a una evolución especial dentro de este continente, sino que más bien tiene sus raíces en desarrollos y acontecimientos históricos que tuvieron y tienen lugar en Europa y en el hemisferio norte del continente americano.

Con pocas palabras podemos informar aquí que, excepción hecha de aquellas congregaciones de origen emigratorio que por más de un siglo mantuvieron relaciones directas con sus respectivos países europeos, absteniéndose por esa razón de formar organizaciones nacionales aquí, y los pequeños sectores de tendencias fundamentalistas, el luteranismo sudamericano se divide en tres tendencias principales, correspondientes en cada caso a tendencias extra-continentales: a) Iglesias luteranas afiliadas a la Federación Luterana Mundial y las congregaciones aisladas reconocidas por ella; b) Las iglesias relacionadas con el Sínodo de Misurí en los EE.UU. de Norteamérica que se mantienen fuera de la Federación Luterana Mundial por reconocer en ella deficiencias del orden doctrinal; c) Finalmente la Iglesia Evangélica del Río de la Plata, de origen alemán, que representa la tercera corriente, típica para su origen: una iglesia con las mismas bases doctrinales, pero en comunión con pastores y congregaciones de origen calvinista. Tampoco esta iglesia pertenece a la FLM. Los grupos a) y c) tienen en común la relación o membrecía que mantienen con el Consejo Mundial de Iglesias.

Debe recordarse que en el congreso de Lima y en las consultas conexas de literatura y de profesores de teología, todas estas tendencias estuvieron representadas, si bien las iglesias relacionadas con la FLM componían la amplia mayoría. Sólo considerando esta situación se comprende que **el congreso no era una conferencia oficial y estructuralmente necesaria de la Federación Luterana Mundial,** y que **su Comisión para América**

Latina y sus oficinas centrales en Ginebra tenían como único fin el servir de instrumentos para la organización del congreso.

Estamos convencidos de que esta situación y este hecho no desvirtúan de modo alguno la importancia del congreso. Siempre puede haber grandes fluctuaciones en la escala del entusiasmo; pero también la presencia del "escaso entusiasmo" o del "entusiasmo limitado" pertenecen a nuestra realidad y nuestra verdad. Es esto lo que hemos buscado y encontrado en Lima.

*

El problema de nuestro "ecumenismo familiar" abordado ya en la consulta de São Leopoldo (véase el Nº 18 de nuestra revista) sigue existiendo; sin embargo Lima nos ha demostrado que se ha alcanzado un reconocimiento común del problema. Más aún: hemos podido observar que ya hemos echado a andar por el camino —muy largo por cierto— que nos conducirá hacia la solución.

*

Las discusiones en las grupos y en el plenario se apoyaban en las ponencias principales, pero también en el informe de la sección IX de la 4ª Asamblea de la Federación Luterana Mundial, realizada en Helsinki en el año 1963 (véase el texto del informe en el Nº 14-15 de esta revista). Algunas sentencias de dicho informe aparecieron como tema de varios grupos de discusión. Por razones de claridad subrayamos aquellos pasajes del texto del informe que incluimos en esta reseña.

Ya en el informe de Helsinki aparece un indicio del anhelo de formar un organismo que represente todas las tendencias luteranas en el continente, al declarar que **"para el propósito de fomentar la cooperación, la Sección celebraría la formación de un comité adicional** (a saber, fuera de la Comisión Latinoamericana de la FLM) **de representantes de iglesias y congregaciones latinoamericanas, a elegirse en una conferencia latinoamericana, para servir a la Comisión de la Federación Luterana Mundial en capacidad consultiva".**

En las discusiones en Lima se puso en evidencia que la intención de los participantes en las deliberaciones de la Sección en Helsinki no era la formación de un organismo dependiente de la Comisión Latinoamericana de la FLM. Tampoco se tenía la idea de conseguir de este modo que las iglesias no pertenecientes a la FLM queden a pesar de todo sometidas a su influencia en forma indirecta. En cambio los autores del informe en cuestión buscaban la posibilidad de hallar una forma de cooperación permanente continental para el mutuo bien de todos; para que se hiciera posible un testimonio más legítimo y una contribución ecuménica más valiosa, independientemente pero sin desvincularse de nuestras respectivas relaciones extracontinentales e interdenominacionales. Es natural que una voz luterana latinoamericana así orquestada podría servir —entre otras tareas— también **a la Comisión Latinoamericana de la FLM en capacidad consultiva** —exactamente de la misma manera como podría servir cualquier otro organismo o entidad continentales o extracontinentales que requiriesen su consejo y orientación. Además, las inquietudes de **todas**

las entidades que se sienten responsables por nuestro presente y futuro en América Latina y están relacionadas con algunas de nuestras iglesias, podrían encontrar simultáneamente un forum para una mayor divulgación de sus pensamientos.

El "Acuerdo de Lima" que publicamos en este número nos demuestra en qué forma los delegados allí reunidos pensaban emprender la realización de la inspiración recogida en el informe de Helsinki.

*

Es característico para nuestra situación de hoy y significativo para la produndización del pensamiento luterano latinoamericano el hecho de que el grupo que trabajaba bajo el lema "En búsqueda de la unidad luterana en América Latina" se concentrara en el aspecto teológico tomando por base de sus deliberaciones el informe presentado por la "1ª Conferencia de Estudios de las Facultades Luteranas de Teología en América Latina" que tuvo lugar inmediatamente antes del congreso, en la misma ciudad de Lima. Ese informe señala que "nuestro diálogo teológico trajo como consecuencia resultados positivos que no se habían previsto... llegamos a la convicción que como profesores luteranos de teología tenemos más en común de lo que sospechábamos. Hemos podido abandonar prejuicios que en el pasado habían obstaculizado un mutuo diálogo". Lo mismo fue descubierto por el grupo mencionado que aceptó como propias las recomendaciones de los profesores e insistía en el intercambio y la obra común en el campo de las investigaciones teológicas.

*

El informe de Helsinki expresó la necesidad de **"traducir la reforma al idioma de América Latina"**, formulación criticada con justicia en varias oportunidades a partir de entonces. En el programa de Lima esa cita fue utilizada como tema de un grupo que preguntaba por su significado. La respuesta consistía ante todo en la exigencia de un cambio de formulación del tema, proponiéndose: "Significado de la reforma en la realidad latinoamericana". Consideramos de sumo valor la contribución de ese grupo y digna de ser destacada. Indicó asimismo que "para que la reforma tenga relevancia en la realidad latinoamericana es menester:

1. Que se intente constantemente una profundización del evangelio mediante el estudio y la confrontación con la Palabra de Dios;
2. Que se estudie la realidad latinoamericana, sus estructuras sociales, políticas, económicas y culturales y la repercusión de las mismas en el individuo latinoamericano.
3. Que se mantenga un verdadero diálogo con las iglesias cristianas y que este diálogo se establezca también entre la Iglesia y el mundo.

De esta manera la Iglesia podrá convertirse en un signo de la presencia de Cristo que, bajo la acción del Espíritu Santo hará presente el Evangelio en la realidad latinoamericana".

La importancia y el deseo del diálogo verdadero entre las iglesias cristianas se revela también en las conclusiones del grupo que se concentró en el problema de la "contribución luterana al movimiento ecuménico";

pero agrega que tal intercambio de ideas debe alcanzar también a las iglesias locales. Sugerió encaminar nuestra contribución ecuménica en tres direcciones: a) Catolicismo romano, frente al cual debe darse "un testimonio efectivo de los principios esenciales de la reforma"; b) Iglesias protestantes, a las que hay que ofrecer también —además del diálogo en sí— un servicio "con nuestra labor teológica y tradición litúrgica". Y finalmente la tercera dirección debe ser la del "diálogo interluterano". Los participantes aconsejan "que sea éste el punto de partida y base para cualquier otro diálogo".

Era evidente que el **"fomentar la confraternidad ecuménica con hermanos protestantes y desarrollar el diálogo con el catolicismo romano"**, aspecto señalado como uno de los **"enfoques nuevos"** en el informe de Helsinki, no se interpretaba ahora como una innovación sino que reflejaba la realidad presente del sentir luterano en este continente.

*

Al tratar el problema de la "conciencia misionera viva de los luteranos" en nuestro medio se destacó que la misma "consiste en la presencia responsable" de los miembros de las congregaciones locales "en la situación y bajo las circunstancias en las cuales se encuentran". Se agregó que el testimonio que el cristianismo da de su fe en Jesucristo en su medio ambiente incluye "la participación activa, dirigida por el Evangelio, en la solución de los problemas de la sociedad" y que "tal servicio debe fundamentarse en el estudio serio de la Biblia y a la vez del medio ambiente, y en el encuentro de una relación auténtica entre los dos". Consideramos que en nuestra situación presente en que el hablar de la "responsabilidad social" es uno de los "slogans" comunes, es de máxima importancia la conclusión a que llega el grupo al señalar que para poder cumplir con tal responsabilidad "se necesita el contacto continuo con los hermanos en la fe y con la vida de la congregación local donde se predica el Evangelio y se administran los sacramentos".

Es un hecho conocido que en la actualidad, bajo la influencia de una conciencia ecuménica y de las investigaciones y reconsideraciones que se verifican en el mundo entero referente a la esencia y naturaleza de las misiones cristianas, y tomando en cuenta también la reconsideración ecuménica del concepto de la libertad religiosa, el problema del proselitismo despierta mucho interés. De ninguna manera su solución y definición es tarea fácil. Por ello opinamos que el grupo de discusión que en Lima se ocupó de esa cuestión encaró una tarea sumamente compleja. Pero el problema fue tratado con absoluta sinceridad llegándose así a algunas conclusiones que merecen ser trascriptas en este lugar. Dice el informe del grupo mencionado:

"Definimos que como luteranos sentimos el deber de presentar a todo el mundo el testimonio de Cristo tal como nos fue encargado. Reconocemos también la posibilidad de un testimonio legítimo, no proselitista, de otras denominaciones entre los luteranos.

Para evitar el peligro del proselitismo recomiéndase la coordinación y

cooperación entre las comunidades cristianas (incluyendo la Católica Romana) en la mayor medida posible.

Esta cooperación queda limitada cuando no se muestra en otra comunidad la posibilidad de una existencia cristiana o cuando esta posibilidad sea negada a nuestra comunidad.

Terminamos con la afirmación que el peligro del proselitismo no debe impedir que nos dediquemos decididamente al testimonio luterano legítimo en América Latina".

También son interesantes las conclusiones de las discusiones acerca del secularismo. Partían de la afirmación de que una de las características sobresalientes del secularismo consiste en "que ya no existe un límite que repare lo sacral y lo profano, que ya no existen islotes aislados dentro de la existencia humana. El hombre actual, a diferencia del hombre de edades pesadas, pone en tela de juicio la existencia de Dios. Y nosotros, parte de la Iglesia, somos también parte de ese mundo secularizado, al cual Cristo he venido a redimir".

Solicitaron los miembros de ese grupo de discusión que las iglesias consideren una participación más activa de los laicos en la vida y misión de la Iglesia como uno de los caminos que conducen al "abrirse hacia el mundo". Cuando la Iglesia considera que su vida y misión deben constituir precisamente en un "abrirse hacia el mundo", esta disposición implica "una renovación y cambios profundos en el lenguaje y las estructuras". Para tal fin insisten en la intensificación de obras como las "Academias Evangélicas" o "centros cristianos de diálogo con las demás iglesias no luteranas y con el mundo secularizado".

*

También abordaron el problema de nuestra presencia en el mundo secularizado los grupos que se ocupaban de problemas como el de "la estructura diacónica de la congregación"; el del "servicio cristiano a la comunidad frente a los rápidos cambios sociales"; y el de "la formación de líderes".

La diaconía, se dijo, "no debería ser una institución sino una función espontánea de los miembros"; la administración responsable de los "talentos" recibidos de Dios, encaminados siempre hacia "afuera", en lugar de ser dirigidos principal y exclusivamente a la congregación mismo. "Nuestras congregaciones deben convertirse de grupos que se dejan servir, en grupos que se pongan al servicio de la comunidad".

La iglesia cristiana debe ayudar "al hombre erradicado y desplazado a encontrarse nuevamente a sí mismo"... situación ocasionada por los rápidos cambios sociales. Se señaló también la importancia de la misión de la Iglesia en el proceso revolucionario latinoamericano que resulta una "polarización" entre los grupos extremos de derecha e izquierda. La Iglesia debe encontrar los modos de contribuir en el proceso de la integración social y el desarrollo de la sociedad.

Todo ello requiere estudio, investigación, consideraciones teológicas y la preparación de un liderato especializado.

*

Como ocurre en casi todos los congresos de esta índole, también en Lima el tiempo resultaba escaso para las conversaciones en grupos de discusión. No se pueden esperar soluciones dadas en tales contextos... aunque con frecuencia también esto sucede. Al volver a revisar todos los informes presentados por los grupos y los resúmenes preparados a base de los mismos por la Comisión de Resoluciones, veíamos con claridad cuándo la indicación directa de posibles soluciones resultaba o no factible. El sentido de responsabilidad de los participantes se demostraba en que todos estaban conscientes de tal situación. Lo más importante es que la confrontación con los múltiples problemas presentados se haga en forma honesta y sincera. Esto sucedió en Lima. Por tal razón podemos afirmar y atestiguar que nuestra labor no ha sido vana, sino que era de mucho valor. Los hechos, la continuación del trabajo que significa el enfoque de los problemas y la confrontación continua con las ideas expuestas y escuchadas en el congreso, nos brindan la seguridad de que nuestra valorización positiva de la labor cumplida es legítima.

Béla Leskó

ACUERDO DE LIMA

CONSIDERANDO QUE:

I. a) Los Congresos Luteranos Latinoamericanos de Curitiba (1951), Petrópolis (1954) y Buenos Aires (1959) han contribuido a formar una conciencia, cada vez más clara, de fraternidad y cooperación entre todos los luteranos de América Latina.

b) En el IV Congreso Luterano Latinoamericano de Lima (1965) con una representación de Iglesias Luteranas Latinoamericanas nunca antes alcanzada, hemos encontrado un énfasis en desarrollar e intensificar esta comprensión y cooperación mutua entre los diversos grupos luteranos en nuestro Continente.

c) Este acercamiento implica una responsabilidad mutua entre todas las Iglesias Luteranas de América Latina, de manera que estas Iglesias lleguen a profundizar su conciencia de tener una misma vocación y una misma responsabilidad de Jesucristo.

d) Todavía falta mucho por hacer en áreas como las siguientes:

1) Profundizar la fraternidad luterana ya existente.
2) Descubrir y promover formas practicables y necesarias de expresar la responsabilidad luterana mutua en lo que se refiere a las formas de vida y testimonio cristiano de nuestras iglesias en América Latina.
3) Emprender y llevar a efecto todas aquellas tareas que deben y pueden ser llevadas a cabo en forma unida.
4) Promover y llevar a efecto estudios teológicos orientados por las Confesiones Luteranas con el fin de elucidar a que nos comprometen ante la situación concreta de América Latina de hoy.

Nosotros los Delegados del IV Congreso Luterano Latinoamericano reunidos en la ciudad de Lima, Perú, durante los días 10-15 de Julio de 1965, tomamos el acuerdo de crear:

EL COMITE COORDINADOR PROVISIONAL DE LAS IGLESIAS LUTERANAS EN AMERICA LATINA.

El Comité sería compuesto por 7 personas, sirviendo una de ellas como Coordinador Ad-hoc.

II. Las finalidades del Comité Coordinador Provisional son las siguientes:

1) Invitar a todas las Iglesias Luteranas en América Latina a participar y cooperar en la formación de un
CONSEJO LUTERANO LATINOAMERICANO.
2) Preparar un anteproyecto de constitución en íntima cooperación con los cuerpos directivos de las Iglesias Luteranas Latinoamericanas.
3) Elaborar un plan financiero que asegure el aporte progresivo de los cuerpos eclesiásticos luteranos participantes.
4) Convocar la Asamblea constituyente del CONSEJO LUTERANO LATINOAMERICANO en el año de 1966, si es posible, para una fecha a ser acordada oportunamente entre todas las Iglesias que previamente han expresado su deseo de enviar un delegado oficial u observador.

Lima, Perú, Julio 14, 1965.

PROGRAMA DEL IV CONGRESO LUTERANO

LATINOAMERICANO

Julio 10-15, 1965. Lima, Perú

TEMA GENERAL:

PRESENCIA RESPONSABLE DE LA IGLESIA LUTERANA EN

AMERICA LATINA

Julio 11, 4º Domingo después de Trinidad

MAÑANA

Cultos

8.45: **En inglés,** en la Iglesia Evangélica Luterana (Las Magnolias 495, Urb. El Jardín, San Isidro, Lima). Predicador: Presidente Dr. Fredrik A. Schiotz.

10.00: **En alemán,** en la Iglesia Evangélica Luterana. Predicador: Prof. D. Dr. Wolfgang Trillhaas.

10.00: **En sueco,** en el Centro de los Marineros Escandinavos (Avenida Arequipa 1198, Callao). Predicador: Rdo. Lars Axel Carlzon.

11.30: Inauguración de la obra social CASA BELEN.

TARDE

15.30: Reunión del Comité Directivo del Congreso.

18.00: Oficio Mayor en Castellano con celebración de la Santa Comunión, por invitación de la Congregación Luterana de Lima (en la Iglesia Evangélica Luterana).
Predicador: Rdo. Rodolfo J. Schneider.

NOCHE

20.00: Recepción: Invitación por parte de la Iglesia Evangélica Luterana en el Perú.

20.30: Banquete: con participación de miembros de la Congregación Luterana local.

Julio 12, lunes

MAÑANA

8.30: Meditación bíblica y adoración: "UNANIMES... mirando también por lo de los otros". Fil. 2, 1-4.
Capellán del Congreso: Rdo. Knaevelsrud (Lima).
Predicador: Rdo. Rolf Lahusen.

9.15: ACTO DE APERTURA DEL CONGRESO.
Discurso inaugural: Presidente Dr. Fredrik A. Schiotz.

10.30: **La Reunión Plenaria.**
Ponencia: INTEGRACION DE IGLESIA Y MISION EN AMERICA LATINA.
(Prof. Dr. Rodolfo Obermueller).
Discusión sobre la ponencia.

12.15: **Informe:** Conferencia de Estudio de las Facultades Luteranas de Teología en América Latina.

TARDE

15.00: **Grupos de discusión.**
A: ¿Qué significa traducir la Reforma al idioma de América Latina?
Presidente: Dr. Joachim Held.
Secretario: Rdo. Richard Wangen.
B: Contribución luterana al movimiento ecuménico en América Latina.
Presidente: Dr. Torgeir Havgar.
Secretario: Sr. Julio Antonio Loza.
C: En búsqueda de la unidad luterana en América Latina.
Presidente: Rector Dr. Béla Leskó.
Secretario: Prof. Mario L. Rehfeldt.

17.00: **2ª Reunión Plenaria:**
Conferencia: De CURITIBA A LIMA.
(Dr. Jonás Villaverde).
Discusión sobre la conveniencia de establecer un "Comité Consultivo Permanente" para interrelaciones y proyectos comunes del luteranismo latinoamericano.
Asuntos diversos.

NOCHE

20.30: Reunión de los Presidentes de Iglesias, Sínodos y Concilios Luteranos en América Latina.
Reunión de Comisiones.

Julio 13, martes

MAÑANA

8.30: Meditación bíblica y adoración: "DESPIERTOS... testificando a toda lengua que Jesucristo es el Señor". Fil. 2, 9-11.
Predicador: Rdo. John Johnson.

9.15: **3ª Reunión Plenaria:**

Ponencia: RESPONSABILIDAD ECUMENICA DE LA REFORMA.
(Prof. D. Dr. Wolfgang Trillhaas).

11.00: **Grupos de discusión:**

A: Conciencia misionera viva de los luteranos en América Latina.
Presidente: Lic. Gustavo D. Rodríguez.
Secretario: Rdo. Alfredo Munk Jensen.

B: Proselitismo y Testimonio Cristiano.
Presidente: Rdo. Karl Ernst Neisel.
Secretario: Rdo. Rudolf Markwald.

C: El secularismo en América Latina.
Presidente: Sr. Oskar Zimmer.
Secretario: Rdo. David J. Calvo.

TARDE

14.00-18.00: Excursión. Tarde libre.

NOCHE

20.30: **4ª Reunión Plenaria:**

Informe: Consulta sobre Literatura en Español. Discusión de recomendaciones para implementar el programa de literatura en América Latina.

Julio, 14, miércoles

MAÑANA

8.30: Meditación bíblica y adoración: "OBEDIENTES... tomando forma de siervo". Fil. 2, 5-8. Predicador: Dr. Rodolfo Santos Doerzapff.

9.15: **5ª Reunión Plenaria:**
Ponencia: IGLESIA EN EL MUNDO.
(Prof. Lindolfo Weingaertner).

11.00: Discusión sobre la ponencia.

12.00: Informe: Consulta de obreros estudiantiles luteranos.

TARDE

15.00: **Grupos de discusión:**

A: La estructura diacónica de la congregación.
Presidente: Rdo: Heiz Dressel.
Secretario: Rdo. Helmut Steinbauer.

B: Servicio cristiano a la comunidad frente a los rápidos cambios sociales.
Presidente: Rdo. John A. Nasstrom.
Secretario: Rdo. Hansruedi Peplinski.

C: Formación de líderes.
Presidente: Dr.A ugusto Fernández Arlt.
Secretario: Rdo. Napoleón Artigas.

17.00: **6ª Reunión Plenaria:**

Primer informe del Comité de Resoluciones.
Bosquejo del texto de un mensaje del Congreso.

NOCHE

19.00 Invitación a cenar en hogares luteranos en Lima.

Julio 15, jueves

MAÑANA

8.30: Meditación bíblica y adoración: "ASIDOS DE LA PALABRA DE VIDA... resplandeciendo como luminares en el mundo". Fil. 2, 14-16.
Predicador: Sr. Luis Hernando Lara Ramírez.

9.15: **7ª Reunión Plenaria:**
Ponencia: IGLESIA LUTERANA AUTOCTONA EN AMERICA LATINA.
(Rdo. Ricardo Pietrantonio).

10.30: Discusión sobre la ponencia.

11.30: Informe del Comité de Resoluciones.

TARDE

15.00: **8ª Reunión Plenaria:**
Informe final del Comité de Resoluciones.
Recomendaciones.

17.00: Determinación de fecha y lugar del V. Congreso Luterano Latinoamericano.
Evaluación del Congreso de Lima.
Asuntos diversos.

18.00: Acto de clausura.

NOCHE

20.00: Culto de Clausura y Ordenación del Vicario Akos Puky, Lima.
Oficiante: Presidente Federico Karle.
Predicador: Rdo. Raúl Esteban Denuncio.

LISTA DE PARTICIPANTES Y DE ENTIDADES REPRESENTADAS

I. DELEGADOS Y VISITANTES OFICIALES:

ARGENTINA

Iglesia Evangélica Luterana Argentina - Sínodo de Misurí

Profesor Federico Lange (D)

Iglesia Evangélica Luterana Unida

Dr. Rodolfo Pagliera (D)
Presidente Dr. Jonás Villaverde (D)
Rdo. David J. Calvo (V)
Prof. Ricardo Pietrantonio (V)
Rdo. N. Earl Townsend (V)
Rdo. Ronald L. Zaudtke (V)

Iglesia Sueca en la Argentina (Prov. Misiones)

Rdo. Sven Arne Flodell (D)

Sínodo Evangélico Alemán del Río de la Plata

Dr. Heinz Joachim Held (D)
Propst Federico Hoppe (D)
Dr. Rodolfo Obermüller (D)

Sociedad Protestante del Sud

Rdo. Alfredo Munk Jensen (D)

Sociedad Protestante del Sud-Este.

Rdo. Svend Lytthans (D)

Facultad Luterana de Teología

Rector Dr. Béla Leskó (V)

BOLIVIA

Iglesia Luterana de Habla Alemana en Bolivia

Rdo. Dieter Grotehusmann (D)

Iglesia Luterana en Bolivia

Sr. René Pastén Carrión (D)
Rdo. Arthur Gustafson (V)

BRASIL

Iglesia Evangélica de Confesión Luterana en Brasil

Rdo. Hans Burger (D)
Dr. Rodolfo Santos Doerzapff (D)
Rdo. Heinz Dressel (D)
Rdo. Johannes Hasenack (D)
Rdo. Egon M. Koch (D)
Rdo. Adolf Printz (D)
Rdo. Ernesto O. Schlieper (hijo) (D)
Rdo. Rodolfo J. Schneider (D)
Rdo. Hiroshi Fujii (V)

Iglesia Evangélica Luterana de Brasil - Sínodo de Misurí

Prof. Mario L. Rehfeldt (D)
Presidente Arnoldo José Schmidt (D)

Facultade de Teologia - São Leopoldo

Dr. Gerhard Barth (V)
Dr. Joachim Fischer (V)
Dr. Harding Meyer (V)
Dr. Eberhard von Waldow (V)
Prof. Lindolfo Weingaertner (V)

Seminario Concordia - Porto Alegre

Dr. Johannes H. Rottmann (V)

CHILE

Iglesia Evangélica Luterana en Chile

Propst Federico Karle (D)
Rdo. Rudolf Markward (D)
Sr. Hans D. Reimers (D)
Dr. Edgar Schmidt-Hebel (D)
Rdo. Helmut Steinbauer (D)
Dr. Oscar Zimmer (D)

COLOMBIA

Iglesia Evangélica Luterana - Sínodo de Colombia

Sr. Luis Hernando Lara Ramírez (D)
Presidente Arnfeld C. Morck (D)
Rdo. Mario Jacobson (V)
Rdo. Walter Orlando Ludvigsen (V)
Lic. Gustavo D. Rodríguez (V)

Congregación San Mateo de Bogotá

Rdo. Dr. Volkmar Goernitz (D)

Congregación San Martín de Cali

COSTA RICA

Congregaciones Luteranas Centroamericanas de Habla Alemana

Rdo. Joachim Kobelius (D)
Rdo. Gerhard Gasde (D)

ECUADOR

Consejo Evangélico Luterano del Ecuador

Sr. Oscar Fiechter (D)
Rdo. Torgeir Havgar (D)
Rdo. Hans Bauer (V)
Rdo. John Johnson (V)
Dr. Félix Ramírez (V)

EL SALVADOR

Iglesia Luterana - Sínodo de Misurí (Distrito Misional del Caribe)

Rdo. Napoleón Artigas (D)

MEXICO

Iglesia Luterana - Sínodo de Misurí (Distrito Misional del Caribe)

Rdo. Roberto F. Gussick (D)
Prof. Roberto T. Hoeferkamp (D)

Congregaciones Luteranas de Habla Alemana y Escandinava

Rdo. Rolf Lahusen (D)
Rdo. Hilding Olsson (D)

Centro de Estudios Teológicos Augsburgo

Prof. Dr. H. Karl Lenkersdorf (V)

PERU

Iglesia Evangélica Luterana en el Perú

Rdo. Dietrich Mercker (D)
Sr. Federico G. Moll (D)
Rdo. Karsten Noergaard (D)
Rdo. Odd Knaevelsrud (D)

PUERTO RICO

Sínodo del Caribe de la Iglesia Luterana en América (LCA)

Presidente Rdo. Víctor M. Rodríguez (D)
Sr. German Stevenson (V)

URUGUAY

Iglesia Evangélica Luterana del Uruguay

Dr. Augusto Fernández Arlt (D)
Rdo. Irven A. Nelson (D)

VENEZUELA

Consejo Luterano de Venezuela

Rdo. Alfreds Gulbis (D)
Rdo. Hansruedi Peplinski (D)

Iglesia Luterana - Sínodo de Misurí (Distrito Misional del Caribe)

Rdo. Rudolph Blanck (V)

II. VISITANTES OFICIALES EN REPRESENTACIÓN DE ENTIDADES NACIONALES, INTERNACIONALES E INTERECLESIÁSTICAS.

A.

FEDERACION LUTERANA MUNDIAL

Presidencia

Dr. Fredrik A. Schiotz, presidente (Minneapolis, Minnesota, EE. UU.)

Comisión de Teología

Dr. Wolfgang Trillhaas, vocal (Göttingen, Alemania)

Personal y miembros presentes de la Comisión para América Latina

Rdo. Guido Tornquist, director (Ginebra, Suiza)
Lic. Gustavo D. Rodríguez, vocal (Bogotá, Colombia)
Dr. Oscar Zimmer, vocal (Santiago de Chile)

B.

ALEMANIA

Comité Nacional de la Federación Luterana Mundial
(Deutsches Nationalkomitee des Lutherischen Weltbundes)

Lic. Dr. Johannes Pfeiffer (Berlín)

Oficina Eclesiástica Luterana - Asuntos del Exterior
(Lutherisches Kirchenamt - Referat für Auslandsfragen)

Dr. Gottfried Klapper (Hannover-Herrenhausen)

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA

Comité Nacional de la Federación Luterana Mundial
(LWF National Committee of USA)

Dr. Paul C. Empie (Nueva York)

Consejo Nacional Luterano - Departamento de Cooperación en América Latina
(National Lutheran Council - Department of Cooperation in Latin America)

Rdo. Levon H. Spath (Nueva York)

Escuela Luterana de Teología en Chicago - Escuela de Misiones
(Lutheran School of Theology at Chicago - School of Missions)

Dr. George F. Hall (Maywood, Ill.)

Iglesia Luterana en América - Junta de Educación Teológica
(Lutheran Church in America - Board of Theological Education)

Dr. E. Theodor Bachmann (Nueva York)

Iglesia Luterana en América - Junta de Misiones Mundiales
(Lutheran Church in America - Board of World Missions)

Rdo. William C. Cox (Nueva York)

Iglesia Luterana en América - Comité Coordinador de Publicaciones en Español
(LCA - Coordinating Committee on Spanish Publications)

Dr. Leopoldo Cabán (Filadelfia)

Iglesia Luterana - Sínodo de Misurí

Junta de Misiones en América Norte y Sur
(Lutheran Church - Missouri Synod; Board of Missions in North and South America)

La Hora Luterana - Cristo para todas las naciones

Dr. Andrew A. Meléndez (St. Luis, Mo.)

NORUEGA

Consejo Nacional Noruego de la Federación Luterana Mundial

Ayuda de la Iglesia de Noruega (Kirkens Nodhjelp)

Rdo. Olav Egeland (Oslo)

SUECIA

Consejo Nacional de la Federación Luterana Mundial
Ayuda Eclesiástica (Lutherhjälpen) - *Iglesia de Suecia*

Sr. Bengt-Ivar Ekman

Iglesia de Suecia - Misión para Marineros
(Svenska Kyrkans Sjömansvardstyrelse)

Rdo. Lars Axel Carlson

III. Observadores fraternales.

Concilio Nacional Evangélico de Perú

Brigadier Edmundo Allemand
Dr. Herbert Money

Comisión Provisoria Pro-Unidad Evangélica Latinoamericana

Rdo. Emilio Castro (Montevideo)

Iglesia Católica Romana

R. P. Prof. Gerardo Alarco (Lima, representante del Cardenal de Perú).
R. P. Prof. Luis Alberto Alfonso (Seminario Dominico, Lima).

IV. Otras entidades representadas por los participantes.

Academias Evangélicas de Brasil y Chile

Iglesia Danesa en el Exterior (Dansk Kirke i Udlandet)

Iglesia Danesa para Marineros en Puertos del Exterior (Dansk Sjomanskirke i Fremmede Havn)

Movimiento Estudiantil Cristiano

V. Servicios de Prensa.

Federación Luterana Mundial - Servicio de Informaciones
(LWF Information Buerau)

Sr. Hans-Wolfgang Hessler (Ginebra)

Consejo Nacional Luterano en los EE. UU. de Norteamérica - Servicio de Prensa
(NLC - News Bureau)

Sr. Erik W. Modean (Nueva York)

VI. Colaboradores, auxiliares, intérpretes y traductores. *(Staff)*

Sr. Paul Anderson	(Perú)
Srta. Mary Bachmann	(EE. UU.)
Rdo. Paul Benson	(México)
Rdo. Godofredo Boll	(Brasil)
Rdo. Raúl E. Denuncio	(Argentina)
Sr. Julio A. Loza	(Colombia)
Rdo. Oskar Lützow	(Brasil)
Rdo. John A. Nasstrom	(EE. UU.)
Rdo. Karl E. Neisel	(Brasil)
Dr. Leopoldo J. Niilus	(Argentina)
Rdo. Akos von Puky	(Perú)
Sr. Alfred von Reiswitz	(Chile)
Dr. Lebrecht Sellschopp	(Perú)
Diácono Federico Tidow	(Colombia)
Rdo. Guido Tornquist	(Ginebra, Suiza)
Srta. Anke Tute	(Perú)
Rdo. Richard H. Wangen	(Brasil)

INSTITUCIONES TEOLOGICAS LUTERANAS REPRESENTADAS

Centro de Estudios Teológicos Augsburgo: México.
Facultad Luterana de Teología: José C. Paz, Argentina.
Facultade de Teologia: São Leopoldo, Brasil.
Seminario Concordia: Porto Alegre, Brasil.
Seminario Concordia: Villa Ballester, Argentina.

ORGANIZACION INTERNA DEL CONGRESO

Presidente:

Dr. Jonás Villaverde

Secretarios:

Rdo. David J. Calvo
Rdo. Roberto F. Gussick
Lic. Gustavo Rodríguez

Comité Directivo

Presidente:

Dr. Jonás Villaverde

Miembros:

Rdo. Alfreds Gulbis
Rdo. Roberto F. Gussick
Rdo. Torgeir Havgar
Propst Federico Hoppe
Propst Federico Karle
Rdo. Rolf Lahusen
Profesor Federico Lange
Sr. Federico G. Moll
Rdo. Arnfeld Morck
Rdo. Irven A. Nelson
Rdo. Víctor Rodríguez
Rdo. Rodolfo J. Schneider
Presidente Arnaldo Schmidt
Director Guido Tornquist

Comité del Mensaje de Lima

Presidente:

Profesor Roberto T. Hoeferkamp

Miembros:

Rdo. Odd Knaevelsrud
Prof. Dr. Rodolfo Obermüller
Prof. Ricardo Pietrantonio
Sr. Juan Reimers
Prof. Dr. D. Wolfgang Trillhaas
Prof. Lindolfo Weingaertner

Comité de Resoluciones

Presidente:

Dr. Béla Leskó

Miembros:

Dr. Augusto Fernández Arlt
Rdo. Heinz Dressel
Dr. Heinz Joachim Held
Rdo. Torgeir Havgar
Rdo. John A. Nasstrom
Rdo. Karl Ernst Neisel
Lic. Gustavo Rodríguez
Rdo. Hanruedi Peplinski
Dr. Oscar Zimmer

Comité Preparatorio de Lima

Presidente:

Sr. Federico G. Moll

Miembros:

Dr. Ernst August Sellschopp
Sra. Eva María Strickler
Dr. Franz Sennhauser
Sr. Konrad Losen
Sr. John Morgan
Sr. Rudolf Schnyder
Sra. Ruth Haug
Sr. Lars Forsberg
Rdo. Dietrich Mercker
Rdo. Odd Knaevelsrud
Rdo. Karsten Noergaard

LOS AUTORES DE ESTE NUMERO:

Dr. Béla Leskó, rector de la Facultad Luterana de Teología, José C. Paz, Argentina. **Dr. Jonás Villaverde,** presidente de la Iglesia Evangélica Luterana Unida, Buenos Aires, Argentina. **Dr. Fredrik A. Schiotz,** presidente de la Iglesia Luterana Americana (American Lutheran Church) y de la Federación Luterana Mundial, Minneapolis, Minnesota, EE.UU. **Dr. Rodolfo Obermüller,** profesor de la teología del Nuevo Testamento de la Facultad Luterana de Teología, José C. Paz, Argentina y de la Facultad Evangélica de Teología, Buenos Aires. **D. Dr. Wolfgang Trillhaas,** profesor de Teología Sistemática de la Facultad de Teología de Göttingen, Alemania. **Profesor Lindolfo Weingärtner**, rector de la Facultad de Teología de Sao Leopoldo, Brasil. Profesor **Ricardo Pietrantonio,** S.T.M., profesor adjunto de las ciencias auxiliares de la Teología Bíblica en la Facultad Luterana de Teología, José C. Paz, Argentina.

Publicamos en el original portugués el sermón del culto de apertura predicado por el **Rdo. Rodolfo Schneider,** actual presidente del Sínodo Riograndense de la Iglesia Luterana en Brasil con sede en Porto Alegre.

LOS TRADUCTORES DE ESTE NUMERO

El discurso del **Dr. Fredrik A. Schiotz** fue traducido del inglés por la **Sra. Greta Mayena,** traductora de la Facultad Luterana de Teología, que también revisó todas las demás traducciones.

La ponencia del rector **Weingärtner** fue traducida del portugués por **Esteban Schaller,** estudiante de teología del 5º año de la Facultad Luterana de Teología.

El Sr. **Alfred von Reiswitz,** de Chile, tradujo la disertación del profesor **D. Dr. Wolfgang Trillhaas** del original alemán.

INDICE